

AUTOR MÁS VENDIDO DEL WALL STREET JOURNAL

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

DISTANCIA MORTAL



DISTANCIA MORTAL

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 2

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2013, 2025 por L.T. Ryan y Liquid Mind Media, LLC. Con todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia.

Jack Noble™ y The Jack Noble Series™ son marcas comerciales de L.T. Ryan y Liquid Mind Media, LLC.

Para información contactar:

contact@ltryan.com

<http://LTRyan.com>

<https://www.facebook.com/JackNobleBooks>

ÍNDICE

[The Jack Noble Series](#)

[Dedicación](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Línea Borrosa: Capítulo 1](#)

[Línea Borrosa: Capítulo 2](#)

[Also by L.T. Ryan](#)

[Acerca del Autor](#)

THE JACK NOBLE SERIES

The Recruit

Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)

Distancia Mortal (Jack Noble #2)

Línea Borrosa (Jack Noble #3)

Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)

Muerte en Grecia (Jack Noble #5)

La Venganza de Noble (Jack Noble #6)

La Traición de Noble (Jack Noble #7)

Nunca vuelvas a casa (Jack Noble #8)

El Juicio de Noble (Jack Noble #9)

Nunca Ruegues por Misericordia (Jack Noble #10)

Fecha Final (Jack Noble #11)

Fin del Juego (Jack Noble #12)

El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)

La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)

La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de The Recruit. Visita:

<https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all>

Este libro está dedicado a Gabriella. Gracias por su paciencia, apoyo, inspiración y creer en mí. Y por aguantar mi incesante charla sobre Jack Noble y su grupo de amigos y enemigos abandonados. Sin ti, este libro nunca habría tomado forma.

También le agradezco a usted, lector, por arriesgarse con un autor desconocido y un personaje llamado Jack Noble. Espero que se convierta en una parte de su vida tanto como lo es de la mía.

CAPÍTULO 1

19 DE DICIEMBRE, 2004

Dos metros, una distancia mortal. Especialmente cuando un hombre apunta a otro con un arma. Lo suficientemente cerca como para eliminar lo que falta de la ecuación. Lo suficientemente lejos como para que el objetivo tenga un poco más del cero por ciento de probabilidades de hacer un movimiento, ya sea para desarmar al agresor o agacharse y cubrirse.

El tipo al que había estado persiguiendo, en este almacén polvoriento y poco iluminado, me encontró primero. Había tomado unas escaleras de madera astilladas que envolvían los bordes interiores del edificio, atravesaban el centro de la gran sala rectangular y llevaban hasta el pasillo. Subí apresuradamente los escalones de dos en dos. Las viejas tablas se hundían y crujían, pero aguantaron bajo mi peso. El pasillo era más fuerte, más resistente. No se movió. No rebotó. No se balanceó de lado a lado. Un pie caía delante del otro mientras caminaba de lado a lado por el pasillo. Dejé que mis pies tocaran el suelo de afuera hacia adentro, minimizando el ruido. Aun así, las tablas emitieron un ligero golpe en respuesta a mis botas golpeando la madera. Sabía que, si no tenía cuidado, él me escucharía.

Lo hizo.

Afortunadamente, también escuché sus pasos. Desafortunadamente, sólo los escuché un segundo antes de que hablara.

—Para—, dijo. Su acento era marcado, tal vez sudamericano. —Suelta el arma —.

Me congelé y levanté las manos, dejando que el arma se balanceara como un péndulo, boca abajo y con solo mi dedo índice sosteniéndola por el guardamonte.

—Tírala—, dijo.

Moví mi dedo hacia un lado y dejé que el arma se deslizara por encima de la barandilla. Golpeó el suelo con un ruido sordo, logrando evitar disparar una bala. El frío mango de mi pieza de respaldo descansaba contra mi espalda baja, enviándome escalofríos cuando el frío metal tocaba mi piel sudorosa.

—Ahora date la vuelta—, dijo.

Di media vuelta y pude ver por primera vez al hombre que había estado persiguiendo durante los últimos veinte minutos. Medía aproximadamente un metro con ochenta y pesaba probablemente ochenta kilos. Llevaba una chaqueta color canela y un gorro de punto negro. Un escaso cabello oscuro cubría sus mejillas y barbilla. Sus ojos hacían juego con su cabello. Estaba a dos metros de distancia, con una pistola cerca de su pecho apuntándome.

Una distancia de dos metros aumentaba sus probabilidades de ser extremadamente preciso.

Una distancia de dos metros redujo mis posibilidades de neutralizarlo efectivamente.

Incluso con unos ocho centímetros de más, mi alcance sería suficiente para asestar un golpe efectivo en esta situación.

—¿Quién diablos eres tú? — preguntó.

—Soy el hombre que fue enviado a matarte—, dije.

—¿Por quién?

—¿Qué?

—¿Quién es tu jefe?

—¿Por qué?

—Porque quiero escribirle una carta para recomendarle que te despida.

Me reí. El chico tenía sentido del humor, aunque la expresión de su rostro decía que no estaba bromeando.

—¿Por qué? — dije.

—Porque reprobaste esta clase, imbécil—. Levantó el cañón del arma y lo agitó de un lado a otro, como una madre regañando a su hijo pequeño.

—El único problema—, dije, —es que esto es sólo un recreo. Es la hora de jugar para ti.

El hombre forzó una risa. —Tú eres el que me sigue, así que debes tener alguna idea de quién soy.

—No precisamente—. Y esa era la verdad. Frank Skinner y yo habíamos actuado basándonos en una única información que decía que un hombre que encajaba con la descripción del tipo estaría esperando en una parada de autobús.

—Bueno, déjame darte la versión resumida—, dijo. —Soy alguien a quien no deberías seguir. Deberías haber hecho tu tarea primero. Ahora es demasiado tarde para ti.

Sonreí. —Primero, basta de analogías con la escuela. Segundo, nunca es demasiado tarde para mí.

Sus ojos se entrecerraron. Levantó la mano izquierda y se secó la mejilla con la palma. Dirigió su mirada hacia arriba y mis ojos lo siguieron. La luz entraba por un pequeño agujero en el techo. Brillante pero gris. El agua de lluvia goteó por el agujero y salpicó la cara del hombre. Maldijo en voz baja cuando una gota de agua golpeó su mejilla. Tendría que moverse y su siguiente paso sellaría mi destino.

Pero el hombre no se movió. Al menos no inmediatamente. Le alcanzaron dos gotas más y luego una tercera. Finalmente, maldijo y dio un paso adelante. Los dos metros se habían reducido a metro y medio. Todavía fuera de mi alcance, pero no por mucho. Si me lanzaba hacia adelante, podría alcanzarlo en un paso en lugar de dos.

—Ríndete—, dije. —Tenemos el almacén rodeado. No lograrás salir de aquí.

—Entonces tú tampoco lo harás—. Sus ojos se abrieron y estiró el brazo por completo. Otro error. Su muñeca se movía hacia arriba y hacia abajo, haciendo que el arma entrara y saliera del objetivo.

Vi mi oportunidad. La distancia entre el arma y yo se había reducido al menos setenta centímetros. Un paso completo y lo tendría agarrado por la muñeca, neutralizando la amenaza inmediata.

Un ruido estridente a mi derecha nos sobresaltó a ambos. Giré la cabeza y vi una puerta abierta al exterior. La luz inundó la planta baja del almacén y la silueta de un hombre se deslizó por la abertura y luego desapareció entre las sombras. Había mentido cuando dije que teníamos rodeado el edificio. Solo éramos dos y había dejado a Frank a una cuadra del edificio. O me

había alcanzado, o el hombre no había estado solo, en cuyo caso serían dos contra mí.

—¡Quieto! — La voz de Frank resonó por todo el almacén.

El hombre se olvidó de mí y se volvió hacia Frank. Una brillante explosión de cañón explotó frente a mí cuando el hombre abrió fuego contra mi compañero.

Frank no respondió al fuego, con suerte en un esfuerzo por evitar herirme, y no porque lo hubieran alcanzado. Aunque no podía preocuparme por eso. El hombre estaba a un metro y medio de distancia, con el cuerpo girado y los brazos extendidos sobre la barandilla de acero. Ahora era el momento de dar un paso.

Me lancé hacia adelante, con el brazo izquierdo extendido y el derecho hacia arriba, acortando la distancia antes de que el hombre pudiera reaccionar. Envolví mi mano izquierda alrededor de su garganta desde un costado, dejando que mi pulgar se deslizara debajo de su nuez. Él gruñó contra la presión. Al mismo tiempo, bajé mi brazo derecho y agarré su muñeca, que se extendía unos centímetros por encima de la barandilla. Le torcí el brazo y lo hundí en la barandilla de acero. El hueso y el acero se encontraron con un crujido repugnante seguido por los sonidos del hombre gritando. Su brazo roto y sus músculos con espasmos ya no pudieron reunir la fuerza necesaria para sostener el arma y la dejó caer. Golpeó el suelo debajo de nosotros con un ruido metálico.

—¿Frank? — grité.

Sin respuesta.

El hombre cruzó su cuerpo con su brazo izquierdo y me golpeó en la cara, su puño conectó con mi nariz. Aunque no tenía suficiente impulso para causar un daño real, el golpe logró interrumpir mi agarre en su cuello. Me dolió el centro de la cara y mis ojos se llenaron de lágrimas. Lo sentí soltarse de mi alcance.

—Mi brazo—, dijo. —Bastardo, me rompiste el maldito brazo.

Oí el sonido de un cuchillo – la hoja contra el cuero– siendo sacado de su funda. Me llevé las palmas a los ojos y me sequé las lágrimas que empañaban mi visión. Una vez más, el hombre se paró a dos metros de mí. Su brazo derecho fracturado presionaba contra su pecho. A su mano izquierda sostenía un cuchillo con una hoja de quince centímetros. La luz parpadeó sobre el acero inoxidable mientras lo hacía girar en su palma.

Esta vez los dos metros no importaban. No tuve que enfrentarme a una bala. Con un movimiento fluido, me lancé hacia adelante y agarré de ambos lados de la barandilla. Luego moví mis piernas hacia adelante mientras doblaba mis rodillas. Clavé las suelas de mis botas de combate en su pecho. Gritó cuando golpearon con su brazo roto. El cuchillo se le cayó de la mano, rebotó en el pasillo y cayó al suelo de hormigón del almacén.

Mi impulso derribó al hombre. Se giró boca abajo y comenzó a alejarse arrastrándose. Su brazo izquierdo raspaba contra las gastadas tablas mientras su derecho arrastraba hacia atrás, con la muñeca torpemente doblada.

—Jack—, gritó Frank desde abajo.

Caminé detrás del hombre, me paré frente a él y no dije nada. Me agaché y envolví mi brazo derecho alrededor de su cuello. Su pulso latía con fuerza contra la curva de mi brazo. Extendí mi brazo izquierdo, agarré mi codo derecho y halé con fuerza. El movimiento cerró el cuello del hombre. No me importaba si moría por asfixia, por una fractura en el cuello o si se le salía la cabeza.

El hombre me arañó el antebrazo. Movié sus caderas de lado a lado, pero no era rival para mí. Los intentos desesperados de respirar fueron interrumpidos por la fuerza que ejercí contra su tráquea.

—Jack, déjalo ir.

Levanté la vista y vi a Frank parado al final del pasillo.

—Vamos, Jack—, dijo. —Necesitamos a este tipo. Tiene información.

—No me importa—, dije mientras apretaba más fuerte.

Frank se acercó con una pizca de cautela, tal vez pensando que yo había perdido el control. Y habría tenido razón de haberlo pensado. —Déjalo ir, Jack. Llémoslo a la oficina e interroguémoslo. Luego podrás hacerle lo que quieras.

El gorro de lana del hombre se había caído y su cabello empapado de sudor rozó mi cara mientras su cuerpo se quedaba inerte. Me aparté, miré a Frank y luego al hombre. Las palabras de Frank se filtraron a través de la rabia que me impedía pensar con claridad y, de repente, cobraron sentido. Solté al hombre y su cuerpo cayó contra el pasillo, inerte y sin vida.

Me agarré de la barandilla y me levanté. —¡Cristo!, creo que lo maté.

Frank guardó su arma y se agachó. Extendió la mano y colocó sus dedos sobre el cuello del hombre. Después de unos segundos, dijo: —Tiene pulso. Ayúdame a bajarlo y meterlo en el auto.

—Así que ahí es donde estabas—, le dije. —Dando vueltas en el auto en lugar de perseguirlo hasta aquí conmigo.

—Te fuiste Jack. Te perdí—. Levantó la vista y yo encontré su mirada con una sonrisa.

—Sólo te estoy haciendo pasar un mal rato—. Me incliné, puse mis manos debajo de los hombros del hombre y lo levanté. Frank lo agarró de las piernas y lo bajamos por las escaleras tambaleantes, que chirriaron en respuesta a cerca de doscientos setenta kilos que las presionaban.

Frank había estacionado el auto justo afuera de la entrada del almacén, con el maletero contra la puerta.

—Voy a asegurarme de que todo esté despejado—, dijo.

Asentí y me apoyé contra la pesada puerta con marco de acero. El hombre empezó a volver en sí. Tosió un par de veces y emanó de su garganta un gemido profundo y gutural. Pensé en dejarlo inconsciente nuevamente, pero decidí no hacerlo. Un golpe en la cabeza podría empañarle la memoria y necesitábamos saber todo lo que él sabía.

Frank abrió la puerta trasera del lado del conductor de su Lincoln y me hizo un gesto para que saliera.

Salí del almacén caminando hacia atrás, arrastrando al tipo conmigo. Miré a izquierda y derecha. El área estaba vacía. Pero no me molesté en mirar por las ventanas. Si alguien nos estaba mirando, que así fuera. Nos habríamos ido cuando llegara la policía. E incluso si nos alcanzaran, poco podrían hacer. Éramos, a todos los efectos, intocables.

La lluvia había cesado y el sol se asomaba entre las nubes que se desvanecían. La luz penetró en mis ojos como fragmentos de cristal. El viento frío azotaba los lados del edificio y llegaba al lugar donde yo estaba. Se sentía como si me arrojaran bolas de nieve heladas desde ambos lados.

—Dame una mano—, le dije.

Frank se acercó y alcanzó el brazo derecho del hombre en un esfuerzo por estabilizarlo. Juntos lo deslizamos en el asiento trasero y lo abrochamos. Esposé su muñeca izquierda al poste de metal que conectaba el reposacabezas con el asiento del pasajero delantero.

—Siéntate atrás con él—, dijo Frank. —Si se pasa de la raya—, miró al hombre y sonrió, —bueno, ya sabes qué hacer.

Asentí, luego caminé por la parte trasera del auto y entré por el lado opuesto. Me deslicé junto al hombre y, por primera vez, me di cuenta de que olía como si no se hubiera duchado en una semana.

—Si no hubieras estado armado, habría pensado que eras un vagabundo—, dije.

El hombre frunció los labios y escupió, su saliva salpicó el respaldo del asiento frente a él, así como la consola central al lado de Frank.

Clavé mi codo en su plexo solar. Tosió y exhaló mientras el aire salía de sus pulmones. Su cuerpo se dobló, con la barbilla hasta las rodillas.

—Inténtalo de nuevo—, dije.

Volvió la cabeza hacia mí. Su rostro estaba de un rojo intenso y las venas de su frente sobresalían como una serpiente nadando en el agua. Su boca se abría y cerraba como un pez fuera del agua mientras intentaba aspirar aire, pero no podía.

—Mantenlo callado—, dijo Frank.

Asentí mientras miraba al hombre que sostenía su brazo cerca de su pecho. Le dije a Frank: —Adelante, llama al médico para que entablille ese brazo.

CAPÍTULO 2

Frank nos llevó a la sede no oficial del SIS. Aunque dijimos que no era oficial, el edificio en las afueras de Washington, D.C. era nuestra ubicación principal. Sin embargo, cualquier edificio que ocupáramos con el propósito de avanzar en nuestra misión sería considerado nuestro cuartel general y siempre estaría etiquetado como no oficial. El SIS era una agencia que no existía. El objetivo principal del grupo era la lucha contra el terrorismo. Teníamos completa y total autonomía. Podríamos empujar a cualquier otra agencia al final de la fila si sintiéramos que nuestra causa tiene prioridad. Los agentes de nuestro grupo eran considerados de élite y, a menudo, seleccionados cuidadosamente entre los mejores reclutas de la CIA, el FBI y la DEA. Sólo un puñado de políticos y altos mandos militares sabían de la existencia de la agencia, y si les preguntaran, lo negarían rotundamente, incluso si tuvieran un arma en la cabeza.

Nos detuvimos en la parte trasera del edificio. Frank se detuvo frente a lo que parecía ser una pared. Si alguien se parara lo suficientemente cerca y en el lugar correcto, vería una pequeña grieta que recorría su centro, luego giraba hacia la derecha y se encontraba con otra grieta delgada. Frank sacó un dispositivo de su bolsillo y presionó un botón. Se abrió una puerta ancha y Frank entró en un garaje oscuro. El lugar estaba vacío excepto por mi coche, un todoterreno grande y un Lexus granate de cuatro puertas que pertenecía al médico.

Esperé en el asiento trasero después de que Frank estacionara y apagara el motor. Salió, caminó por la parte de atrás y abrió la puerta del lado del hombre. Le quité las esposas de su muñeca izquierda y lo empujé mientras Frank tiraba de él. El tipo tropezó y cayó al suelo. Gimió y se agarró el brazo roto.

—Levántate—, le dijo Frank.

Me deslicé por la puerta abierta. El tipo estaba de rodillas, inclinado y con la frente apoyada en el suelo de cemento. Lo agarré por el cuello de su camisa y levanté su parte superior del cuerpo. Frank se metió la mano debajo del brazo izquierdo y empezó a tirar. Agarré su cuello y la cintura de sus pantalones. Lo pusimos de pie y luego lo llevamos a la única puerta del garaje.

Frank pasó una tarjeta de acceso por un lector de tarjetas de seguridad y la luz cambió de rojo a verde. Luego colocó su pulgar sobre una almohadilla. Hubo una serie de pitidos y otra luz pasó de rojo a verde. Entonces la cerradura hizo clic y Frank giró la manija de la puerta. Caminamos por un pasillo corto y llegamos al área del piso principal que llamamos vestíbulo. Había dos puertas en la pared del fondo. Cada puerta conducía a una sala de interrogatorios. A treinta centímetros de distancia de cada puerta había ventanas con espejos de un metro por dos metros. Frente a las salas de interrogatorios estaba nuestra enfermería, un centro médico de última generación equipado para todo, desde picaduras de abeja hasta cirugías. Había seis oficinas en el vestíbulo, tres en el muro norte y tres en el sur. Mi oficina estaba al lado de la de Frank. La tercera oficina de nuestro lado fue designada para todo el equipo B.

El aire viciado del vestíbulo nos envolvió. El olor a amoníaco ya casi no me afectaba, pero el tipo que estábamos arrastrando por el pasillo tosió y tuvo arcadas al inhalar los vapores.

El médico estaba en la puerta de la enfermería. Era alto y de mediana edad. Su cabellera era mitad castaña y mitad gris. Su nariz larga y puntiaguda era el único rasgo distintivo de su rostro. Él asintió hacia nuestro prisionero. —¿Qué tiene?

—Brazo roto—, dije. —Tal vez también una conmoción cerebral. Pero eso no debería de importar.

El médico se encogió de hombros y señaló con la cabeza. —Déjalo ahí.

—¿Quieres que uno de nosotros se quede? — pregunté.

—Él—. Señaló a Frank. —Hace demasiadas preguntas, señor Noble.

Frank rio y el médico se unió. Yo no dije nada. Tenía razón. Solía hacer muchas preguntas cuando él estaba trabajando con uno de nosotros. A menudo pensaba que si mi vida hubiera sido un poco diferente cuando era joven, podría haber terminado como médico o traumatólogo.

Salí de la enfermería y me dirigí a mi oficina. Apilé algunas carpetas y las moví a la esquina del escritorio, luego preparé una taza de café. El rico aroma de la molienda oscura empapaba el aire de mi oficina. No tenía ganas de esperar a que se llenara la olla, así que la vacié en una taza manchada tan pronto como hubo suficiente. Sostuve la taza con ambas manos y me recliné en mi silla. La cafeína corrió por mis venas, proporcionándome la sacudida que necesitaba.

Me levanté, salí de mi oficina y regresé a la enfermería. Frank me miró y no dijo nada. Se concentró en el brazo roto del tipo. Di unos pasos más, me detuve dentro de la puerta y me apoyé contra el marco.

—Fuera—, dijo el médico.

Por su tono me di cuenta de que hablaba en serio. Nos esforzamos por no enojar al Doc., porque nunca sabías cuándo ibas a necesitar que te tratara. Me encogí de hombros y retrocedí unos metros. Me di la vuelta y apoyé contra la pared a un par de metros de la puerta. Me llevé el café a la cara e inhalé. El vapor me quemó el interior de la nariz por un segundo. Tomé un sorbo. Fue fuerte. Quizás demasiado fuerte, si existiera tal cosa. Decidí que no importaba. La bebida me ayudó a despejar las telarañas de la cabeza y eso siempre era bienvenido.

Detrás de mí escuché el sonido de un hueso chirriando contra otro. El médico estaba arreglando la fractura. El hombre gritó cuando su cúbito y luego su radio fueron colocados en sus posiciones naturales. Tomé sus gritos de dolor como una señal de que el médico no se había molestado en adormecerlo. Yo estaba de acuerdo con eso y aparentemente Frank también. ¿Por qué desperdiciar nuestros suministros con un criminal?

Cuando el médico casi había terminado, comencé a pensar en qué preguntas hacerle al hombre. No sabíamos mucho sobre él, excepto que apareció en un lugar que nuestra información indicó que sería un lugar donde sucedería algo. Pero no teníamos idea de quién era este tipo. ¿Qué hacía cerca de la parada de autobús? ¿Era parte del grupo que estábamos rastreando o hacía negocios con ellos? ¿Por qué huyó de nosotros? ¿Por qué intentó matarme?

Tanto Frank como yo teníamos la sensación de que nos estábamos acercando a algo grande. Todas las pruebas que habíamos reunido hasta el momento apuntaban a que se trataba de una célula terrorista. Lo único bueno de eso fue que no tuvimos que entregárselo al FBI o la DEA. Estos tipos habían estado traficando drogas, armas y personas dentro y fuera de Estados Unidos durante meses. Si fuera una de esas actividades, estaríamos fuera del circuito. Pero no fue una sola actividad. Era toda la gama.

También parecía que tenían financiación de algunas grandes empresas en lugares hostiles, así como posibles conexiones con personas poderosas en el Departamento de Seguridad de EE. UU,

pues intentaron tomar el control. Frank logró hacerlos retroceder.

Los hombres mismos eran una mezcla de ciudadanos estadounidenses, colombianos y chicos del Medio Oriente. Eso fue lo único que nubló nuestra suposición inicial. ¿Por qué tantos grupos diferentes trabajaban juntos? Esperaba que este tipo, que parecía colombiano, pudiera atar algunos de esos cabos sueltos por nosotros. Suponiendo que hablara, claro está.

—Está bien, señor Noble—, dijo el médico desde el otro lado de la pared. —Él es todo tuyo.

Bebí lo último de mi café, me levanté de la pared de la enfermería y me encontré con Frank y el hombre en la entrada. El médico había acomodado el hueso y colocado un yeso sobre el antebrazo del hombre. El tipo estaba sentado en el borde de la camilla, con los hombros caídos, la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo.

—Llévalo a la habitación uno—, dije a Frank. Luego pregunté al médico. —¿Puede aguantar?

El médico se encogió de hombros. —Tal vez. Me quedaré. Tengo algunas cosas que pueden ayudarlo a mantenerse despierto durante cualquier cosa que le haga.

—No querrás verlo si llega ese momento.

—Con lo que ustedes me pagan, puedo ver cualquier cosa.

—Ve a esperar en tu oficina. Te buscaremos si te necesitamos.

El médico levantó las manos. Luego cruzó la habitación y entró en su oficina, que estaba en la pared opuesta a la mía. Cerró la puerta y tomó asiento detrás de su computadora. Miré hacia adentro al pasar y vi en su computadora el familiar tablero verde del solitario.

Frank había colocado al tipo en la sala de interrogatorios y ahora estaba afuera observándolo a través del espejo ahumado.

—¿Qué opinas? — dije mientras me detenía junto a él, a unos pocos metros de distancia.

—No hay duda de que tiene información. Y si nuestra información era correcta, él estaba en esa parada de autobús por una razón.

Asentí y no dije nada, esperando a que Frank continuara.

—Algo estaba a punto de suceder—, dijo Frank.

Asentí de nuevo, permaneciendo en silencio.

—La pregunta es ¿qué?, Jack ¿Es él uno de ellos? ¿O estaba allí para recibirlos?

—Grandes preguntas, Frank—, dije. —Sólo hay una forma de averiguarlo.

Él asintió y sonrió. —¿Estás listo?

—No exactamente—. Di dos pasos hacia la derecha y ajusté el termostato, bajándolo a diez grados. —Vamos a congelarlo por un momento.

Pasó media hora mientras tomábamos dos tazas de café cada uno. Ninguno de nosotros dijo mucho. Después de dos años de trabajar juntos, no había necesidad de bromas ociosas entre nosotros. Ambos sabíamos lo que había que hacer. Cada uno de nosotros tenía sus propias tácticas y funcionaban bien entre sí.

Me levanté y fui a ver al hombre. Parecía considerablemente incómodo. —Vamos Frank.

Frank entró en la habitación delante de mí. Estaba sentado al otro extremo de una mesa rectangular de madera. Me senté en el medio, frente a nuestro prisionero. El hombre miró entre nosotros. Sus labios temblaron y sus dientes castañearon. Sollozó y se estremeció.

—¿Podemos traerte algo? — preguntó Frank.

—Un abrigo—, respondió el hombre.

—Podemos hacer eso—, dijo Frank. —¿Podemos, Jack?

Asentí. —Claro, pero primero debes respondernos algunas preguntas.

El hombre miró fijamente un lugar en la mesa y no dijo nada.

—¿Cómo te llamas? — dije.

El hombre no dijo nada.

—¿Tu nombre? — dije de nuevo.

—Pablo— dijo sin levantar la vista.

—¿Qué estabas haciendo en esa parada de autobús? — dije.

El hombre giró lentamente la cabeza. Sus dientes dejaron de castañetear mientras apretaba la mandíbula. Los músculos se tensaron en las esquinas inferiores de su cara. Se humedeció los labios y dijo con calma: —Quiero a mi abogado. No diré nada hasta que mi abogado esté aquí.

Frank rio. —Lo siento. ¿Crees que tienes derechos aquí? Jack, ¿le leíste sus derechos a este tipo?

Sacudí la cabeza y no dije nada.

Frank se puso de pie y se colocó al lado mío, al otro lado de la mesa del chico. —Está bien, imbécil, estos son tus derechos. Tienes derecho a sentarte en esa silla. Tienes derecho a responder cada maldita pregunta que te hagamos. No tienes derecho a permanecer en silencio. Tus esfuerzos por permanecer en silencio te llevarán a sentir un dolor tan intenso que desearás que te hubiéramos amputado el brazo en lugar de romperlo. No conseguirás un abogado, ni un capellán, ni a tu mamá. Ese médico de allí está de nuestro lado. Él te dará medicamentos para mantenerte despierto a pesar de cualquier cantidad de dolor que te hagamos pasar. No te desmayarás, imbécil. Llorarás hasta que no tengas más lágrimas. Vomitarás hasta que todo tu estómago esté vacío y todo lo que puedas hacer sea un vómito seco. Así que responde la pregunta de mi compañero o tu dolor comenzará en unos treinta segundos.

El hombre apretó la mano de su brazo sano en un puño. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Supuse que la realidad de la situación lo golpeó en ese momento. No éramos policías y no había nada legal en nosotros. Al menos no en el sentido que él, o la mayoría de la gente, entendía. Frank y yo estábamos autorizados a hacer nuestro trabajo, cueste lo que cueste. Podríamos ir y venir y disparar a matar sin hacer preguntas y sin que nos hicieran preguntas.

Frank colocó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hasta que estuvo a no más de treinta centímetros de la cara del tipo. —Entonces, ¿qué vas a hacer?

El hombre echó la cabeza hacia atrás unos centímetros. Sus labios se estrecharon y sus mejillas se hincharon. Frank se hizo a un lado a tiempo para evitar la mayor parte de la saliva que salió volando de la boca del tipo.

Frank extendió la mano y agarró la muñeca derecha del hombre y tiró hacia arriba y luego hacia abajo. El hombre gritó cuando los bordes irregulares de sus huesos rotos rozaron uno contra el otro.

Frank sacó un cuchillo. —Los huesos ya están rotos. No debería ser difícil cortar entre ellos. Luego habrá una masa de venas, nervios, y mucha carne. ¿Quieres ver cómo es sostener tu propio brazo amputado?

—Suficiente—, dijo el hombre con los dientes apretados. —Hablaré. Hablaré.

El lado izquierdo de la boca de Frank se alzó en una sonrisa. Derribó al tipo rápidamente. Si bien habíamos visto a algunos ceder más rápido, esperábamos que este tipo durara algunas rondas antes de ceder.

Frank lo soltó y el hombre se llevó el brazo roto al pecho y lo acunó con el brazo izquierdo. Dejó escapar un par de sollozos y luego se secó los ojos. Las lágrimas mancharon sus mejillas y se asentaron en su fino vello facial.

—¿Qué quieres saber? — dijo él.

—Quiero saber qué estabas haciendo en la parada del autobús—, dije.

Se lamió los labios, se reclinó en la silla y dejó escapar un fuerte suspiro. —¿Tienes un cigarrillo?

Miré a Frank y asentí. Frank metió la mano en su bolsillo y sacó un paquete. Golpeó el extremo abierto contra su palma y sacó tres cigarrillos. Encendió dos y le entregó uno al hombre, luego hizo rodar el tercero sobre la mesa hacia mí. Me lo puse detrás de la oreja y decidí guardarlo para más tarde.

—La parada de autobús es donde se iba a recoger—, dijo el tipo.

—¿Recoger qué? — pregunté.

Desvió sus ojos de la mesa hacia mí. —El niño.

Sentí que los ojos de Frank se fijaban en mí, pero no lo miré. —¿Qué niño?

La expresión facial del hombre cambió. El dolor y la ira desaparecieron y una mirada de desconcierto cruzó por su rostro. —¿Para qué me recogiste, hombre?

—Los hemos estado siguiendo durante meses. Los tenemos por drogas, armas y contrabando de terroristas dentro y fuera del país.

El chico echó la cabeza hacia atrás y rio. El movimiento espasmódico de su cuerpo sacudió su brazo unos centímetros más de lo que le resultaba cómodo y arrugó la cara de dolor. Después de unos segundos se estabilizó y dijo: —Está bien, estás en lo cierto con las armas y las drogas. Pagan bien. Pero los terroristas entran y salen, estás muy equivocado.

—¿Entonces qué? — dijo Frank. —¿Y qué pasa con los niños?

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿Crees que estas personas entraron y salieron solas del país? — La sonrisa volvió al rostro de Pablo.

—Deja de jodernos—, dijo Frank. —¿De qué estás hablando...?

—Frank—, dije. —Está hablando de que estamos muy equivocados. Esta no es una célula terrorista.

Las cejas de Pablo se arquearon hasta llegar a su frente y su sonrisa se ensanchó. Nos miró a Frank y a mí y asintió vigorosamente.

Continué: —Son traficantes de niños. Hoy estaba en la parada del autobús porque iba a secuestrar a un niño.

—Hijo de puta—, Frank se fue contra el hombre y le dio tres puñetazos en la cabeza, dejándolo inconsciente.

Cuando crucé la mesa, Frank había retrocedido. Miró el rostro ensangrentado de Pablo y se estrechó la mano, que estaba igualmente cubierta de sangre. No podía decir si era todo de Pablo o si Frank se había partido uno o dos nudillos.

—Bueno, eso fue una muestra de tacto—, dije.

—Tengo hijos Jack.

—Lo sé.

—¡Cristo! —, dijo Frank mientras rodeaba a Pablo y se dirigía hacia la puerta. —¿Ahora qué?

Seguí a Frank hasta el vestíbulo. La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros, haciendo eco en la habitación. El médico levantó la vista, nos vio y abrió la puerta.

—¿Necesitan que haga algo? — preguntó.

—Sales aromáticas—, dije. —Y revisa su brazo. Quizás sea necesario arreglarlo nuevamente. El médico cogió su bolso. —Por eso elegí el yeso aéreo—, dijo con una sonrisa.

Frank estaba en medio de la habitación con las manos en las caderas y la cabeza inclinada hacia atrás.

—Tienes que recomponerte—, dije. —Haré que te saquen de esto.

—Estoy bien. Estoy bien.

—Está bien—, dije. —Necesitamos sacarle más información. Ahora, no creo que vaya a revelar a nadie más, al menos no todavía. Pero tal vez podamos obtener la ubicación de donde tienen a estos niños.

—¿Estás seguro de eso? ¿Qué pasa si nos está tomando el pelo? — Preguntó Frank.

—Es por eso que necesitamos la ubicación. Podemos verificarlo en persona, luego regresar y atacarlo un poco más, y luego dirigiremos una redada en el lugar.

Frank asintió cuando el médico salió de la sala de interrogatorios.

—Está listo para ustedes nuevamente—, dijo el médico.

Agarré a Frank por los hombros. —Déjame hablar—. Luego lo empujé hacia la habitación. Quería que Frank entrara primero, pensando que eso haría que el hombre se sintiera un poco más inquieto.

Pablo estaba consciente cuando entramos, pero parecía confundido.

—¿Dónde están? — pregunté.

—¿Quiénes? — dijo Pablo.

—Los niños.

—En una casa.

—¿Dónde?

—Virginia del Norte. Suburbios.

—¿Cuál casa?

—No sé el nombre del barrio. Calle Primavera. Novena casa a la derecha.

—¿En qué dirección?

—Sólo se puede entrar por el norte.

Miré a Frank. El asintió.

—Nos sirve—. Caminé hacia la puerta y la abrí. Miré hacia atrás y vi a Frank detenerse frente a Pablo, inclinarse y golpear nuevamente el costado de la cara del hombre.

—¿Era necesario? — dije.

Frank me miró, luego a Pablo y luego de nuevo a mí. —Sí.

CAPÍTULO 3

La calle Primavera estaba llena de casas coloniales típicas que estaban una al lado de la otra, separadas por unos pocos centímetros de césped. Los exteriores de las casas alternaban entre revestimientos blancos con adornos rojos o azules y fachadas de ladrillo. El césped de la casa objetivo estaba cortado al ras y ahora era una mezcla de verde y marrón invernal. No del todo vivo, pero tampoco totalmente muerto. La entrada era atractiva. Las luces navideñas envolvían las barandillas del porche y se alineaban en el borde del techo. Parecía una casa normal y, ciertamente, no una que guardara los secretos profundos y oscuros que Pablo infería.

Empecé a preguntarme si Pablo nos había llevado intencionadamente en la dirección equivocada. Tal vez había arreglado algo con el grupo: si no regresaba en un momento determinado, se irían y pasarían a la clandestinidad o entrarían en algún estado de emergencia. En cuyo caso, estaríamos jodidos. Y al enviarnos a Frank y a mí a los suburbios, tendrían aún más tiempo para largarse. Y al diablo con las consecuencias para Pablo.

Nos sentamos en un auto estacionado a tres casas de distancia. El motor había estado apagado durante cerca de tres horas y el aire dentro del auto estaba casi tan frío como el aire afuera. El vapor se elevaba con cada respiración que tomábamos.

Colocamos el coche de manera que la carretera principal quedara detrás de nosotros. Si alguien entraba o salía de la casa, lo veríamos. También podíamos controlar quién entraba en el vecindario mirando por los espejos retrovisores y laterales.

—¿Jack?

—¿Sí?

—¿Crees que estamos perdiendo el tiempo? — Frank giró ligeramente la cabeza y me miró por el rabillo del ojo derecho.

Me encogí de hombros. —Yo mismo estaba empezando a preguntarme eso.

Frank respiró hondo, exhaló ruidosamente y no dijo nada.

Un destello llamó mi atención. Miré desde la casa hacia mi espejo lateral. Una furgoneta se acercó por detrás. Asentí y dije: —¡Mira!

Frank tomó el volante. Los músculos de sus antebrazos se flexionaron cuando sus manos agarraron la cubierta de cuero que envolvía el volante como una boa constrictor.

—Relájate—, le dije. —Incluso si son ellos, todavía no podemos hacer nada.

El comportamiento de Frank, aunque comprensible, no fue el típico. A veces me refería al tipo como “Hombre de Hielo” porque no había nadie más frío bajo presión. El estrés se deslizaba de él como el agua sobre una estatua de cera. Nunca cometió un error. No mientras estaba en el ejército, y no desde que trabajé con él en el SIS. Creí que era incapaz de equivocarse. Pero su comportamiento empezó a preocuparme, y la preocupación no era un sentimiento que los hombres en nuestra posición pudieran permitirse.

La furgoneta nos pasó a paso firme. En el costado estaba escrito *Servicio de limpieza de Freddy* y había un número de teléfono y la frase *Sentimos placer por el polvo* escrita en las puertas traseras. No disminuyó la velocidad mientras se acercaba a la casa. Pasó de largo y luego continuó hasta el final de la calle, donde se detuvo al frente de un garaje.

—Vigila la camioneta—, dijo Frank. —Estaré vigilando la casa.

—Entendido.

Un hombre corpulento bajó de la camioneta y caminó hacia la puerta principal de la casa. Tenía los hombros encorvados, como un hombre que se había partido el lomo todo el día para poder pagar la casa de cuatro dormitorios que mantenía protegida a su familia. Mantuve mis ojos fijos en la puerta principal y las ventanas del lugar después de que él entró. Pasó un minuto, luego dos. Ningún movimiento. Miré hacia un lado y miré en el espejo. Otro coche había entrado en la calle y se acercaba a una velocidad menor que la furgoneta.

—¿Frank?

—¿Sí?

—Mira detrás de nosotros.

El coche aminoró la marcha al pasar. Era rojo, tenía cuatro puertas y cristales tintados. Nuestro coche tenía lo mismo. No podíamos verlo mejor de lo que él podría vernos si hubiera intentado mirar. El conductor redujo la velocidad al pasar por la casa. Frank golpeó el tablero con la mano derecha y señaló.

—Lo veo, Frank. Espera un minuto—. A pesar del tono tranquilizador de mi voz, me sentí tan ansioso como él.

El vehículo pasó junto a la casa, pero no por mucho tiempo. Se detuvo a media cuadra y aparcó junto a la acera. La puerta del conductor se abrió, pero nadie salió.

—¿Crees que están mirando para ver qué hacemos? —preguntó Frank.

—Creo que estás paranoico— dije.

Me ignoró. —Quiero echarle un buen vistazo al tipo. Si cumple con los requisitos, lo eliminaré.

—No sabemos qué tipo de operación ocurre aquí. Atacas a ese tipo y sucede una de dos cosas. Alguien intenta demandar al gobierno porque cree que fue detenido ilegalmente. O, arruinas la operación.

—¿Operación? No sabemos la operación, Jack.

—No aún—. Tenía ganas de gritarle, preguntarle ¿qué diablos te pasa? En cambio, me mordí la lengua y mantuve la calma, al menos por fuera. También necesitaba encontrar mi calma interior, porque ambos actuando como idiotas no le haría ningún bien a nadie, y mucho menos a los niños que podrían necesitar ser rescatados.

Observamos el coche durante diez minutos. No hubo movimiento. La puerta permaneció abierta. Las luces de freno se encendieron. Un ligero halo rodeaba los puntos rojos debido a la condensación en nuestro parabrisas. Quizás quienquiera que estuviera en el auto nos observaba. Tal vez habían llamado a otro grupo de chicos y estaban esperando que llegaran. O tal vez era algún tipo hablando por teléfono con su amante, que quería terminar su conversación ilícita antes de entrar para besar a su esposa inocente.

—Mira—, dijo Frank. —Él está saliendo.

Me incliné hacia delante y vi como el hombre salía del vehículo. No había nada especial en su vestimenta, que consistía en jeans y una sudadera. Parecía que llevaba botas de montaña. Llevaba una gorra roja en la cabeza. Parecía sudamericano.

Salió completamente del vehículo y giró la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la

derecha. Sus ojos se movían constantemente, examinando cada casa, cada coche. Se detuvo en el nuestro, observó durante unos segundos y luego siguió adelante. ¿No éramos una amenaza? ¿O fue lo suficientemente bueno como para identificarnos y saber que no debía revelarlo?

Miré y vi que Frank tenía su mano izquierda en la manija de la puerta y su mano derecha alrededor de su pistola.

—Tranquilo, Frank— dije.

—Estoy asegurándome de estar preparado— dijo Frank.

Tenía razón, pero el hecho es que estábamos más cerca de la casa que el hombre que estaba al lado del auto.

El tipo cerró la puerta y caminó por la parte trasera del vehículo rojo. No se movió rápido. No se movió lentamente. Rodeó el maletero y se detuvo junto a la puerta del pasajero trasero. La abrió y se inclinó y luego su cabeza desapareció dentro del vehículo.

—¿Qué crees que está haciendo? — dijo Frank.

—Probablemente conseguirá su lanzacohetes. Luego nos apuntará y pondrá fin a nuestra hermosa asociación.

—Estúpido.

—¿No es así?

—El no, tú.

No pude evitar reírme. —Deja de estar tan tenso. Tenemos...

El hombre salió y no estaba solo. Después de que su cabeza volvió a salir, su brazo derecho permaneció adentro. Unos segundos más tarde, pude ver cómo sacaban un brazo más pequeño y delgado. Lo siguió el cuerpo de un niño pequeño. El niño tendría unos siete u ocho años. Por supuesto, siempre había sido malo juzgando ese tipo de cosas.

—¿Ves eso? — dije.

—Ya lo veo— dijo Frank.

—¿Cuántos años crees que tiene ese niño?

—Nueve o diez.

Me encogí de hombros. Frank tuvo hijos. Él sería capaz de decirlo.

El hombre y el niño comenzaron a caminar hacia nosotros. Incluso desde esa distancia, era obvio que no estaban emparentados. El hombre tenía una barba y cabello oscuro que sobresalía de los bordes de su gorra y se agitaba con el viento. El niño, en cambio, era pálido y rubio.

—¿Crees que están emparentados? — pregunté.

—Ni en sueños.

—Quizás esté cuidando el niño.

Eso tampoco tenía ninguna posibilidad de ser cierto. El niño dejó caer su cuerpo en un esfuerzo por liberarse del agarre del hombre. Esto no hizo más que enfurecer al hombre, quien levantó al niño y procedió a arrastrarlo mientras las rodillas del niño raspaban el pavimento. Afortunadamente, llevaba unos vaqueros gruesos.

Frank y yo nos estremecimos hacia adelante. Mi mano corrió hacia mi pistola enfundada y la saqué.

—Tranquilo, Jack— dijo Frank.

Me recliné y volví la cabeza hacia él.

—Veamos a dónde van— dijo.

Al mirar a los ojos del hombre, era obvio hacia dónde se dirigían. Tenía visión de túnel y la recompensa al final del túnel era la casa que estábamos vigilando. El niño todavía luchó y retrocedió. El hombre finalmente se agachó, lo levantó y lo arrojó sobre su hombro.

—Es muy atrevido llevar al niño así, ¿no crees? — dije.

Frank asintió y no dijo nada.

—¿Tal vez ha tenido al niño aquí por un tiempo? — dije. —Quizás los vecinos están acostumbrados a él. A ese tipo de cosas.

Frank siguió sin decir nada.

Dejé pasar unos momentos sin hablar mientras observaba cómo el hombre caminaba por el camino agrietado, pisoteando la hierba que luchaba por sobrevivir en un terreno baldío de cemento. Llegó a la puerta y luego metió la mano en el bolsillo. Su mano regresó con una llave que insertó en el pomo. Un momento después, el hombre y el niño desaparecieron dentro de la casa.

—¿Has visto lo suficiente? — pregunté.

—Observemos durante unos minutos. Si pienso racionalmente, puedo explicar lo que vimos. Ese podría ser el hijastro del tipo. Podría haberlo adoptado.

Las vacilantes emociones de Frank habían empezado a preocuparme. Aquí estaba neutral y tranquilo, el Frank normal. Pero no hacía mucho tiempo que había estado listo para asaltar el barrio.

Me encogí de hombros. —Supongo que eso es posible.

Nos sentamos en silencio, observando la casa y la calle. Nadie entró. No quedaba nadie. El sol estaba profundo en el cielo del oeste y largas sombras envolvían la casa, el jardín y nuestro coche. Los vidrios polarizados del vehículo ahora trabajaron en nuestra contra, haciendo que fuera más difícil ver con detalles precisos.

—¿Quieres que traiga la camioneta? — pregunté.

—Démosle un poco de tiempo y, si no pasa nada, regresaremos a la oficina y trabajaremos un poco más con Pablo.

Pasaron diez minutos más y, con ellos, la luz se apagó aún más. Entonces el resplandor de los faros se reflejó en el espejo lateral y llamó mi atención. Extendí la mano y toqué a Frank. La tensión llenó el auto.

—Ya lo veo— dijo.

Ambos nos agachamos en nuestros asientos y esperamos mientras pasaba una camioneta y luego desaceleraba frente a la casa. La luz intermitente derecha parpadeó rítmicamente, como si nos dijera, *vamos muchachos, tenemos justo lo que están buscando*.

Dentro de nuestro auto reinaba un silencio absoluto. Ambos contuvimos la respiración, temiendo que cualquier ruido o movimiento que hiciéramos ahuyentara a la furgoneta.

El vehículo giró hacia el camino de entrada y se detuvo cerca de la puerta del garaje. El lado del conductor estaba bloqueado a nuestra vista, pero la puerta del pasajero delantero se abrió de golpe y un hombre saltó al camino de concreto. Llevaba un abrigo verde, pero era imposible distinguir algún rasgo facial o incluso decir cuál podría ser su raza. Miró en nuestra dirección por un segundo mientras arqueaba la espalda y giraba de lado a lado, luego se dio la vuelta y alcanzó la puerta lateral corrediza. Agarró y tiró hacia afuera y hacia atrás, abriendo la puerta. El hombre que supuse era el conductor ahora estaba en la parte trasera de la camioneta, de espaldas a nosotros. El otro tipo metió la mano y sacó a un niño. Empujó al niño hacia el conductor, luego metió la mano y sacó a un segundo niño. Agarró al niño por el cuello de su chaqueta y lo llevó a un lado de la casa. Los cuatro pasaron por delante del garaje. Grandes setos nos cubrían y se deslizaban más allá de nuestra línea de visión.

—¡Cristo! — dije. —Enciende el auto y muévete lentamente.

Frank ya tenía la mano en el encendido, prendió el motor y puso la transmisión en marcha.

Avanzamos poco a poco y casi nos detuvimos por completo una vez que tuvimos una vista completa del costado de la casa. Pero llegamos demasiado tarde. Pasamos de largo cuando entró el último hombre y cerró la puerta de golpe.

Frank manejó hacia el final de la calle y giró en el callejón sin salida. Nuevamente pisó el acelerador y llegamos a ochenta kilómetros cuando volvimos a pasar por la casa. Una señal de alto se acercó rápidamente. Frenos y neumáticos chirriaron.

—¡Cristo! — gritó Frank.

—¿Quieres que conduzca?

Frank golpeó el volante con las manos y no dijo nada.

—El primer día de educación vial recuerdo que nos dijeron que nunca condujéramos enojados. ¿O tal vez dijeron fue nunca conducir ebrio?

—Cállate Jack.

Me sonreí a mí mismo durante un par de segundos y luego dejé que mis sentimientos se volvieran sombríos. Sabía lo que habíamos presenciado. Un hombre y un niño fue una coincidencia. La evidencia fue que apareció una camioneta con dos niños más. Evidencia de algo que no quería creer que fuera real. ¿Cómo había sucedido esto durante tanto tiempo sin ser detectado?

—Esta mierda es legítima— dijo Frank.

—Sí— dije.

—Quiero volver.

—Hagamos esto bien. Consigamos un equipo. Decidamos si necesitamos consultar a los federales o a la policía.

—Y golpear a Pablo— dijo Frank mientras presionaba el acelerador y salía a la carretera principal.

CAPÍTULO 4

—¡D espierta Pablo! —. Frank pateó la mesa con tanta fuerza que se deslizó hasta la pared. Pablo había estado durmiendo, con la cabeza apoyada en la superficie de madera.

Se enderezó de un salto y levantó la barbilla de la mesa a tiempo. —¿Que rayos?

—Debería preguntarte eso— dijo Frank. —¿Quiénes son los hombres de la casa?

Pablo sonrió y se encogió de hombros. Levantó las palmas de las manos. Sus cejas se alzaron hasta su frente. —¿Qué casa? ¿Qué hombres?

Cualquiera podría haber echado un vistazo a Frank y darse cuenta de que el hombre hablaba en serio. Pero por alguna razón, Pablo debió sentir que podía hacerse el tonto. No le salió tan bien. Frank levantó su rodilla derecha y clavó su pie en el pecho de Pablo, enviando al hombre y su silla hacia atrás contra la pared. La silla golpeó primero, chocando con un ruido metálico. La cabeza de Pablo lo siguió y se estrelló contra la pared con un ruido sordo. Se desplomó de su silla y cayó al suelo. Le seguía una larga línea de sangre.

—Mierda— dijo Frank.

—Mierda— dije. —Será mejor que no esté muerto.

Frank dio tres pasos hacia adelante y se inclinó. Extendió la mano y palpó el cuello de Pablo. —Tiene pulso—. Luego se levantó, dio media vuelta y caminó hacia la puerta. —Hola doctor, lo necesitamos.

El médico entró arrastrando los pies sosteniendo una dona a medio comer en una mano y una humeante taza de café en la otra. Motas blancas del glaseado de azúcar de la masa se pegaban a su bigote oscuro.

—¿Que le sucedió? — preguntó el médico.

—Se cayó— contesté.

El médico asintió y gruñó su afirmación. Le entregó la dona y el café a Frank, luego se agachó junto a Pablo y comenzó su evaluación.

Doc. lo hizo. Ninguno de nosotros sabía su nombre. Lo llamábamos Doc. para su propia protección. Todos pensamos que no tenía trabajo, porque estaba de guardia las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Sólo podía imaginar lo que le pagamos por sus servicios.

—Si quieres obtener más información de este tipo, te recomiendo que dejes de golpearlo—. El médico se tomó su tiempo para ponerse de pie. Se giró y se apoyó contra la pared. —De lo contrario, no recordará nada.

—¿Entendiste, Frank? — dije.

Frank dejó la comida y el café del médico sobre la mesa, pasó por mi lado y salió de la habitación.

—¿Cuál es su problema? — dijo el doctor.

Lo pensé por un segundo. Frank se había estado tomando muy en serio esta operación. Me

preocupé cada vez más de que fuera a la redada con nada más que venganza en mente, en lugar de cumplir nuestro verdadero propósito allí. El objetivo sería neutralizar a los hombres de la casa y sacar a los niños. Después de eso, traeríamos a los hombres aquí y nos pondríamos a trabajar en ellos, descubriendo los detalles de su pequeño programa.

—Él está nervioso con este caso—, dije. —Yo también. No es bonito.

—No quiero saber ningún detalle.

—Sí, sé que es así, doctor.

—Está bien, bueno, voy a volver a mi oficina—. Tomó su café y su dona y pasó por un lado hacia la puerta abierta. —Se levantará pronto. No más golpes. Si necesitas que hable, ven a buscarme. Le inyectaré algo que lo hará cantar blues como si estuviera en el escenario de un bar de Kansas City.

Seguro que lo hará, pensé. Lo único que este tipo tenía a su favor era el hecho de que nos llevó a la casa correcta. No tenía idea de si aún nos fuera útil. Aunque valía la pena intentarlo.

Llevé la mesa al centro de la habitación y me senté en el otro extremo, lo que me dio una vista de Pablo y del vestíbulo. Pablo empezó a moverse, pero aún no se había recuperado del todo.

Harris y McKenzie, ambos agentes del SIS, entraron al vestíbulo. Esperábamos que seis más ayudaran a planificar y llevar a cabo la redada. Aunque no estaba seguro de quién. Eso dependía de Frank.

Harris asomó la cabeza en la habitación. —¿Quién es ese?

—Su nombre es Pablo. Nos dio la información que nos llevó a la casa.

—¿Qué está pasando en la casa?

—¿Frank no te lo dijo?

—No lo preguntaría si así fuera.

Hice una pausa por un segundo antes de responder. Frank tenía una razón para no decirles lo que estábamos haciendo. No tenía idea de cuál era esa razón, pero sentí que debía respetarla. —Frank lo repasará en un momento. Tenemos algunas preguntas más para este tipo.

—De acuerdo— Harris se dio vuelta y se alejó.

Pablo abrió los ojos y se arrastró hacia la mesa.

—¡Oye! ¿Harris?

—Sí.

—¿Te importaría decirle a Frank que lo necesito aquí?

—Por supuesto.

En ese momento, Pablo había logrado poner su antebrazo sobre la mesa y comenzó a subirse a la silla. El hombre parecía un boxeador que hubiera perdido su última pelea. Ojo izquierdo cerrado e hinchado. Labio inferior partido en dos puntos. Tenía la nariz torcida y sangre seca le cubría el labio superior.

—¿Cómo te sientes Pablo? — pregunté.

—Dame un cigarrillo, hombre.

—Dale un cigarro al hombre, Frank— le dije.

Frank entró en la habitación y dejó que la puerta se cerrara tras él. Caminó alrededor de la mesa y se detuvo detrás de Pablo. ¿Qué planeaba hacer? ¿estrangularlo? Contuve la respiración, preparándome para el próximo movimiento de Frank. No quería correr en defensa de Pablo, pero aún no habíamos terminado con el hombre y haría todo lo que pudiera para mantenerlo con vida. Hasta que tuviéramos a los niños, claro.

Frank buscó en su bolsillo. Por un segundo pensé que iba a sacar un cable, pero en lugar de

eso sacó un paquete de cigarrillos. Agarró dos y se los metió entre los labios y luego abrió la tapa de su encendedor. Se disparó una llama de cinco centímetros y agitó la cabeza de lado a lado. Se sacó uno de entre los labios y se lo entregó a Pablo.

—Gracias— dijo Pablo.

Frank no dijo nada. Continuó alrededor de la mesa, detrás de mí, y luego se sentó directamente frente a Pablo.

La habitación se sentía pesada. Todo estaba en silencio excepto por el sonido de la respiración entrecortada de Pablo.

Finalmente, Frank habló. —¿Qué debemos esperar Pablo?

Pablo se encogió de hombros. Dio una larga calada a su cigarrillo y contuvo el humo durante lo que le parecieron dos segundos de más. Exhaló una corriente de humo azul en el aire y luego dijo: —Estoy pensando que será una Navidad blanca, hombre.

El rostro de Frank se puso rojo. Se inclinó hacia delante. Tenía los puños apretados con fuerza. Parecía que había usado hasta el último gramo de autocontrol para evitar volar sobre la mesa y estrellar la cabeza de Pablo contra la pared, otra vez.

—Hemos terminado de hacer tonterías—, dije. —El doctor te inyectará algo que te dolerá más que cualquier dolor que hayas sentido. Y como efecto secundario, no podrás resistirte a respondernos.

La media sonrisa en el rostro de Pablo se aplanó. Volvió la cabeza en mi dirección, pero mantuvo sus ojos en Frank.

—Mi socio quería dártelo desde el principio—, le dije. —Pero por lo que puedo ver, has sido bastante directo con nosotros. Estoy dispuesto a darte otra oportunidad. Si sigues bromeando, no tendremos más remedio que inyectarte.

Pablo desvió sus ojos hacia mí, luego hacia Frank y luego de nuevo hacia mí. —Ustedes van a hacer que me maten.

—No si conseguimos a los tipos para los que trabajas— dijo Frank. —Los chicos de esa casa.

Pablo rio entre dientes. —¿Crees que todo termina ahí?

—Creo que todo comienza ahí— dijo Frank. —Y mataremos a la mitad de ellos, y mantendremos a la mitad con vida. Los traeremos aquí. Los interrogaremos. Y eventualmente llegaremos a donde necesitamos ir. Esto es lo que quiero saber. ¿Vas a estar allí con nosotros? ¿O planeas trabajar contra nosotros, dejándonos sin otra opción que deshacernos de ti? Ya viste cómo hemos podido detenerte sin siquiera una orden judicial. He comprobado tus antecedentes, Pablo. Estás limpio. Totalmente legal. Ni siquiera una multa de estacionamiento. Si podemos hacer esto, entonces seguramente debes darte cuenta de que podemos deshacernos de ti de tal manera que nadie encontrará tu cuerpo.

Me impresionó la forma en que se comportaba Frank. Dos minutos antes estaba listo para matar al hombre, y aquí estaba racionalizando con él.

—Simplemente di que estás listo para hablar y nos pondremos manos a la obra— dijo Frank.

Pablo asintió. —¿Qué me pasa si hablo y te doy lo que quieres?

—Entonces te mantendremos aquí un poco más de tiempo en caso de que te necesitemos de nuevo— dijo Frank.

—Y luego... ¿qué? ¿Qué pasará cuando todo termine?

—Estoy seguro de que podemos resolver algo— dije.

Eso fue lo mejor que pude ofrecer. La verdad es que ni Frank ni yo podíamos garantizarle nada. Una vez que completemos la operación, nuestros superiores decidirían qué hacer con los prisioneros. Algunos podrían ser asesinados. Otros entregados a las autoridades locales o

federales. Algunos incluso podrían ser despedidos. No dependía de nosotros y, francamente, no me importaba lo que les pasara.

—Está bien— dijo Pablo. —¿Qué quieres saber?

—Empieza por la casa. Describe el interior.

—Cuando entras por la puerta principal, la escalera está justo frente a ti. El comedor a la derecha, la sala de estar a la izquierda. El comedor se abre a la cocina. La cocina conecta con el garaje a la derecha y un cuarto de entretenimiento a la izquierda. Un pasillo corto conduce desde el cuarto de entretenimiento hasta la puerta principal y la sala de estar. Junto a la puerta del garaje está la puerta del sótano.

—¿Cómo es arriba? — pregunté.

—Cinco dormitorios más una habitación sobre el garaje.

—¿Quién se queda arriba?

—Ellos.

—¿Qué hay en el sótano?

Los ojos de Pablo se movieron, bajó la cabeza y su voz se convirtió en un susurro. —Los niños.

El rostro de Frank se ensombreció un poco. Los músculos de su mandíbula se tensaron.

Continué con el interrogatorio. —¿Cuántos niños?

—Uhm, no he estado allí en una semana.

—¿Cuántos había la última vez que estuviste allí?

—Una docena.

—¿Doce niños?

—Sí.

Frank se volvió hacia mí. —Ayer vimos entrar a tres. Así que estamos hablando de quince.

Asentí. —Tal vez más. ¿Quién sabe cuántos trajeron desde la última vez que estuvo allí?

—No—, dijo Pablo. —No habrá más de una docena. Eso es todo lo que el sótano puede soportar. Si los viste trayendo más niños, eso significa que movieron a algunos. Se suponía que yo también debía traer uno. Según lo que dices que vieron, ellos debieron haber movido al menos cuatro.

Frank parecía estar a punto de explotar. Puso las manos sobre la mesa y avanzó poco a poco, sutilmente.

—Frank, vete— le dije.

Me miró con los ojos entrecerrados y la boca entreabierta. —¿Qué?

—Déjalo por unos minutos. Toma una copa y luego regresa.

Se levantó lentamente y se dirigió hacia la puerta. Esperé a que saliera de la habitación y luego continué.

—¿Adónde los llevan? — pregunté.

Pablo se encogió de hombros. —No sé.

—Sólo voy a preguntar una vez más. ¿A dónde...?

—Te lo digo, no lo sé. No me quedo en la casa. No estoy tan arriba en la escalera, hombre. Todo lo que sé es que cuando traigo a un niño nuevo, uno que había estado allí ya no está.

Decidí cambiarlo un poco. —¿A quién apuntabas en la parada de autobús?

—No es así. Es aleatorio. No buscamos rescate ni nada por el estilo. Todos los niños se venden—. Pablo se detuvo y sonrió. —Bueno, algunos se venden mejor que otros.

Sentí que mi sangre empezaba a hervir. Respiré hondo y me recompuse antes de continuar. —¿Entonces nunca te han pedido que recojas a un niño específico?

—No—. Pablo miró hacia arriba con el rostro contraído. —Bueno, eso no es cierto. Hace unas semanas me dieron una foto y me dijeron que trajera a ese niño.

—¿Era él o ella?

—Él. Pelo rubio. Tal vez tenga diez años, no estoy seguro.

—¿Dónde lo recogiste?

Pablo se reclinó y se cruzó de brazos. Se llevó una mano a la barbilla y se frotó la barba con el índice y el pulgar.

—¿Dónde, Pablo?

—Lo seguí a él y a su madre durante unos cuantos kilómetros. Llegaron a una gasolinera. Era tarde y estaba oscuro. Golpeé a la señora. Ella cayó al suelo. Me llevé al niño. Pero no recuerdo exactamente a dónde. No estaba, eh, sobrio.

Frank abrió la puerta y entró. No se sentó. En cambio, se apoyó contra la pared del fondo, sin quitar nunca los ojos de Pablo. Decidí retomar el interrogatorio. Podríamos revisar el secuestro después de la redada.

—Está bien, Pablo, vuelve a la casa—, le dije. —¿Cuántos trabajan allí?

—Cinco o seis en todo momento.

—¿Hasta?

—No sé, tal vez ocho. Nunca he visto más de diez. Si vas después de las ocho, solo tendrás cinco o seis. Y uno estará durmiendo. Siempre hay alguien de guardia mirando las cámaras, por lo que siempre hay alguien durmiendo antes de su turno.

—¿Qué tipo de armamento tienen? — pregunté.

—Creo que todos están armados allí. Sé que siempre voy armado con al menos una pistola. También tienen algunos rifles de asalto.

—¿Cuántos?

Pablo se encogió de hombros y no dijo nada.

Miré a Frank. Él encontró mi mirada y asintió.

—Nos vamos por un segundo, Jack.

Me levanté y salimos de la habitación. Miré alrededor del vestíbulo. Todas las oficinas estaban llenas de agentes esperando para reunirse y discutir la redada.

—Casa llena—, dije.

—Sí—. Frank asintió mientras miraba hacia la izquierda y luego hacia la derecha. —Entonces, ¿cuál es tu sentimiento? ¿Está diciendo la verdad?

Me encogí de hombros. —Supongo que sí. Podría estar mintiendo, pero sabemos que la casa está allí. Sabemos que habrá gente adentro. Estoy pensando que deberíamos tener un francotirador ubicado al otro lado de la calle y vigilar la casa toda la noche. Conseguir a otro que haga el turno de la mañana. De esa manera tendremos algún tipo de conteo de cuántos hombres hay allí cuando lleguemos.

—¿Crees que en realidad son sólo cinco o seis? — dijo Frank.

Me incliné y hablé en voz baja. —¿Estás preocupado?

—Un poco.

—Tú y yo podemos manejar a cinco o seis muchachos y apenas sudar al hacerlo. Lo tenemos.

Frank asintió. —Está bien. Llévalo abajo y mételo en una celda. No tiene sentido mantenerlo en la habitación.

—De acuerdo.

—Estaremos en la sala de conferencias. Encuéntranos allí.

CAPÍTULO 5

Cerré la sólida puerta de acero de la celda de Pablo y me dirigí a la sala de conferencias que estaba ubicada en el mismo piso. Los niveles subterráneos de nuestro edificio eran el doble del tamaño del primer piso. La mitad de este piso estaba ocupada por celdas. La otra mitad se dividía entre la sala de conferencias y algunas oficinas más. Había dos pisos más debajo. Uno era todo oficinas y el otro tenía una sala de ejercicios y nuestro almacén, que albergaba todo nuestro armamento. Un ascensor en el piso inferior podría llevarnos unos treinta metros más abajo hasta un búnker de emergencia. Dudaba que alguna vez tuviéramos que usarlo. Al menos yo no lo haría. Siempre había sido de la opinión de que, si sucedía algo que destruyera el mundo, quería hundirme con ello. Llámenme malcriado, pero la idea de tratar de sobrevivir con latas de salchichas y frijoles no me atraía mucho.

Me tomé mi tiempo caminando por el estrecho pasillo que conducía a la sala de conferencias. Faltaba el *zumbido* del ventilador de techo. El aire tranquilo olía a chips de maíz. Tomé nota mental de mencionarle a Frank que necesitaríamos que alguien revisara el sistema. Y que tendríamos que sacar a los limpiadores pronto. La situación justificaba una acción rápida, pero quería asegurarme de que todos mis pensamientos estuvieran solidificados antes de darle al grupo una descripción general, y el tiempo entre la celda de Pablo y la sala de conferencias era todo lo que tenía.

Me detuve frente a la puerta abierta de la sala de conferencias y me recosté contra la pared. El suave murmullo de la charla pasó a mi lado como hojas en un día ventoso. Insignificante, individualmente. Sin embargo, en su conjunto, era como si la muerte te rozara y te rodeara como un tiburón en el agua. Esa es la sensación que daban las voces en esa habitación. Todos allí sabían lo que estaba en juego, de eso no había duda. Siempre nos enfrentábamos a la posibilidad muy real de que uno de nosotros no regresara a casa. No vivo, eso es. Y no importaba. Ningún hombre en el edificio podía decir que no conocía los riesgos cuando se inscribió para el trabajo.

—El hombre del momento—, dijo Frank cuando entré en la habitación. El grupo me dio una ovación burlona mientras tomaba asiento. Frank me miró y dijo: —Estamos listos para partir.

En la pizarra blanca había dibujado un gran diagrama de la casa. Al lado, había un mapa del barrio pegado a la pared. Me levanté, fui a la cabecera de la habitación y señalé la casa. —Estamos viendo un mínimo de cinco muchachos, posiblemente hasta diez, y uno de ellos está dormido—. Apunté al piso de arriba. —Los dormitorios están aquí. Los dos primeros que crucen la puerta irán a las escaleras y subirán. Los dos siguientes irán a la derecha—, hice una pausa y señalé el comedor, —y los dos siguientes a la izquierda. Ustedes se reunirán con el equipo que viene por la parte de atrás, que debería estar en su lugar antes de que entremos a la casa. También tendremos francotiradores en el lugar, dos al otro lado de la calle y al menos uno en la parte de atrás. Ellos podrán protegernos contra cualquier interferencia externa.

Harris levantó la mano y dijo: —¿Solo dos son suficientes para el segundo piso?

—No, no lo son— dije. —Frank y yo entraremos últimos y subiremos las escaleras, a menos que las cosas estén fuera de control abajo.

—¿Qué pasa con los federales?

—Buena pregunta. Por el momento, el FBI no está involucrado.

—Por el momento, ¿eh? Está bien. ¿Y otros?

—No. Ya sabes cómo son las cosas, Harris. Ambas son una posibilidad. Haremos ajustes tácticos en el lugar si es necesario.

—¿Y cuál es el objetivo? ¿Custodia? ¿Matar en el acto?

Miré el dibujo y señalé el espacio entre el garaje y la cocina. —Los hombres son secundarios. Yo diría que los maten al verlos excepto al líder del grupo, pero no sabemos quién es. Corremos el riesgo de perder información al eliminarlos. Disparen para neutralizar si es necesario. Si se sienten amenazados, entonces mátenlos.

Observé los rostros en la sala y vi que todos asentían, algunos estaban de acuerdo y otros simplemente para estar haciendo algo. Frank me lanzó una mirada que decía "*Pongamos esto en marcha*".

—El verdadero objetivo de esta operación está en el sótano— dije.

—¿Qué hay en el sótano? —preguntó Carmichael.

En ese momento sentí como si me hubieran metido veinte bolas de algodón en la boca. Me obligué a bajar la lengua en un esfuerzo por mojarme la boca y luego me lamí los labios. Una fina capa de sudor se formó en mi frente y cuello. ¿Por qué? Me había estado preparando desde que nos alejamos de esa horrible casa esa misma tarde. ¿Por qué de repente me entró el pánico? Porque sabía que contárselo al grupo lo haría real.

Escaneé la habitación. Todos los ojos estaban puestos en mí. La anticipación flotaba espesa en el aire, como humo negro corriendo delante de un fuego fuera de control. Esperaban una respuesta como armas, drogas o una docena de extranjeros ilegales. Dios, más de la mitad de los hombres en la sala tenían hijos, y ninguno de ellos estaba preparado para lo que estaba a punto de decir.

—¿Jack? —dijo Frank. —¿Quieres que continúe?

—No, yo puedo—. Caminé hacia la mesa y puse ambas manos sobre ella, con las palmas hacia abajo. El sudor creó una barrera delgada y fría entre la lámina de la mesa y mi piel. Me incliné y miré a cada hombre en la habitación, uno por uno. —Una docena de niños, más o menos. Cada uno tomado al azar, excepto uno, para ser vendido y enviado al extranjero.

Un gemido colectivo llenó la habitación. Los rostros se pusieron rojos. Algunos hombres instintivamente alcanzaron sus armas enfundadas. Otros apretaron los puños o golpearon la mesa. Empecé a preguntarme si sacaríamos vivos a algún prisionero de la casa.

—¡Mierda! —dijo McKenzie.

—Sí—. Tenía que dominar la habitación antes de que los pensamientos y los ánimos se salieran de control. —Así que tengan mucho cuidado cuando estemos despejando la casa. No estoy seguro si a los niños se les permite salir del sótano o no. Así que estén atentos a las personas pequeñas.

—Estoy listo para partir ahora— dijo Carmichael.

Levanté ambas manos y las sostuve frente a mi pecho. —Nos vamos mañana. Descansa esta noche.

—¿Qué pasa si se trasladan a uno o más niños? —Dijo Klein.

—Ya tenemos a un hombre allí. Vigilando. Tenemos algunas unidades cerca. En autos y

listas para partir. Si intentan irse con un niño, les daremos una paliza.

La habitación quedó en silencio. Un *zumbido* audible se deslizó desde el pasillo. El ventilador había vuelto a funcionar. Quizás Frank ya había llamado para informarlo.

—Está bien, chicos— dije. —No tengo nada más. Nos volveremos a reunir aquí al mediodía. Vayan a pasar tiempo con sus familias. Y aquellos de ustedes que todavía están solteros no se emborrachen demasiado esta noche.

El último comentario provocó un par de risas y sonrisas. Los hombres se levantaron y salieron de la habitación sin decir palabra. Después de que se marcharon, sólo quedamos Frank y yo.

—Creo que todo salió bien— dijo.

Me encogí de hombros. —Supongo que sí—. Me senté frente a Frank. —Más o menos tan bien como esperaba.

—¿Crees que intentarán neutralizarlos?

—No— dije. —¿Tú?

Frank sacudió la cabeza y no respondió. Se reclinó y se cruzó de brazos. Su cabeza cayó hacia atrás hasta el punto donde el borde del respaldo de la silla lo sostenía en la base de su cuello. Su nuez subió y bajó, y luego se aclaró la garganta.

Esperé unos segundos a que dijera algo. No lo hizo. Golpeé la mesa dos veces con los nudillos y me levanté. —Voy a salir. ¿Quieres tomar una cerveza conmigo?

Se movió en la silla y se enderezó. —No. Creo que me iré a casa.

—Haz lo que quieras—. Caminé hacia la puerta y miré por encima del hombro. Se había encorvado de nuevo y miraba al techo. No tenía sentido volver a preguntar. Frank pasaría la noche en la oficina, como había hecho la mayoría de las noches en los últimos dos meses.

CAPÍTULO 6

Frank detuvo nuestro auto en el estacionamiento de una tienda de donas cerrada, a aproximadamente un kilómetro y medio de la casa. El aire estaba frío. El viento me golpeó como una capa de hielo. Mis mejillas ardieron y mis labios se secaron. Había nubes oscuras en la parte baja del cielo, un preludio de una tormenta invernal. Que la nieve aguantara unas horas sería beneficioso para nosotros, ya que bloquearía los últimos rayos del moribundo sol de diciembre. A las cinco en punto ya estaría tan oscuro como la noche. Lo suficientemente oscuro como para que podamos avanzar por la calle sin ser detectados.

Agarré mi auricular y lo envolví alrededor de mi cabeza. Encendí mi transmisor y dije: — Hall, pasa.

Hall estaba ubicado en lo alto de la casa frente a nuestro objetivo. Nadie sabía que él estaba allí, y menos los propietarios. El tipo era un camaleón y podía camuflarse en cualquier lugar.

Pasaron unos segundos y luego respondió una voz ronca. —¿Sí?

—¿Qué tienes ahí?

—No hay movimiento desde anoche. Dos entraron, tres salieron y no han regresado.

—¿Sin niños?

—Afirmativo.

—Comenzaremos a las cinco, así que si algo cambia entre ahora y entonces, házmelo saber.

—Entendido.

—Me pondré en contacto antes de acercarnos.

Cambié la configuración de mi transmisor para captar mi voz solo cuando presioné el botón de transmisión. Regresé al auto y dejé que el calor me envolviera, alejando el frío de mi cuerpo centímetro a centímetro.

—¿Está todo bien? — preguntó Frank.

Asentí. —Creo que estamos viendo a cinco tipos. Dijo que tres se fueron anoche y nunca regresaron. Dos entraron y no ha salido nadie desde entonces.

—Deben mezclar equipos dentro y fuera. Sólo un par de chicos principales se quedan en la casa.

Eso parecía razonable, aunque, con una operación como la que estaban llevando a cabo, cuanta menos gente lo supiera, mejor. Todo lo que hacía falta era que atraparan a un tipo y podría delatar a toda la organización, como lo había hecho Pablo.

Se detuvieron dos autos más, transportando a un total de ocho hombres. Estacionaron a ambos lados de nosotros. Todos salieron. Los diez recorrimos el edificio. Estoy seguro de que éramos un espectáculo para cualquiera que pasara por allí. Diez tipos vestidos con pantalones cargo negros y camisetas térmicas negras, con cinturones tácticos alrededor de la cintura. Llevábamos radios colgadas de los hombros y cables colgando de nuestras orejas. Rápidamente

nos trasladamos a la parte trasera del edificio, fuera de la vista. Allí les presenté un resumen de nuestro plan.

—Vamos a hacer nuestro primer movimiento a las cinco. A juzgar por la capa de nubes, para entonces ya debería estar bastante oscuro.

—¿Queremos ir tan temprano? —preguntó Klein.

—Preferiría esperar hasta más tarde— dije. —Pero una vez que comience a nevar, se iluminará el área. Seremos visibles desde media cuadra de distancia.

La mitad de los hombres asintieron con la cabeza. Los demás se quedaron mirando, con la anticipación reflejada en sus rostros.

—Ocho de nosotros nos bajaremos al final de la calle. Thorpe y Lucero, ustedes irán a la calle detrás de la casa. Cortarán hasta el patio trasero y esperarán a que lleguemos al frente.

Ambos hombres asintieron y se emparejaron a mi derecha. Por lo general, no estaban asociados, pero pensé que compartían un activo que sería beneficioso para la operación. Thorpe y Lucero eran los más bajos de nuestro grupo, ambos con menos de un metro con setenta.

—Harris y McKenzie— dije. —Ustedes dos son los primeros en entrar y llegarán a las escaleras. Carmichael y Klein, ustedes dos los cubrirán, luego a la derecha. Despejen el comedor y la cocina, luego se encontrarán con Thorpe y Lucero.

—Entendido— dijo Klein.

—Reid, Sabatino— dije. —A la izquierda y dan la vuelta. Frank y yo seremos los últimos y está en el aire si subiremos o ayudaremos abajo. Apuesto a que la mayor parte de la acción será abajo ya que entraremos tan temprano. Si tenemos suerte, habrá cuatro sentados alrededor de la mesa comiendo y uno en la cama durmiendo.

El grupo rio entre dientes. Las cosas nunca fueron tan fáciles. No para nosotros. No para nadie.

—Llevaremos chalecos y cascos. Estos tipos estarán armados. No quiero que haya bajas.

Se hizo el silencio sobre el grupo. Nadie quería reconocer la posibilidad de que alguien pudiera morir, pero todos pensaban en ello.

—¿Seguimos volando solos? —preguntó Reid.

—Sólo nosotros— dijo Frank. —Se ha advertido a las autoridades locales que se mantengan alejadas. Después informaré a mi contacto en la Oficina.

Una voz sonó en mi auricular y me dijo que la camioneta estaría allí en diez minutos.

—Está bien, la furgoneta está en camino. Tomen su último cigarrillo.

CAPÍTULO 7

S alimos de la camioneta a media cuadra de la casa. El ángulo del camino que tomamos nos acercó cada vez más a las casas por las que pasamos. Cuando llegamos a la cuarta casa, la última antes del objetivo, estábamos presionados contra el revestimiento para que nadie dentro de la casa objetivo pudiera vernos.

Llegué a la esquina y levanté la mano izquierda para cerrar el puño. Presioné el botón de transmisión en mi equipo y dije: —¿Están ustedes dos en posición?

Thorpe respondió. —Sí. Desde aquí podemos ver dos en la cocina, ninguno en la sala de entretenimiento.

Miré por encima del hombro y escudriñé los rostros de los hombres detrás de mí. Cada hombre asintió reconociendo que entendían.

—Empiecen a moverse— le dije a Thorpe. —Entren apenas vean el primero de nuestros hombres—. Me volví y me dirigí a los hombres que estaban conmigo. —Está bien, es hora. Creen una confusión masiva. Desorientenlos. Disparen sólo si se sienten amenazados. Prefiero tener huesos rotos que agujeros de bala en estos tipos.

Asomé la cabeza por la esquina y vi una cámara montada en el costado de la casa. Tenía tres opciones. Dispararle, enviar a alguien para desactivarla o ignorarla. Si disparaba, alguien me oiría, aunque llevaba una H&K MP7S equipada con un silenciador. Enviar a alguien para desactivarla podría avisarles con antelación de que nos acercábamos. Si iban a recibir alguna advertencia, preferiría que fuera cuando todos nos estuviéramos acercando a la casa, sin que ni un solo hombre fuera enviado como un cordero para el sacrificio.

Elegí ignorarla. Llámalo un presentimiento, pero razoné que, si dos de los hombres estaban en la cocina, se estarían preparando para comer. Ésa podría ser la única vez cada día en la que bajan la guardia.

—Está bien, equipo— dije. —Activen las transmisiones y muévanse.

Cruzamos la estrecha franja de hierba entre las casas, encorvados y en formación táctica. Frank y yo esperamos debajo de la cámara. Los primeros cuatro que cruzaron la puerta se agolparon en el porche. Derribaron la puerta y comenzó la confusión masiva.

Harris y McKenzie entraron corriendo y Klein y Carmichael rápidamente se colocaron en posición en la puerta principal, cruzando su puntería y cubriendo a los dos primeros hombres. Luego, entraron y desaparecieron de la vista. Reid los cubrió. El sonido de los disparos surgió desde el interior. El destello del cañón iluminó el porche. Reid saltó metro y medio hacia atrás y cayó al suelo. Sentí que se me hundía el estómago.

—¡Mierda!— dijo Frank.

—Actualizaciones— dije.

—Arriba está despejado— dijo Harris. —Tenemos uno aquí arriba.

—Vamos a entrar— dijo Thorpe.

Nadie más respondió.

Corrí hacia la puerta y me detuve. Frank tomó posición a mi lado, listo para cubrirme cuando entré. Me metí dentro y me dirigí a la izquierda. El área frente a mí estaba vacía. Apunté mi arma a la sala de estar y luego al pasillo. La sala de estar estaba despejada y Sabatino me dio el visto bueno desde la sala de entretenimiento. Me levanté de una posición agachada y miré por las escaleras. Vi a un hombre tirado sobre la mesa, boca arriba. Una mancha carmesí se extendió rápidamente por su camiseta blanca.

Asentí hacia Frank. Entró en la casa girando hacia la derecha. Hizo un gesto en dirección a la cocina y luego se volvió hacia mí. —Está bien, Jack. Los tienen arrodillados en el centro de la cocina.

—¿Cuántos?

—Cuatro.

Cuatro en la cocina, uno agonizando en la mesa y otro arriba para un total de seis hombres. Pablo nos había dicho la verdad.

—Voy a ver a Reid— dije mientras caminaba por la puerta principal. Escaneé el área, en caso de que alguien se hubiera detenido. Las luces del porche estaban encendidas y la gente asomaba la cabeza por las puertas y por detrás de las cortinas que cubrían las ventanas delanteras.

Reid yacía en el suelo, retorciéndose de dolor. Me incliné y encendí una linterna en su dirección. Un par de balas le habían alcanzado en el pecho, justo encima del corazón. Si no hubiera estado protegido por Kevlar, estaría muerto.

—Recupera el aliento—, le dije mientras le aflojaba el chaleco. Extendí mi mano. —Vamos, entra.

Esperé a que Reid entrara a la casa y luego lo seguí. Harris y McKenzie conducían a un hombre escaleras abajo. El cabello oscuro del tipo se erizó en una docena de direcciones diferentes, pero estaba más que alerta después de haber sido despertado sobresaltado por asesinos entrenados y disparos.

Fui hacia la derecha, atravesando el comedor donde el hombre yacía muerto sobre la mesa, desangrándose. Había una maceta en el suelo, cerca de la ventana, con una caja negra al lado. Algún tipo de sistema de riego, supuse. Entré a la cocina, me detuve frente a los hombres arrodillados en el suelo y les apunté con mi arma. —¿Quién está a cargo?

Nadie habló.

Le di una patada a uno en el estómago. Se inclinó y cayó de bruces.

—¿Quién está a cargo? — Pregunté de nuevo.

Un hombre de mediana edad con una barba oscura con canas señaló hacia el comedor. —Él.

Miré a Frank, quien negó con la cabeza.

—Maldita sea— dije. —Está bien, Thorpe y Lucero, ustedes dos aseguren a estos tipos. La van está en camino. Móntenlos rápidamente una vez que esté aquí.

—Entendido— dijo Thorpe.

Caminé hasta el otro extremo de la cocina y entré a un pasillo corto con dos puertas al final. Uno conducía al garaje y otro al sótano. Me apoyé en la primera puerta y escuché el llanto de los niños. Aunque sabía que este sería probablemente el escenario, una gran parte de mí todavía no quería creerlo, no quería afrontarlo. Comencé a alcanzar la manija, pero me detuve y decidí dirigirme al grupo.

—Seamos rápidos, pero amables. Estos niños han pasado por mucho.

Nadie discutió.

Comencé a regresar hacia la puerta cuando se abrió de golpe y me lanzó contra la pared al final del pasillo. Una ráfaga de disparos atravesó el área pequeña, acribillando a Carmichael y Klein a balazos. Los hombres volaron hacia atrás contra la pared. Sus cuerpos estaban perfilados por una mezcla de la sangre de cada uno.

Pateé la puerta, pero sólo pude hacer que se moviera unos centímetros. Levanté mi MP7 y lo apunté al nivel del pecho. Pero no pude disparar. ¿Qué pasaría si este loco retuviera a uno de los niños? Agarré la parte superior de la puerta y me levanté. Antes de llegar a la cima escuché seis ráfagas de tres disparos, diciéndome que mis muchachos se habían encargado de la situación. La puerta se movía libremente ahora y la solté y la empujé tan lejos como pude. En el suelo, se formó un charco de sangre que fluyó debajo del espacio entre la puerta y el piso. Di la vuelta y me paré frente al hombre que había asesinado a mis hombres. Se acostó boca abajo, con la cabeza vuelta hacia un lado y los ojos bien abiertos. Levanté la pierna y le clavé el talón de la bota en la cara.

—Jack—, dijo Frank. —Vamos por los niños antes de que aparezcan más de estos tipos.

Mi respiración era errática, rápida y pesada. Mi corazón latía como un tambor. —Sabatino, vigila la puerta—, dije con la respiración entrecortada. Señalé a Harris y McKenzie. —Ayúdanos a sacar a los niños.

Aunque me había preparado para el peor escenario posible, nada podría haberme preparado para lo que vi cuando llegué al final de las escaleras del sótano.

El otro extremo del sótano había sido excavado dos metros y medio más en el suelo, formando lo que parecía ser un pozo de más de cuatro metros cuadrados y dos metros y medio de profundidad. Una docena de niños se apiñaban en un rincón. Había niños y niñas. Parecían tener entre cinco y doce años. Todos ellos atrapados como ratas.

Soy un hombre endurecido. Había visto y hecho mucho desde que me uní a la Infantería de Marina a los dieciocho años, pero esa vista hizo que un torrente de bilis subiera por mi garganta. Me llevé un puño a la boca, preocupado de que iba a vomitar. No lo hice. Harris, sin embargo, lo hizo, provocando una reacción entre los niños de abajo.

—No nos hagas daño— dijo uno de ellos.

—Estamos aquí para ayudarte—, le dije. —Somos los buenos.

Los sollozos llenos de miedo rápidamente se convirtieron en lágrimas de alegría. Incluso los niños que no habían estado llorando ahora lo estaban. Miré alrededor de la habitación y vi los rostros de los hombres con los que estaba. Cada hombre tenía lágrimas en los ojos. Las mejillas de Frank estaban manchadas de humedad.

—¿Cómo los sacamos de ahí? — dije.

Un niño dio un paso adelante. Parecía ser el mayor. Tenía el pelo castaño que le llegaba hasta las cejas. Su ropa estaba sucia y hecha jirones. Demonios, todos los niños tenían su ropa así. El niño dijo: —Usen la escalera.

Me volví y alumbré con mi luz la habitación. —¿Alguien ve una escalera?

—Por allí— dijo Harris, cruzando hacia el fondo de la habitación.

Extendimos la escalera y la dejamos caer en el hoyo. Bajé y le pedí al niño mayor que me ayudara a levantar a los niños. Eran doce niños y cuatro de nosotros. Pensé que lo mejor era levantarlos y sacarlos en grupos de tres. Comencé con los dos más jóvenes y el que parecía ser el siguiente mayor.

—Harris— dije. —Saca a estos tres de la casa. Pasa por el patio trasero hasta la siguiente calle.

El niño mayor y yo condujimos a los niños por la escalera. La más pequeña era una niña de unos cinco o seis años. Su cabello rubio estaba recogido en una cola de caballo.

—No puedo hacerlo— dijo.

—Sí, puedes— dije mientras me agachaba para estar a la altura de sus ojos. Puse mis manos sobre sus hombros. —Cuanto antes subas por esa escalera verás a tu mamá y a tu papá.

—¿Están ahí arriba? ¿Esperándome?

Mentí. —Sí, ahora vete.

Sus manitas se enredaron alrededor de los peldaños de aluminio. Presionó su pecho contra la escalera y sacó el trasero. No me importaba cómo subiera, siempre y cuando saliera. Llegó a la cima y los siguientes dos niños la siguieron sin dudarlo. Creo que todos me oyeron decir que sus padres los estaban esperando afuera y eso pareció encender un fuego en ellos.

Empecé a subir el siguiente grupo por la escalera cuando Thorpe entró corriendo y gritando.

—Fuego— dijo. —Hay un incendio.

—¿Qué? — dije. —¿Cómo?

—Ni idea—, dijo. —Está arriba y avanza rápido.

Ahora realmente teníamos que movernos. La calma y el cuidado no nos iban a sacar vivos de esto. Las miradas aterrorizadas en los rostros de los niños casi me hicieron entrar en pánico.

—Tú— le dije al chico mayor. —Sube la escalera.

Subió corriendo la escalera sin preguntarme.

—Voy a levantar a los niños. Ustedes cuatro prepárense para ellos. Si cada uno de ustedes levanta dos, saldremos de aquí sin problema.

Les hice un gesto a los niños para que dieran un paso adelante. Se alinearon de manera ordenada. Me impresionó la calma que habían mantenido ante el peligro. Uno por uno, empezando por los más pequeños, los entregué a las manos de mi equipo que esperaban. Después de que sacaron al séptimo del pozo, noté que el último niño se había retirado a la esquina y estaba sentado con las rodillas apretadas contra el pecho y los brazos alrededor de las piernas, con su pelo rubio cubriendo las rótulas.

—Vamos— dije.

El chico no se movió. No parecía importarle que yo estuviera allí ofreciéndole una oportunidad de libertad.

—Jack— gritó Frank. —El fuego casi llega a la puerta. Súbelo.

Agarré al niño y lo cargué a través del pozo.

—Las escaleras se están incendiando— dijo Frank.

—Ve— dije. —Lo tengo.

—Dámelo aquí— dijo Frank.

Tenía al niño sobre un hombro con mi mano alrededor de su cintura. Mi otra mano estaba en la escalera. Empecé a escalar. —Seremos más rápidos si cada uno de nosotros lleva uno.

Frank se giró y desapareció escaleras arriba sin decir una palabra más.

Llegué a lo alto de la escalera y corrí hacia las escaleras en llamas. Llegué a la mitad cuando una explosión arrasó la casa, enviando una bola de fuego escaleras abajo y derribándome. Me tumbé en el suelo del sótano. Las llamas bailaron a mi alrededor. El pánico se apoderó de mí. No podía ver al niño. ¿Dónde está? Lo tenía sobre mi hombro y ahora ya no estaba.

El débil sonido del llanto penetró a través del maníaco crepitar de las llamas. Me senté y vi la silueta del niño al otro lado de un muro de fuego. A mi derecha había un lavabo y un montón de toallas. Parecían como si se los hubieran arrojado a los niños de vez en cuando para que se limpiaran. O limpiarse. No importó. Eran todo lo que tenía. Abrí el grifo y mojé las toallas, luego

me las puse sobre la cabeza, los hombros y el torso. Salté sobre el fuego, agarré al niño y lo cubrí con las toallas restantes. Lo levanté y lo sostuve sobre mi cuerpo, cerca de mi pecho.

En ese momento, las escaleras llevaban varios minutos en llamas. No sabía qué tan segura sería la madera, pero no teníamos muchas opciones. Eran las escaleras o el foso. El pozo podría no arder y nos impediría inhalar el humo que buscaba penetrar y privar de oxígeno a nuestros pulmones. Si la casa se derrumbara, nada impediría que nos aplastara.

Retrocedí lo más rápido que pude y corrí hacia las escaleras. Pensé que cuanto menos tiempo pasara en un escalón, menor sería la posibilidad de que se rompiera bajo mi peso. Era una buena idea, en teoría. Mis piernas se movieron alto y rápido y subí las escaleras a toda velocidad, subiéndolas de tres en tres. Dos se rompieron debajo de mí cuando llegué a la cima. Giré mi cuerpo hacia un lado mientras caía, para no aplastar al niño.

Un denso velo de humo me rodeó. Las paredes y el techo estaban cubiertos de naranjas y rojos apagados, envueltos en llamas. El fuego parpadeó y me lanzó una sonrisa malvada. Me tenía. Aquí estábamos, tan cerca de la puerta, pero tan lejos de la libertad. Unos metros más y estaríamos fuera de la casa. En cambio, estaba abajo con las piernas colgando y el estómago y el pecho en el suelo del pasillo. La caída me dejó sin aliento. No pude ponerme de pie. La única salida de la casa había sido devorada por un muro de fuego.

Entonces oí un fuerte silbido colectivo, como el vapor que escapa de una tetera. Poco después, el agua cayó sobre mi cuerpo.

—Vamos, Jack—, la voz sonaba metálica, lejana. Era Frank. Sentí sus manos agarrar mi pecho. Intentaron alejar al niño, pero yo no lo solté. Finalmente, me pusieron de pie. Mis muslos y pantorrillas rasparon contra la madera dentada. Astillas más grandes que dedos se incrustaron en mi carne. El dolor que me causaron sólo sirvió para impulsarme hacia adelante. Pasé junto a los hombres que me rescataron y cargué al niño a través de la puerta humeante. Corrí tan rápido como me permitieron mis piernas.

Los destellos desde el borde del patio me cegaron y tropecé. Nuevamente caí al suelo, asegurándome de girarme para recibir el peor impacto de la caída.

—Déjame llevarlo— dijo Frank.

Cedí y solté al chico. Alguien me levantó por detrás y me condujo a través de los patios traseros unidos de la casa en llamas y su vecino trasero. Logré mantener mis piernas en movimiento hasta que llegamos a la calle y a la seguridad de nuestra camioneta, donde mi cuerpo se desplomó.

CAPÍTULO 8

Frank contactó al jefe del batallón del departamento de bomberos y lo convenció para que nos dejara llevar a los niños a la comisaría. La parte principal del edificio era más antigua y prácticamente no había cambiado con respecto a la fotografía de la pared tomada durante los años veinte. Habían ampliado el edificio hace unos años y la estación proporcionaba espacio más que suficiente para nuestros agentes y los niños.

Dos agentes del FBI nos recibieron en la estación y comenzaron el proceso de recopilar información de los niños y contactar a los padres. Me senté lo suficientemente cerca como para poder escuchar la alegría de las madres y los padres a través del teléfono cuando les dijeron que habían encontrado a sus hijos. No pude evitar pensar en las docenas, tal vez cientos de padres de esos niños que ya les habían informado que eran casos sin resolver.

Un par de bomberos se dirigieron a nuestra zona poco después de que llegaran los camiones y las ambulancias. Me puse una manta de lana gris sobre los hombros y el pecho. Pensé que tal vez podría esconderme al hacerlo. Lo único que hizo fue llamar su atención.

—Señor, ¿se encuentra bien?

Mis ojos tardaron un momento en desviarse hacia la derecha y centrarse en ella. Vestía pantalones azules y una camisa blanca manchada de hollín. Su cabello castaño estaba recogido en una cola de caballo que le llegaba más allá de los omóplatos. Los ojos de color marrón oscuro se destacaban contra su piel pálida. Tenía rasgos atractivos y no pude evitar preguntarme cómo se vería vestida y maquillada.

Asentí y dejé que mis ojos la evaluaran, esperando que siguiera adelante. Cuando no lo hizo, hablé. —¿Cómo te llamas?

—Sarah Parkerson—. Señaló una etiqueta con su nombre sobre su pecho.

—Estoy bien, Sarah. Verifica a alguien más. Le dispararon a un par de tipos.

Sus ojos se abrieron y me di cuenta de lo que había dicho. Esta mujer no tenía idea de quiénes éramos. Sólo podía imaginar qué pensamientos pasaban por su mente en ese momento.

Esa fue la primera señal de que algo andaba mal en mí.

—No, no lo estás— dijo, haciendo a un lado mi último comentario. —Déjame echarte un vistazo—. Tiró de la manta hasta que cedí. Primero, me examinó por si tenía una conmoción cerebral. Luego revisó mi presión arterial y escuchó mis pulmones. —Parece que has inhalado bastante humo. Conmoción cerebral. Aunque leve. Tienes un par de cortes feos. Deberíamos llevarte a un hospital y coserte eso. Querrán observarte durante la noche. Vamos.

Ignoré su mano extendida y traté de despedirla como si estuviera aplastando una mosca que me había molestado. —Estaré bien. Cuida a los niños.

Ella sonrió y se agachó hasta llegar al nivel de los ojos. —Ya tenemos muchachos controlando a los niños. A mí me enviaron a controlarte a ti.

—No voy a ir al hospital.

—Sí, tienes que ir.

Suspiré. Al parecer, no había forma de deshacerse de ella.

—No, no tiene que ir— dijo Frank. —Tenemos la capacidad de cuidarlo.

Sarah se encogió de hombros y dijo: —Haz lo que quieras. No está en mi conciencia—. Se puso de pie, se giró y se alejó, deteniéndose para mirar por encima del hombro. —Estaré observando a los otros chicos. Grita si me necesitas.

La observé mientras caminaba hacia Harris y McKenzie, que estaban sentados en un banco, con la espalda apoyada en una mesa. Atendió a Harris con total naturalidad y luego pasó a McKenzie.

Frank regresó con una silla y la colocó frente a mí, hacia atrás. Dio una patada y colocó los antebrazos sobre la barandilla cromada que delineaba el respaldo de la silla.

—¿Qué? — Dije, ahora molesto con Frank porque había bloqueado mi vista de Sarah mientras ella se inclinaba para trabajar con McKenzie. Me incliné hacia la izquierda en un intento de restablecer la línea de visión, pero ella ya no estaba allí.

Frank metió la mano en su bolsillo y sacó un cigarrillo. Lo encendió y no me ofreció ninguno. —¿Quieres que vea si puedo conseguirte su número?

—Hola—, dijo Sarah. —No se puede fumar aquí.

Frank la despidió sin mirar atrás. —¿Bien?

—Vete al infierno—. Mi cabeza golpeaba con cada palabra que salía de mi boca.

—Jack, tengo malas noticias—. La mano derecha de Frank cayó. Su cigarrillo colgaba entre sus dedos índice y medio. El humo se retorció alrededor de su brazo y continuó hacia arriba, creando una niebla fulminante entre nosotros. —Perdimos a Klein—. Hizo una pausa. —Ya Carmichael.

La escena fuera de la entrada del sótano se repitió en mi mente. Ambos hombres dispararon a quemarropa con un arma automática. Recordé cómo los ojos de Klein se centraron en mí mientras se desplomaba en el suelo.

—Lo sé— dije, bajando la vista.

—Tendremos que responder preguntas sobre eso.

—¡Cristo, Frank! ¿Han estado muertos por dos horas y eso es todo lo que te preocupa?

Frank se reclinó. ¿Le había preocupado que lo golpeará? —Yo también estoy sufriendo, Jack. Perdimos a dos muchachos. No creas ni por un segundo que eso no me afecta.

Mis oídos ardían de ira, pero continué la conversación. Vi la noche en pedazos, pero no pude encontrar el hilo para unirlo todo. Era como si estuviera mirando un rompecabezas gigante que había terminado horas antes, solo para descubrir que alguien entró, recogió la mitad de las piezas y se fue con ellas. Ahora necesitaba respuestas para volver a ponerlo todo en su lugar.

—¿Qué pasa con los chicos de la cocina? — dije.

Frank miró a su alrededor y luego dijo: —Están siendo trasladados a la oficina. Nuestra oficina—, añadió como si necesitara una aclaración. —Tendremos muchas oportunidades para descubrir qué diablos está pasando. Probablemente también haré que el otro equipo los interrogué—. Dio un respiro y luego hizo un gesto de explosión con las manos. —Cualquier evidencia en la casa ha desaparecido. Quemada en el fuego.

—¿Cómo empezó el fuego?

Frank se encogió de hombros. —Espero que estos muchachos puedan responder eso por nosotros en algún momento.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Sentí que la habitación empezaba a dar vueltas, lo

que me obligó a volver a abrir los ojos. Sacudí la cabeza rápidamente.

—¿Estás bien? — preguntó Frank.

—Sí—. Mentí. Esa fue la segunda señal de que algo andaba mal en mí.

—De todos modos—, continuó, —con todas las balas volando por ahí, podríamos haber provocado un cortocircuito en algo que lo detonó.

Repetí escenas de la noche en mi cabeza. Estaban distorsionadas e inconexas, pero no intentaba reproducir la película en orden secuencial. Necesitaba algo que bailara detrás de una fina cortina, fuera de mi alcance. Entonces lo vi.

—Frank—, dije mientras extendía la mano para tomar su brazo. —En el comedor había una maceta en la esquina. Una cosa grande que parecía una palmera. Había una caja negra en el suelo al lado. Pensé que era algún tipo de dispositivo de riego. Y... ¡maldita sea!, vi uno en la cocina también.

—¿Qué tipo de caja?

—Simple. Una caja negra, cuadrada, sin nada discernible.

—Entonces, ¿qué pasa con eso?

Tragué fuerte y me incliné para susurrar. —Alguien inició el incendio desde fuera de la casa. Frankladeó la cabeza y entrecerró los ojos. —¿Crees...?

—Las cajas eran detonadores.

—Sin embargo, no hubo ninguna explosión.

—Sí, piensa en las bengalas. Brotaron chispas y derramaron gasolina o algún tipo de mezcla inflamable. Prendieron fuego a la planta. La que estaba en la cocina, ah, diablos, no recuerdo qué estaba al lado, pero apuesto a que era algo inflamable.

—Perdimos uno—. Frank bajó los ojos. —Dejamos salir a uno de esos bastardos.

—Imposible—, dije. —Teníamos tipos en los techos al otro lado de la calle. Lo hubieran neutralizado. Es más probable que alguien se detuviera mientras estábamos adentro. Si se hubieran quedado en su auto, nuestros muchachos al otro lado de la calle no los habrían visto bien.

Frank asintió. No dijo nada.

Un destello rápido iluminó el área frente a mí y parpadeé con fuerza al recordar que alguien tomó fotografías mientras escapábamos de la casa. —Fotógrafos. ¿Frank, alguien estaba tomando fotografías?

—Sí. En el patio trasero cuando salimos. Algunos vecinos. Un par de ellos se quedaron. Un par se escaparon.

—No creerás que la misma persona que provocó el incendio nos tomó fotografías, ¿verdad? — El pánico llenó mi voz.

Los ojos de Frank se dirigieron hacia arriba y hacia su derecha. Su boca se abrió un centímetro y señaló por encima de mi hombro. Giré la cabeza para ver qué diablos estaba mirando. La estación tenía un televisor montado en la pared detrás de mí. La imagen estaba encendida y el sonido apagado. Las noticias locales estaban en marcha. Y el tema del día fue el incendio. Usando la silla, me puse de pie y vi la imagen mía sosteniendo al chico de cabello rubio con la casa detrás de nosotros envuelta en llamas y arrojando humo oscuro al aire como el cabello tenue de un demonio.

—Dime que no tienen mi nombre— dije.

—Que alguien active el sonido de ese televisor— dijo Frank.

Un hombre vestido igual que Sarah, menos la cola de caballo y otras partes atractivas, corrió y jugueteó con el televisor hasta que se encendió el sonido.

Todavía me zumbaban los oídos por los disparos de esa noche, así que me acerqué unos pasos al televisor para escuchar. La habitación comenzó a girar y mi visión se cerró desde afuera hacia adentro. Finalmente, todo se volvió negro. La tercera señal de que algo andaba mal en mí.

No recordaba haberme caído al suelo ni que me hubieran sacado de la estación de bomberos, metido en la parte trasera de una furgoneta y sacado del lugar.

Cuando abrí los ojos y vi a Sarah parada junto a mí, pensé que todavía estábamos en la estación de bomberos. Pero había algo familiar en el entorno.

—Bienvenido de nuevo—. Ella forzó una sonrisa, pero eso no logró ocultar la preocupación en sus ojos.

—¿Qué pasó? — pregunté.

—Te desmayaste. Creo que diagnosticué mal tu conmoción cerebral. Es más grave de lo que pensaba.

Sentí las vías intravenosas en mi brazo y me di cuenta de que ya no estábamos en la estación de bomberos.

—¿Por qué estás aquí? — pregunté.

—Estoy asignada a ti, legalmente—, dijo. Las comisuras de sus labios se levantaron un poco. —Al menos hasta que alguien más cualificado pueda hacerse cargo.

—¿Por qué sigues aquí?

—Pensé que íbamos al hospital y en lugar de eso vinimos aquí. Como dije, fui la primera en responder. Tuve que quedarme contigo—. Se enderezó y miró alrededor de la habitación, luego por encima del hombro hacia el vestíbulo, más allá de la ventana. —¿Qué es este lugar?

Levanté la cabeza y miré a mi alrededor. Estábamos en la enfermería del SIS. —Es algún lugar donde no deberías estar. ¿Me ha visto el Doc.?

Ella asintió. No dijo nada.

—¿Que dijo?

—Que tienes una conmoción cerebral.

—Gracias, eso fue útil.

—Eso es lo que dije—. Ella sonrió y luego volvió a comprobar mis signos vitales.

Me pregunté cómo logró subirse a la camioneta, y, más aún, convencer a Frank para que la llevara de regreso a la sede del SIS. Debí haber sufrido una caída desagradable para que él estuviera tan preocupado.

Frank entró en la habitación. Le sonrió a Sarah y asintió hacia mí. —Nos diste un susto, Jack. El doctor dice que estarás bien—. Dirigió su atención a Sarah. —Señorita, tendré que informarle. Tendremos que darle una declaración y que firme algunos papeles. Cosas básicas, en realidad. En pocas palabras, nunca podrá decir que vio este lugar.

—¿No quieres decir que tengo que dar una declaración? preguntó.

Frank sacudió la cabeza y le tendió la mano.

Sarah sonrió mientras nos miraba a Frank y a mí. La sonrisa se desvaneció y supuse que se había dado cuenta de que Frank no había estado bromeando. La preocupación que había visto en sus ojos hace unos momentos se convirtió en miedo.

—¿Qué pasa si me niego a firmar? — dijo.

La expresión de Frank permaneció estoica. —No harás eso. No tiene sentido hablar de situaciones hipotéticas. Al menos no si quieres irte—. Él le rodeó el codo con la mano y la condujo hacia la puerta y fuera de la habitación.

Se detuvo a unos metros del vestíbulo y se alejó de Frank. Se dio la vuelta e hizo contacto visual conmigo. La expresión de su rostro era un tercio de curiosidad, un tercio de miedo y el

resto de emoción. Tenía los labios entreabiertos, pero no dijo nada. Frank volvió a agarrarla del codo y la guio a través del vestíbulo hacia su oficina.

La miré hasta que se perdió de vista. —Hasta luego—, dije suavemente, preguntándome si era verdad.

CAPÍTULO 9

La conmoción resultó ser grave y el doctor insistió en que me mantuvieran en la enfermería durante cuatro días. Él me cuidaba durante el día y una enfermera entraba en la noche. Ella había estado viniendo desde que yo estuve en el SIS, y supuse que también teníamos un acuerdo con ella.

Doc. me dejó salir del cuartel general en Nochebuena. Pasé los siguientes dos días solo. Yo y unas cuantas botellas de whiskey. Contra la orden del médico, por supuesto. La Navidad llegó y pasó y apenas me di cuenta. Mis padres llamaron un par de veces. Mamá, presumiblemente. No respondí. Ya casi no hablaba con mi hermano Sean. Era dos años mayor que yo, pero cuando cumplió dieciséis parecía que estábamos mucho más separados que eso. Marqué su número un par de veces, pero nunca presioné llamar. ¿Cuál era el punto? No había otra familia de la que hablar.

Recibí una llamada el día de Navidad de mi antiguo socio, Riley Logan. Sin embargo, no se hizo llamar Riley, ni tampoco Logan. Siempre lo había llamado Oso. Y quizás algunas otras palabras cuando éramos rivales en el entrenamiento de reclutas de la Marina. Hablamos durante aproximadamente una hora. Me contó sus aventuras en los Marinos, trabajando con la CIA. Pasó mucho tiempo en África, dijo. Esa vida me parecía tan lejana ahora. Me resultaba difícil recordar cómo era estar vinculado a un contrato con los Marinos en el que trabajaba como sirviente de la CIA. Dijo que saldría pronto y pensó que los dos podríamos hacer negocios juntos. Tenía algunas conexiones en Nueva York que podrían ayudarnos a empezar. Ofrecernos uno o dos contratos. Me pregunté si los dos años adicionales que él había pasado en el ejército chocarían con los dos años que yo había estado fuera. Le dije que lo pensaría. Por ahora, mi trabajo en el SIS paga bien y me mantiene ocupado. Además, no tuve que viajar muy lejos del Atlántico medio. Terminamos la llamada después de algunas bromas. Mi mente pasó de Oso a las personas que conocíamos y las experiencias que tuvimos juntos.

Me quedé sin alcohol a comienzos de la noche del veintiséis y me desmayé antes de las diez de la noche. Me desperté temprano en la tarde del día veintisiete. La noche anterior había estado mirando por la ventana y dejé las persianas abiertas. El sol se abalanzaba sobre mí y sus rayos atravesaban mis retinas como un cuchillo a través de mantequilla. Cerré los párpados con fuerza y me alejé de la ventana. Un fuerte golpe en la puerta principal resonó en los pisos de madera y las paredes del estrecho pasillo que conducía a mi dormitorio. Me di la vuelta una vez más, saqué las piernas del borde de la cama y me levanté demasiado rápido. La sangre tardó su tiempo en llegar a mi cerebro, dejándome mal. Otra serie de golpes resonaron en el suelo y las paredes. Giré hacia mi mesita de noche, abrí un cajón y agarré mi Beretta.

Me tomé mi tiempo caminando hacia la puerta principal. Quienquiera que estuviera allí volvió a golpear. A estas alturas debía haberse roto los nudillos. Abrí la puerta con una mano y

sostuve mi arma con la otra, protegiéndola con mi cadera.

—Te ves como una mierda, Jack— dijo Frank.

Con resaca y todavía sintiendo los efectos de una conmoción cerebral, no estaba de humor para sus bromas. Dejé caer mi brazo hacia un lado, apuntando el arma al suelo. Se balanceó siete centímetros hacia adelante y quince centímetros hacia atrás. Una y otra vez, como un péndulo. —Gracias— dije. —Entra.

Frank pasó a mi lado, caminó hacia el sofá y dijo: —Será mejor que guardes esa cosa antes de que te dis pares el dedo gordo del pie—. Se sentó, cruzó las piernas y los brazos sobre el pecho. Sacudió la cabeza de lado a lado mientras sus ojos me seguían por la habitación.

—¿Qué deseas? — dije.

—Necesitas aseptarte. Ducharte y afeitarte. ¿Tienes un traje?

—¿Por qué?

—Nos están honrando esta noche.

—¿Quién?

—Algunos políticos y quién sabe quién más—. Extendió las manos. Una gran sonrisa cruzó su rostro. —Tal vez el presidente.

—¿Por qué?

—Los niños. Resulta que *tú sabes quién* vio tu foto en la televisión.

—¿Llevando al niño?

—Lo tienes. Él pensó que sería una buena idea hacernos una celebración.

—Ah, Cristo—. Serví jugo de naranja en una taza y le incliné la botella a Frank. Sacudió la cabeza. —Entonces no pueden invitar a mucha gente. Nuestra agencia no existe. ¿Qué diablos está pensando?

—Supuestamente han inventado alguna historia encubierta. O somos federales o alguna unidad especial de la policía. No estoy seguro exactamente. No le dirán a nadie quiénes somos.

Seguro que no lo harían. En mis más de diez años de servicio gubernamental, había aprendido por las malas a no confiar un secreto a un político o superior. Su prioridad son ellos mismos. Demonios, sólo se preocupaban por sí mismos. Que se jodan sus electores, que se jodan sus empleados y que se jodan las personas que protegieron sus traseros.

—No voy a ir— dije.

Frank sonrió. —Diablos, lo harás. Los padres de los niños estarán allí y querrán agradecernos. Ve a darte una ducha y aféitate. Y no vuelvas aquí sin un traje.

Me dirigí hacia el pasillo. Miré por encima del hombro al sonriente Frank y dije: —Que te jodan.

CAPÍTULO 10

Nos sentamos detrás de una fila de siete mesas unidas de extremo a extremo y cubiertas con manteles en blanco y negro. Las luces del techo apuntaban en nuestra dirección, proyectando una neblina sobre la multitud reunida para honrarnos. Los asistentes se sentaron juntos en grupos de cuatro, cinco o seis. Sus mesas eran redondas, cada una con un jarrón en el medio que contenía un arreglo de flores amarillas, rojas y blancas que no podía identificar.

Tres mesas alineadas formaban la primera fila. Dieciséis rostros blancos y morenos nos sonrieron. Sus ojos escanearon de izquierda a derecha y de regreso, como si estuvieran en la cárcel del condado, tratando de identificar al hombre que los había asaltado en una calle oscura. Si no fuera por las sonrisas, claro. Más allá de la primera fila, tuve problemas para distinguir los rasgos de las caras. Y la fila de atrás bien podría no haber estado allí, porque no podía ver a la gente en absoluto, sólo los contornos apagados de las mesas.

Se me formó sudor en la frente. ¿Todos estaban teniendo el mismo problema que yo? ¿Fue este un efecto secundario de la conmoción cerebral? ¿O tal vez por beber demasiado?

Las luces eran brillantes y calientes y me golpearon como pequeños trozos de metal fundido. Entonces un pensamiento de pánico cruzó por mi mente. ¿Qué pasaría si la conmoción desapareciera y quedara algo más sangrando en mi cerebro? Eso fue algo real, pensé. Intenté recordar todo lo que había leído sobre los traumatismos craneoencefálicos y sus consecuencias. Mis esfuerzos quedaron en blanco. En ese momento, mis manos comenzaron a temblar. Mi corazón latía en mi pecho. Conté los latidos durante diez segundos y luego los extrapolé. Ciento cuarenta latidos por minuto. Cogí el vaso alto de agua que había sido colocado en el medio de la mesa. El exterior del cristal estaba sudando y una fina capa de condensación cubría mi palma. Fría y húmeda, mi mano retrocedió. Un reflejo sobre el que no tenía control.

¿Qué demonios es lo que me pasa?

—Cristo, estas luces— dijo Frank, inclinándose sobre mi hombro. —No puedo ver nada después de la primera fila.

Giré la cabeza unos centímetros hacia la izquierda. La sonrisa de Frank subió a sus mejillas.

—Será mejor que apaguen esas luces cuando se sirva la comida— dijo.

Mi ritmo cardíaco disminuyó. Los pensamientos de pánico que nublaban mi mente se dispersaron como lo hace el vapor de una tetera cuando alcanza treinta o sesenta centímetros por encima de la estufa y regresa a la atmósfera. Nunca se fue, sólo un cambio de estado hasta que esté listo para ser llamado nuevamente.

—No es broma— dije. —Uno de esos imbéciles podría estar ahí afuera ahora mismo, esperando para derribarnos.

Frank asintió. —El mismo pensamiento también pasó por mi mente.

Un hombre de la primera fila se puso de pie. Estaba vestido con un traje oscuro y llevaba una corbata conservadora a rayas rojas y azules. Tenía la cara bien afeitada. También lo estaba la parte superior de su cabeza. Usó su dedo índice para meterse sus gafas con montura dorada en su delgada nariz. Se acercó a nosotros. Una sonrisa con dientes se dibujó en su rostro. Cuando llegó a unos sesenta centímetros frente a mi mesa, giró y miró a la multitud.

—Damas y caballeros— dijo. —Pongámonos de pie y demos un aplauso a los hombres sentados detrás de mí.

La multitud se levantó y empezó a aplaudir. Sentí la mano de Frank tirando de mi codo. Miré a la izquierda, luego a la derecha y vi a los otros agentes empujando sus asientos hacia atrás y poniéndose de pie para aceptar los elogios que la audiencia nos estaba brindando.

De mala gana, me puse de pie. Me sentí más expuesto que unos minutos antes.

El hombre extendió los brazos hacia los lados e indicó a todos que se sentaran. Una vez que la multitud obedeció, dijo: —Estos hombres arriesgaron sus vidas—. Hizo una pausa y me pregunté cómo sería su expresión facial en ese momento. ¿Jovial? ¿Con una sonrisa? O ¿Serio con los labios inexpresivos? —De hecho, dos de ellos perdieron la vida. Hicieron esto para rescatar a sus hijos. Y cuando se produjo un incendio, no huyeron y trataron de salvarse. No, se aseguraron de que todos los niños estuvieran a salvo, hasta dejaron atrás a sus camaradas caídos.

Otra descarga de aplausos recorrió al público. Lo encontré un poco inapropiado. Después de todo, el hombre había admitido que nuestra operación fue un fracaso porque dejamos atrás a nuestros hombres. Eso nunca había sido aceptable y seguro que ahora no lo era. No importa qué otros resultados prevalecieran.

Una vez que la multitud se calmó, el hombre continuó: —Debido a la naturaleza de su trabajo, no podemos felicitarlos individualmente por su nombre.

Miré de reojo a Frank. Fingió ignorarme.

—Pero podemos levantarnos una vez más— dijo el hombre, —y ofrecer nuestro más sincero agradecimiento por lo que han hecho por todos nosotros.

La multitud se levantó nuevamente y nos aplaudió. Un chico de cabello rubio apareció entre la neblina de las luces y se acercó a la mesa. Lo reconocí no de memoria, sino por las fotos más cargándolo afuera. Se detuvo frente a mí y sonrió. Le faltaban dos dientes frontales. Uno arriba, otro abajo. La luz envolvió su cabeza. Sus ojos azules resaltaban como charcos de agua cristalina en un paisaje rocoso.

—Mi mamá quiere agradecerme— dijo en una voz un poco más alta que un susurro.

Frank colocó su antebrazo sobre la mesa y se inclinó. —Después de comer, hijo.

Extendí mi mano, con la palma hacia Frank. —Está bien. La veré ahora.

El niño sonrió y retrocedió tres pasos. Me levanté y caminé detrás de tres mesas. El niño imitó mis movimientos y me recibió al final de la fila. Extendió la mano. Lo tomé y él me llevó al fondo de la habitación. Una vez pasadas las luces, estudié los rostros en la habitación mientras mantenía un ojo hacia dónde me llevaba el chico. Nada parecía fuera de lugar. No conocía a nadie en la sala, aparte de algunos políticos. Ninguno de ellos gritó terrorista, asesino o imbécil. Bueno, tal vez un par de tipos tenían "imbécil" escrito en sus caras, pero eso era un hecho en cualquier lugar al que fueras.

Una mujer se levantó de su mesa y caminó hacia nosotros. No se parecía en nada a su hijo. Cabello oscuro, ojos castaños claros y tez aceitunada. Llevaba un vestido azul ajustado. Pensé que le sentaba bastante bien. Caía hasta la mitad del muslo por encima de sus rodillas. Sus manos agarraron el dobladillo y tiraron hacia abajo. Mis ojos se habían demorado demasiado. Un efecto posterior de la conmoción cerebral, estoy seguro. Levanté la vista, sonreí y me disculpé. Ella

sacudió la cabeza, sonrió y miró hacia otro lado.

—Quería agradecerle personalmente, ¿señor...?" Una ceja curiosa se levantó, haciendo que el pequeño vendaje cuadrado en su frente se arrugara.

—Llámame Jack— dije.

—Jack. Está bien. Bueno, Jack, gracias por salvar a mi pequeño Christopher. Si no fuera por ti... ni siquiera puedo pensar en eso.

—Sólo hago mi trabajo—. Me giré a medias para mirar al frente de la sala y extendí el brazo, como si estuviera mostrando un paquete de premios en un programa de juegos. —Cualquiera de esos muchachos habría hecho lo mismo si estuviera en la posición que yo estaba. Tres de ellos estaban en el hoyo conmigo. Yo fui el último en salir. Además, tenemos dos muchachos que no pudieron lograrlo y merecen más agradecimientos que yo.

Ella volvió a apartar la mirada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Levantó la mano y se secó el rabillo del ojo, tratando de detener su avance antes de arruinar su maquillaje.

—Pero el hecho de que se salvaran las vidas de estos jóvenes, especialmente este pequeño de aquí—, le revolví el cabello al niño, —lo justifica todo. Y me alegro de que pudiéramos reunirnos y conocernos en persona, ¿señorita...?

—Oh lo siento—. Extendió la mano y dijo: —Tammy Nockowitz.

El nombre no coincidía con las características. —¿Apellido de Casada? — pregunté.

—Sí, pero ya no estoy casada—. Se mordió la parte inferior del labio y bajó la cabeza unos centímetros. —Entonces, si quisieras invitarme a salir...

Le sonreí y luego miré a su hijo que había perdido interés en nuestra conversación hace unos minutos. Mi sonrisa se desvaneció cuando encontré su mirada. —No soy material de novio. Deberías volver a tu mesa.

Las mejillas de Tammy se pusieron rojas. Ella desvió la mirada, luego tomó la mano de su hijo y lo arrastró hacia sus asientos.

La vi alejarse, preguntándome si había hecho lo correcto. Por supuesto que sí. No estaba en posición de estar con una mujer con un niño. Me pongo en peligro seis de cada siete días. Sería irresponsable acercarse a un niño y luego desaparecer, ya sea física o emocionalmente.

Retrocedí un par de pasos y giré demasiado rápido. Un par de manos se estrellaron contra mi plexo solar, casi volviéndome.

—Lo siento— dije, tratando de evitar mirar a quien había golpeado.

—Muy hábil, Jack.

Dejé de intentar escapar y miré a la mujer frente a mí y la reconocí como Sarah, la paramédica que había sido asignada para trabajar en el SIS.

—No me refiero a ahora. Quiero decir, esto también es genial. La forma en que te topaste conmigo y trataste de actuar como si nada hubiera pasado—. Ella sonrió y se inclinó, colocando su boca a centímetros de mi oreja—. Pero la forma en que rechazaste a esa mujer, fue elegante.

Di un paso atrás y extendí las manos frente a mí para mantener la separación. —Usted no sabe nada sobre mí, señora.

Ella rio. —Sé muchas cosas.

Giré la cabeza y vi que la mayoría de los asientos alrededor de las mesas ahora estaban vacíos. Se había formado una fila frente a las mesas donde se sentaba el resto de mi grupo. — ¡Cristo! —, murmuré. —Vamos, tomemos una copa.

Sarah sonrió y se aferró a mi brazo. Nos trasladamos al fondo de la sala y cada uno se sentó en un taburete. Pedí un trago de Johnny y ella pidió una cerveza. Cuando terminó su cerveza, ya había tomado cuatro tragos.

Doc. se habría sentido complacido.

No hablamos de nada en absoluto. El tipo de charla sin sentido que tienen las personas cuando tienen sentimientos mutuos. Tenía la sensación de que ella sentía algo por mí. Y la encontré agradable a la vista y equipada con el tipo de exterior duro y sin tonterías que me atraía regularmente. Quería saber si era un acto o si ella realmente era tan ruda como parecía.

Me dijo que nació y creció en Washington D.C. Fue a la universidad en Georgetown y decidió unirse al departamento de bomberos en lugar de ir a la escuela de medicina. Había estado casada una vez, pero no duró ni un año. Al parecer, el hombre no podía soportar la idea de que su esposa entrara corriendo a un edificio en llamas.

Le conté algunas cosas selectas sobre mi pasado, por ejemplo cómo rechacé una beca de fútbol y me uní a los Marineros. Me atonté por los ocho años que pasé allí, pero le hice saber que eso me llevó a donde estoy ahora. Le dije que nunca me había casado. Mentí y dije que nunca había estado comprometido. Ella no necesitaba saberlo.

Después de quince minutos comencé a sentir los efectos del alcohol. Mi cabeza zumbó levemente. Ya había terminado con su segunda cerveza y comenzó a sonreír un poco más.

Dije algo que la hizo reír. Mechones de cabello cayeron sobre su rostro. Levantó la mano y se los colocó detrás de la oreja, luego dijo: —Entonces, ¿qué tan disponible estás emocionalmente?

—En una escala del uno al diez, soy un cero. O un once, dependiendo de en qué dirección se deslice la escala.

—Me gusta eso en un hombre.

—Me gusta una mujer a la que le gusta eso en un hombre.

Ella sonrió y se inclinó un par de centímetros. —¿Quieres salir de aquí? ¿Tomar un taxi para alguna parte?

—¿Dónde?

Ella se encogió de hombros. —¿Cuál casa está más cerca?

Asentí y luego miré a mi alrededor para orientarme y localizar el armario. Sentí sus dedos deslizarse entre los míos. Su palma, fría por sostener una jarra de cerveza, se derritió en mi mano.

—Jack—. Era el nombre correcto, la voz equivocada.

Me sentí desinflado. Frank se dirigió hacia mí, seguido de cerca por otro hombre. El chico que le seguía era mayor que yo, probablemente rondaba los cuarenta o quizá cincuenta y tantos. Difícil de decir. Su cabello era rubio, tal vez escondiendo rastros de canas. Era ancho de hombros y estrecho de caderas. Parecía un atleta con un traje gris hecho a medida. Tenía una sonrisa ganadora y todo en él gritaba política.

—El hombre del momento— dijo Sarah detrás de mí.

Me volví y capté su mirada. —Lo siento. Tan pronto como esto termine.

—Está bien. Tomaré unos tragos más. No te importará, ¿verdad?

Sonreí, tomé otro trago y bajé de mi taburete. Me alejé unos metros de la barra y esperé a Frank y su amigo.

—Jack, este es el Senador Burnett. Es, eh, es un amigo nuestro.

El senador sonrió con su sonrisa de político y me tendió la mano. Su agarre fue firme y reconfortante. —Observo desde la distancia—. Su sonrisa se amplió y me guiñó un ojo. —Y siempre brindas un gran espectáculo, Jack.

Estaba preparado para odiar al hombre. Después de todo, él me estaba impidiendo comenzar una noche con Sarah. Pero había algo en su sonrisa, su agarre y su voz que me hizo sentir a gusto

con él. Supuse que la mayoría de la gente sentía lo mismo por él. Supuse que por eso era un político exitoso. Mitad tiburón, mitad vendedor de coches usados, toda una mierda.

—Tomemos un trago—. El senador Burnett pasó su brazo derecho sobre mis hombros y el izquierdo sobre el de Frank. Nos guio hacia la barra. No hice nada para detenerlo. Descubrí que me agradaba el chico. Al menos entendí por qué la gente votó por él.

Me senté al lado de Sarah. Me incliné y le susurré: —¿Estás segura de que no te importa quedarte un poco más?

—No tengo adónde ir y siempre podemos encontrar un taxi dispuesto a llevarnos allí— dijo. —Además, mañana tengo el día libre. Si estás demasiado borracho esta noche, tenemos la mañana.

Sonreí. —Nunca he estado demasiado borracho.

Ella rio, me guiñó un ojo y me dio un codazo. La fuerza de su empujón me giró hacia el senador.

—Ustedes hicieron un gran trabajo aquí— dijo Burnett. —Incluso si sobrepasaste algunos límites.

Frank se encogió de hombros. —Hablamos con las personas adecuadas. Nadie puso una señal de alto, así que continuamos. ¿Crees que hubiera sido mejor correr el riesgo de perder a algunos de esos niños?

Burnett terminó su cerveza e hizo un gesto para pedir otra. —No, por supuesto que no. Entiendo que tenías que actuar rápido. La próxima vez que suceda algo como esto, informa hasta arriba. Me hace la vida más fácil y...

—Jack—, interrumpió Frank. —Entrando.

Giré hacia la izquierda y vi que Tammy se acercaba. —¡Mierda! — dije.

Burnett miró por encima del hombro y se levantó. —Esa es una granada que estoy esquivando. Golpeando la cabeza. Vuelvo en un minuto, muchachos.

Tammy se apoyó en la barra, entre Frank y yo. —Jack, esa oferta sigue en pie. Extendió la mano, agarró mi corbata y deslizó una tarjeta de presentación en el bolsillo de mi camisa.

Sarah se inclinó sobre mi hombro y dijo: —¿Te importaría quitarle las manos de encima a mi hombre?

Tammy miró a Sarah y luego a mí. —No es material de novio, ¿eh? — Lo dijo con naturalidad y sin rastro de decepción en su voz.

Me encogí de hombros y extendí las manos. Tammy negó con la cabeza, luego se giró y caminó hacia la puerta, donde estaba su hijo. Me habría imaginado que ella no lo dejaría irse de su lado después de lo que pasó. A cada uno lo suyo, supuse. No había necesidad de perder el tiempo cuestionándolo.

Después de que ella cruzó la puerta, me volví hacia Frank y le dije: —Estoy tratando de salir de aquí. ¿Crees que podrás manejar al senador sin mí?

—Síguele la corriente por un rato más. Ahora está medio enojado. Le conseguiré un taxi pronto y luego podrás seguir tu camino.

CAPÍTULO 11

Burnett pasó otra media hora hablando con nosotros. Principalmente elogios, algunas críticas. Lo tomamos con sonrisas en nuestros rostros. El alcohol ayudó. El hecho de que necesitáramos a ese hombre para nuestra financiación ayudó aún más. Si el SIS desapareciera, estaría buscando trabajo en el Departamento del Tesoro. No, gracias.

Finalmente, Burnett se puso de pie y me tendió la mano. La apreté, sorprendido cuando me sacó del taburete y pasó su otro brazo alrededor de mi espalda.

—Haces un buen trabajo, Jack— dijo. —Un maldito buen trabajo—. Dio un paso atrás y me agarró de los hombros. Sus dedos se clavaron un poco. Mi reacción inicial hubiera sido golpearle las manos. Pero supuse que sólo lo hizo por el alcohol, así que me tranquilicé. Me dio una sacudida y luego me soltó. Tropecé un poco y casi me caigo del borde que separaba la barra del resto de la habitación.

Frank puso un brazo sobre los hombros del senador y lo guio hacia la puerta. Escuché al hombre protestar diciendo que sabía conducir y que su auto estaba a una cuadra o dos de distancia. Frank insistió en que tomara un taxi. Si lo hizo o no, no tenía idea. Frank no lo dijo, y yo no le pregunté cuando regresó al bar y se sentó a mi lado.

—Nos vamos— dije.

Frank extendió la mano y me agarró la muñeca. —Quédate unos minutos más.

Lo miré, me encogí de hombros y no dije nada. Tenía un pie en el suelo y el otro en el reposapiés del taburete.

Frank hizo un gesto hacia un lado con la cabeza. —Asegurémonos de que nuestros muchachos salgan bien. Se están poniendo un poco ruidosos allí.

Los otros agentes estaban en medio de una habitación casi vacía. Un par de políticos se quedaron ahí, pero las familias sabiamente se dispersaron cuando sintieron que las cosas se estaban convirtiendo en una fiesta que sus hijos no deberían presenciar.

—Están un poco salvajes los unos con los otros— dije.

—Eso lo hace necesario. Ya sabes cómo se ponen estos tipos cuando beben.

Suspiré profundamente y me volví hacia Sarah. —¿Unos minutos más?

Dejó caer el codo derecho sobre la barra y apoyó su cabeza con la mano. Ella articuló la palabra bien y le indicó al camarero que le diera otra copa. ¿Quién sería el que terminaría demasiado borracho esa noche?

Mi teléfono celular sonó, interrumpiendo a Frank en medio de una frase sin sentido. La pantalla decía *llamada desconocida*. Recogí el celular de la barra, caminé hacia la puerta que daba a la acera y contesté el teléfono.

—Hola, señor Noble—. La voz era incómoda, lenta y tenía un sonido metálico, casi como si una máquina la hubiera modificado.

Escaneé la habitación para ver si alguno de nuestros muchachos estaba bromeando conmigo. Todos fueron contabilizados. Nadie hablaba por teléfono.

—¿Quién es? — pregunté.

—Señor Noble, ¿tiene usted por costumbre interferir en los asuntos de otras personas?

Bajé el hombro y abrí la puerta. Salí a la calle y esperé a que pasaran un par de mujeres más jóvenes. —Eso depende del negocio. Hay algunos que requieren mi intervención.

—Ese es un mal hábito.

—Sí, bueno, es lo único que me impide fumar demasiado.

—Nunca lo habría considerado un comediante, Sr. Noble.

—Tengo mis momentos.

—Estoy seguro de que sí—. Hizo una pausa y la línea quedó en silencio excepto por un leve sonido de estática. —Deberías saborear esos momentos. Todos ellos, de hecho. Porque se están acabando.

Escaneé la Calle M hasta la esquina de la Décima y viceversa. Doblé y revisé la esquina del 11 y no vi a nadie. Las ventanas de los edificios frente a mí estaban oscuras y no revelaban nada. Alguien podría estar ahí, supuse.

—Ese es un buen consejo— dije. —Pero me temo que voy a ignorarlo.

—Yo no haría eso si fuera tú—. Lo que sea que estuviera usando para disfrazar su voz falló por unos segundos. Desafortunadamente, no había nada distintivo en la forma en que hablaba el hombre. Su acento y tono neutrales podrían haber sido los de cualquiera de decenas de miles de personas.

Mi paciencia se agotó. Este tipo sabía quién era yo, lo que significaba que probablemente tenía una idea de a qué me dedicaba. —Me estoy cansando de este juego. Este es un teléfono del gobierno y podemos rastrear esta llamada ya sea que estés en la línea o no. Ya hemos estado hablando lo suficiente. Así que ve al grano o apareceremos en tu puerta y podrás decírmelo cara a cara.

El hombre rio. Sonaba como un payaso robótico trastornado. —No, no lo puedes. Pero iré al punto. Tú y tu equipo de agentes inadaptados, todos metisteis la cabeza en algún lugar al que no pertenecían. Dos de ellos murieron por ello. ¿Quién será el próximo? Se lo diré. No resolvió ningún problema, señor Noble. No, creó un desastre. Y voy a limpiarlo, empezando por usted.

—Eres muy convincente a través de una línea telefónica, ¿lo sabías? — dije. —¿Por qué no te reúnes conmigo en mi oficina mañana y arreglamos esto?

Él volvió a reír. —Tú no tienes el control, Jack. Te sugiero que escuches si quieres que seas el único con bajas. Va a comenzar con aquel cuyo cabello es rubio. Un niño pequeño, el que sacaste del fuego. Entrelazado, y por ello el fuego no pudo cenar. Ahora los pecados de la madre han sido purgados. Pero hay más por hacer, y tú eres quien enfrentará la tortura de mil almas.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Tienes treinta y siete horas para resolverlo, Jack.

La línea quedó en silencio. Escaneé la calle y los escaparates de nuevo, y luego caminé hasta la esquina del edificio, manteniéndome cerca de las sombras para revisar el estacionamiento. Rápidamente regresé a la puerta principal y la abrí.

Frank se reclinó contra la barra y levantó un vaso de chupito en mi dirección, inclinó la cabeza hacia atrás y se echó la bebida a la boca. Se secó la cara con el dorso de la mano y exhaló ruidosamente. Cruzé la pista y me detuve a medio metro delante de él.

—¿Qué pasa, Jack? — dijo. El olor a licor rancio flotaba en su aliento. —¿Antigua novia?

Noté que Sarah miraba hacia atrás por encima del hombro.

—No— dije. —Deja de hacer tonterías. Tenemos un problema.

El rostro de Frank se enderezó y también su cuerpo. —¿Qué es?

Le conté la conversación que tuve por teléfono con el hombre de la voz de máquina. Instintivamente pensé que tenía que ser alguien que nos conocía. Quizás tuvo un problema con nosotros. Alguien involucrado con un grupo terrorista, usando el acertijo como una especie de señuelo.

—¿El pequeño niño rubio que rescataste? — dijo Frank.

Asentí. —Eso es lo que me imagino. ¿Pero por qué mencionarlo? Todo eso es clasificado.

—Alguien a quien arrestamos o desintegramos su organización, ¿verdad? Entonces ve la foto en el periódico. Recuerda tu cara. Mueve algunos hilos, tira algo de dinero y obtiene tu número.

Negué con la cabeza. —Limpiamos esa foto antes de que la publicaran. Nadie vio mi cara.

Frank se reclinó de nuevo. Echó al camarero cuando le preguntó si necesitaba otro trago. — Las noticias, Jack. ¿Recuerdas en la estación de bomberos? Estabas en la televisión.

—¿Estuve?

—Lo estabas—, dijo Sarah. —Sacar a ese niño de la casa en llamas. El mismo niño que estaba allí—, señaló un lugar cerca de la puerta principal, —mientras su madre intentaba conquistarte.

—Los pecados de la madre han sido purgados—, dije, recordando las palabras que el hombre pronunció con una cantarina voz robótica.

—No crees que él...

Metí la mano en mi bolsillo y saqué la tarjeta que Tammy había metido dentro al salir por la puerta. En ella estaban su nombre y número de teléfono. —Voy a descubrirlo—. Marqué el número y puse el teléfono en el altavoz.

—Hola—, dijo un hombre con voz profunda y seca.

CAPÍTULO 12

—¿Quién es? — pregunté.
—Este es Stallworth. Mira, ¿eres familiar de...—, hizo una pausa y luego continuó: —Tammy Nockowitz?

—¿Qué? — dije.

Frank extendió las manos y asintió con fervor.

—Uh, sí, lo soy—, dije. —Soy su marido. ¿Quién es? ¿Qué está pasando?

Frank se inclinó. Tuve que retirar el teléfono antes de que se acercara demasiado y ensordeciera al hombre con su respiración agitada.

—Soy paramédico del departamento de bomberos. Se supone que no debo hacer esto, pero su esposa ha tenido un grave accidente. La atropellaron y se dieron a la fuga. Está inconsciente y perdiendo sangre.

—¿Qué? ¿Cómo?

El hombre no dijo nada.

—Mi hijo, ¿está bien?

—No hay ningún niño aquí, señor.

—¿Qué quieres decir con ningún niño? Ella se fue con él. Un niño pequeño de cabello rubio, de ocho años.

El teléfono crujió y escuchamos el sonido ahogado del hombre gritando algo como si alguien había visto a un niño pequeño cerca. Se me hizo un nudo en la garganta y temí que el niño hubiera sido expulsado del coche y su cuerpecito yaciera al costado de la carretera. Supuse que Sarah se preguntaba lo mismo porque noté que tenía los ojos muy abiertos y contuvo la respiración.

—No hay ningún niño en el auto ni en la zona. Mire, el asiento trasero está aplastado. No habría logrado salir del auto. Creo que definitivamente su esposa viajaba sola.

—¿Adónde la llevan?

—Hospital de UGW.

Colgué y coloqué mi teléfono en la barra. —¡Cristo!.

—De acuerdo—, dijo Frank.

—La Universidad George Washington no está tan lejos—, dije. —El accidente debe haber ocurrido bastante cerca de aquí.

—¿Qué pasa con el chico? — dijo Frank.

—El hombre tiene al niño— dijo Sarah.

Ambos nos volvimos hacia ella. Por primera vez nos dimos cuenta de que ella había estado prestando atención a todo lo que había sucedido. Desde que le conté a Frank sobre la llamada telefónica, la llamada con el paramédico, Sarah lo supo todo. Y cuando vi los músculos de la

mandíbula de Frank trabajando duro, supe lo que pretendía hacer al respecto.

Frank saltó de su taburete y dijo: —Vamos a tener...

Coloqué mi mano izquierda entre ellos. —Frank, no lleguemos tan lejos todavía.

—No me vas a encerrar—, dijo Sarah. —Voy contigo.

—¿A dónde? —dijo Frank.

—Al hospital— dijo.

—Eres una mierda—dijo Frank. —Te encerraré hasta que sepamos qué diablos está pasando —.

—Puedo darle una opinión sobre las lesiones— dijo. —No creo que esto haya sido un accidente y puedo probarlo si me dejas echarle un vistazo. Además, si necesitas irte con ella, puedo monitorearla durante el transporte.

Frank me lanzó una mirada. Al principio me encogí de hombros, luego asentí después de un momento de contemplación. No tenía ninguna objeción a mantener a Sarah cerca por un tiempo, al menos mientras estuviéramos en el hospital. Lo más probable es que regresemos al cuartel general después de eso, y yo trataría de convencerla de que se quedara si las cosas parecían ir en una dirección peligrosa.

—Está bien, está bien—dijo Frank. —Voy a llamar un taxi.

—¿Qué pasará con ellos? —dije.

—¿Quiénes? —dijo, sin molestarse en mirarme.

—¿Nuestros muchachos? ¿Quieres informarles?

—No— dijo Frank. —No hasta que sea absolutamente necesario. E incluso entonces, no.

Me acerqué a Sarah. —¿Estás segura de que quieres acompañarme? Esto podría ser peligroso.

Su voz temblaba de anticipación. —Vivo en peligro. Mi trabajo está lleno de peligros. Puedo manejar esto.

¿Fue una falsa valentía su forma de actuar? No podría decirlo. Frank la haría mi responsabilidad. Si algo sucediera, tendría que responder por ello. No tenía que salir y decirlo. Se asumió.

El camarero colocó tres tazas de café para llevar sobre el mostrador. —Chicos, parece que les vendría bien esto.

Asentí en señal de agradecimiento, agarré mi taza y la de Frank, y luego caminé hacia la puerta con Sarah. Esperamos a Frank. Cuando apareció, abrí la puerta y entré al aire helado de la noche. No lo había notado cuando salí antes, tomado y preocupado. Pero el tiempo y el susto me habían calmado. Ahora sentí el frío mientras azotaba, cortaba y encontraba su camino hacia cada abertura de mi ropa.

—El taxi llegará en cualquier momento— dijo Frank.

Mi teléfono vibró dentro de mi bolsillo. Lo saqué y lo sostuve por encima del nivel de la cintura. Frank y Sarah se acercaron a mí y se inclinaron hacia la pantalla. Todos leímos lo mismo: *llama desconocida*.

—Es él— dije.

CAPÍTULO 13

C ontesté el teléfono al cuarto timbre.

—Treinta y seis horas, señor Noble—. La misma voz, todavía robótica, metálica y malvada.

—¿Hasta qué?

—Eso ya debería ser evidente, ¿no?

No dije nada. Mis ojos se encontraron con los de Frank y observé mientras intentaba procesar la voz que fluía a través del altavoz del teléfono. No serviría de nada. Era sólo un disfraz. Y en mi experiencia, los únicos que usaban disfraces eran cobardes extremos u hombres extremadamente peligrosos.

—He oído que están transportando a la señora Nockowitz al hospital. Debería ir a la morgue. Desafortunadamente, Washington es la última gran ciudad de Estados Unidos que tiene ciudadanos preocupados. He enviado a algunos hombres para terminar el trabajo. Pero haré un trato contigo, Jack. ¿Estás interesado?

Luché contra la ira que subía por mis entrañas y dije: —Sí.

—Llega allí primero y mis hombres se retirarán, por ahora. Pero sepa esto: si intenta notificar a la policía, el niño pierde un dedo.

—¿Cómo sé que tienes al niño?

Hubo una pausa y luego —¿Mami? — la voz era suave y sincera y empañada por las lágrimas. Y sonaba humano, lo que me dijo que el hombre estaba hablando a través de un dispositivo y no era algo implantado en el teléfono.

—¿Eso es suficiente?

El rostro de Frank se puso de un intenso tono rojo. Se destacaron las venas. Apretó los puños.

—¡Bastardo! ¿Qué te hicieron él o su madre?

El hombre no dijo nada.

—¿No ha pasado por lo suficiente? — dijo Frank.

El hombre no dijo nada.

—¿Por qué no nos vemos frente al hospital? — dijo Frank. —Obviamente eres lo suficientemente fuerte como para enfrentarte a un niño pequeño. ¿Por qué no me enfrentas a mí?

—No sé quién está hablando, pero puede decirle que no estoy escuchando. Quince minutos, señor Noble. No pierda más tiempo.

La pantalla se iluminó, el cronómetro se detuvo y las palabras “*llamada finalizada*” aparecieron en negrita. Cerré el teléfono y lo guardé en mi bolsillo. Nos había dado quince minutos para recorrer veinte. Teníamos que ponernos en marcha.

—¿Qué demonios es esto? — dijo Frank. —Secuestro e intento de homicidio vehicular. Quizás deberíamos darle la vuelta a esto, Jack.

Lo miré con incredulidad. Hace un minuto estaba listo para enfrentarse a un ejército si era necesario para llegar al hombre al otro lado del teléfono. ¿Ahora se había vuelto loco? Además, el tipo que hablaba por teléfono hablaba muy en serio. No podíamos arriesgar la vida del niño hasta que supiéramos más.

—Frank— dije, —van a enviar un equipo para matar a la madre del niño.

—Él dijo eso, sí. Pero tal vez realmente vengan por ti, Jack—. Sacudió la cabeza. —Este tipo tiene algo contra ti. ¿Alguna idea de por qué? ¿O de quién es?

La pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares. Había mucha gente a la que había cabreado en los últimos diez años. Desde oficiales militares hasta agentes de la CIA y tipos de las Fuerzas Especiales. Probablemente podría recitar una lista de nombres que rivalizarían con los de la Declaración de Independencia. Pero nada de eso explicaría por qué alguien vendría por mí secuestrando a un niño pequeño e intentando matar a su madre. El tipo de hombres a los que cabreaba tenían coraje y me confrontaban.

—No— dije. —Aunque supongo que es alguien que conozco. ¿Por qué si no disfrazar la voz?

Frank puso sus manos en sus caderas e inclinó su cabeza hacia atrás. Su aliento se mezcló con el aire frío y una corriente de humo tenue se elevó hacia el cielo, derritiéndose con la luna llena flotando detrás de él. —Necesitamos coordinarnos con los federales, como mínimo.

—¿Estás dispuesto a arriesgar su vida? ¿La vida de ese niño?

Frank bajó la barbilla hasta el pecho. Sus ojos se centraron en un punto en algún lugar entre mis pies. Se pasó una mano por el pelo castaño y luego me miró a los ojos. —Solo prepárate para cualquier cosa—. Miró en dirección a Sarah. —Tú también.

Sarah asintió en respuesta a Frank.

Había olvidado que ella estaba allí. Cada segundo que pasaba escuchándonos hablar significaba horas adicionales que tendría que pasar con nosotros. Sacudí la cabeza al pensar en el tamaño del documento que tendría que firmar declarando que nunca mencionaría una palabra de esto.

—¿Dónde está ese taxi? — dije. —Nos estamos quedando sin tiempo y tenemos mucho camino por recorrer.

Frank alzó los hombros unos centímetros y no dijo nada.

Caminé hasta el final del edificio y vi el auto de Frank en el estacionamiento. —Dame tus llaves.

Frank agarró a Sarah por el codo y la guio en mi dirección. —¿Estás seguro de que estás bien para conducir?

Asentí. Arrojó las llaves. Se deslizaron por el aire formando un arco, brillando a la luz de la luna. Los seguí hasta que estuvieron a centímetros delante de mí, luego extendí la mano y las atrapé. Nos apresuramos hacia el auto y entramos. Sarah se sentó atrás y Frank en el asiento del pasajero. Jugueteó con la unidad GPS incorporada y puso rumbo al hospital. Perfecto para mí. Ahora no tenía que conducir usando el mapa en mi cabeza. No pienses, conduce. Repetí el mantra en mi cabeza mientras la voz robótica de una mujer me daba instrucciones. Conduje tan rápido como pude. Fue una unión perfecta de lógica y velocidad.

Nos quedaban doce minutos cuando salimos a la calle. Doce minutos para conducir lo que normalmente tomaría veinte a sesenta y cinco kilómetros por hora. La solución sencilla fue calcular un promedio de ciento treinta. Llegaríamos allí con dos minutos de sobra.

El coche de Frank no parecía gran cosa, pero mecánicamente era una bestia. Tenía un motor interceptor policial, ajustado para sacarle un poco más de provecho que los policías, y una

suspensión reforzada. El resultado fue que, aunque conducía a más de ciento treinta kilómetros por hora por las calles desiertas y nocturnas de Washington, me sentía como si estuviéramos viajando un domingo. Incluso encendí la radio y encontré una emisora de jazz antigua. Los suaves tonos de un saxo tenor fluían a través de los altavoces como terciopelo, relajándome.

Cinco minutos después y estábamos a mitad de camino, principalmente porque me había saltado media docena de semáforos en rojo. Miré por el retrovisor la primera vez y vi que los ojos de Sarah se agrandaban mientras respiraba profundamente y lo contenía. Había decidido no volver a mirar atrás. Verla en un estado de pánico así arruinó el ambiente que creó la música.

La pantalla del GPS actualizaba continuamente la estadística de tiempo restante de nuestra ruta. Decía ocho minutos, lo que sabía significaba que teníamos seis o menos. Íbamos a buen ritmo y estábamos en camino de llegar al hospital con uno o dos preciosos minutos de sobra.

Miré a Frank, preparado para compartir la buena noticia. Se sentó presionado contra el asiento. Cara tensa. Nudillos blancos. Manos agarradas con fuerza a la consola central y al apoyabrazos de la puerta. Sospeché que, si el viaje se prolongaba mucho más, terminaría rompiendo uno de ellos, si no a ambos.

Nos acercamos a otro semáforo en rojo. No reduje la velocidad. Frank golpeó el suelo con su pierna derecha y accionó sus frenos imaginarios.

Una pequeña sonrisa se formó en mis labios. De todos los que conocía, había dos que consideraba intrépidos. Oso era una de esas personas. Frank era el otro. Finalmente encontré su debilidad. No parpadearía mientras miraba un arma, se metía en un avispero si eso significaba completar el trabajo y no dudaría en rescatar a alguien en un edificio en llamas. Pero ser golpeado y aplastado en un accidente automovilístico, parecía como si estuviera mirando un camino que conducía directamente a las puertas de la muerte.

Miré el reloj, siete minutos después. Miré el GPS, faltaban cuatro minutos y medio. Traducido aproximadamente, significaba que todavía estaba a tiempo de llegar en diez minutos, dejando dos de sobra.

No sé si vi las luces intermitentes o escuché el grito de la sirena primero. Mi cerebro trituró los dos juntos. Entonces me di cuenta de que teníamos un nuevo problema que afrontar.

—Malditos policías— murmuró Frank.

—Jack, ¿vas a detenerte? — preguntó Sarah.

No dije nada y elegí acelerar el motor en respuesta. Necesitaba mantener a la policía detrás de mí, en lugar de estar encima. Teníamos menos de tres minutos para viajar. Tuve que llegar al hospital antes de que me obligaran a detenerme. La entrada del hospital era el único lugar aceptable para que el coche se detuviera. Aparte de golpearme en la cabeza con una bala, no nos impedirían llegar a tiempo. Frank podría lidiar con las consecuencias. Ese era su punto fuerte.

—¡Jack! — gritó Sarah.

—Él no se detendrá— dijo Frank. —No tenemos tiempo.

—Esto añade una nueva dimensión a la tarea—dije. —Dijo que sin policías. Traeremos a la policía con nosotros.

—No es lo mismo— dijo Frank.

—¿Crees que se lo creerá? — dije.

Frank rio. Se había relajado. Pensar tácticamente le quitó de la cabeza el peligro que se presentaba cada vez que me saltaba un semáforo en rojo, como estaba a punto de hacerlo en ese momento.

Acelaré mientras me acercaba a la luz. El débil resplandor de los faros que se acercaban desde la calle transversal comenzó a iluminar los recovecos de la intersección, como el sol

saliendo sobre una montaña. Te quedas abajo, en las sombras, observando cómo la luz llena todos los rincones menos aquel en el que estás. Hasta que finalmente te mira fijamente y te baña con su resplandor. Empujé el auto más rápido, miré el velocímetro y noté que marcaba ciento ochenta. El coche de policía se quedó atrás, como esperaba.

Llegamos a la intersección, nos hundimos y rebotamos. Giré ligeramente la cabeza hacia la izquierda y vi los faros, de cerca y en persona. Parecía que una colisión era inevitable. La bocina del otro coche sonó. Los neumáticos chirriaron. Miré por el espejo lateral. El tiempo se ralentizó y vi que el acontecimiento se desarrollaba en imágenes fijas en lugar de forma fluida. El otro coche, posiblemente un Buick grande y viejo, patinó hacia nosotros, rozando por poco el panel trasero, giró y se detuvo en medio de la intersección. Apreté el acelerador con más fuerza. Ciento ochenta y cinco. Otro juego de neumáticos produjo otro chirrido como resultado de la fricción entre el caucho y el asfalto. Miré por el espejo retrovisor. Una luz azul perfilaba la silueta del viejo y grande Buick. Anticipé un choque, pero no lo escuché. No me molesté en volver a mirar por el espejo retrovisor. Al menos, no hasta que las luces azules comenzaron su segundo acercamiento.

CAPÍTULO 14

Según mis cálculos, estábamos a menos de dos minutos del hospital. El coche de policía se había quedado atrás. Sólo quedaban un par de intersecciones con semáforos, sin giros. Prácticamente, autopista abierta hasta las puertas principales de Urgencias. Empujé el auto aún más fuerte. El motor gorgoteó al principio, luego rugió y finalmente volvió a ser un zumbido constante.

Quedaba menos de un minuto. Las farolas pasaron volando borrosas. El hospital se acercaba, pequeño, como un edificio a escala sobre una maqueta de vías de ferrocarril, elevándose y creciendo a medida que nos acercábamos. Empecé a reducir la velocidad y las luces azules empezaron a acercarse. Pero no te preocupes. Tendrían que reducir la velocidad igual que nosotros.

La entrada al estacionamiento del hospital apareció rápidamente. Giré el volante hacia la derecha, pisé los frenos y el auto giró y patinó hacia el estacionamiento, esquivando por poco a un auto estacionado. Sesenta y cinco había sido demasiado rápido para la curva y tomé nota mental de ello. Reduje la velocidad, encontré la entrada a la sala de urgencias, pisé el freno delante de las puertas dobles automáticas. Antes de que el auto se detuviera por completo, lo puse en estacionamiento, lo que provocó que se sacudiera y se estremeciera. Sarah chocó de bruces contra el asiento de Frank y luego se estrelló contra el suyo. No esperé para asegurarme de que estuviera bien. Las luces azules estroboscópicas se reflejaban en los edificios circundantes y el sonido de las sirenas del crucero estaba ensordecedoramente cerca.

Abrí la puerta y corrí alrededor de la parte delantera de nuestro auto. El olor que emanaba del vehículo era una mezcla de gasolina y neumáticos quemados. Me pregunté si estaría en buenas condiciones para dejarlo allí. Dejé el coche y me dirigí a la entrada cubierta. Las puertas automáticas de cristal no pudieron abrirse lo suficientemente rápido. Me las arreglé para golpear mi hombro derecho contra una de ellas, sacándolo del camino con un fuerte ruido.

—Oye—, me dijo una mujer en el mostrador de recepción junto a las puertas. —¿Qué demonios?

La ignoré y corrí a la estación de enfermeras.

—¿Necesita ayuda? — dijo una enfermera regordeta con las mejillas rojas. Demasiados turnos nocturnos, pensé, así como demasiadas cenas en una máquina expendedora.

—Tammy Nockowitz— dije respirando profundamente. No había corrido muy lejos, pero sí fue rápido y posiblemente me quedé sin aliento cuando me estrellé contra la puerta. Fue entonces cuando noté una sensación de ardor en el lado derecho, debajo del pecho.

—Está a punto de ser operada. Nadie puede verla.

—Yo... soy su marido— mentí.

Ella me miró de arriba abajo. —¿Tienes identificación?

—La dejé en el taxi. Probablemente se haya ido.

Estiró la cabeza y trató de mirar más allá de mí. Refleje sus movimientos y bloqueé su vista. Me preocupaba que las luces azules que parpadeaban cerca de la puerta llamaran su atención. No lo hicieron. Entonces me di cuenta de que trabajar en una sala de emergencias la habría hecho inmune a esas cosas. No era más que lo de siempre, a juzgar por su tono casual y su reacción.

—Tendré que tomar una decisión sobre esto— dijo.

Suspiré en señal de desaprobación mientras ella se alejaba y cogía un teléfono. Su dedo regordete presionó un solo botón. Escuché la palabra seguridad murmurar. Coloqué ambas palmas sobre el mostrador y me levanté para inclinarme sobre la parte superior. Vi un portapapeles y lo agarré. Mis pies tocaron el suelo nuevamente, me di vuelta y comencé a caminar, pasando por una puerta con carteles rojos y letras blancas que no me molesté en dejar que se formaran palabras en mi cabeza. Mis ojos escanearon la lista de pacientes hasta que vi el nombre de Tammy y el número de habitación.

La enfermera podría haberme llamado. O tal vez no. No presté atención. Levanté los ojos hasta que observaron un portapapeles de plástico. Mis ojos tardaron uno o dos segundos en enfocar de cerca a lejos y el desenfoque se desvaneció. El amplio pasillo estaba lleno de sonidos de máquinas bombeando y pitando, ahogando los gemidos y gritos de las personas que sufrían. Me pregunté quiénes eran. ¿Habían estado en accidentes automovilísticos como Tammy? ¿Algunos habían sido baleados, apuñalados o caídos por las escaleras? ¿O tal vez empujado? Tal vez uno o dos vagabundos que no llegaron al refugio a tiempo y se encontraron necesitando un lugar cálido para descansar la cabeza, al diablo con las agujas, los tubos y las máquinas.

El pasillo giró hacia la derecha. Mis ojos escanearon las puertas abiertas, contando hacia adelante. La habitación de Tammy estaba a mitad del pasillo, según mi estimación. Dos hombres aparecieron por una esquina y se acercaron desde el otro extremo del pasillo. Se movieron con un propósito. Eran copias al carbón el uno del otro. Copias al carbón del tipo de hombres que había visto trabajando en seguridad privada en todos los rincones del mundo. Ambos hombres tenían el pelo cortado al rape y vestían pantalones y camisas oscuras, ligeramente holgadas para ocultar sus armas enfundadas. Estaban más cerca de la habitación de Tammy que yo. Empecé a moverme más rápido que ellos. Empezaron a correr. Empecé a correr. Llegaron primero a la puerta.

Extendí la mano hacia atrás y saqué mi arma. —Aléjense de esa puerta o les volaré la maldita cabeza.

Ambos hombres se detuvieron, levantaron las manos por encima de la cabeza y retrocedieron unos pasos.

Las cabezas asomaban desde las oscuras puertas, mirando a un lado y luego al otro. Vieron a los hombres con las manos en alto e inevitablemente fijaron sus miradas en mí, el loco del hospital con una pistola.

—Vuelvan a sus habitaciones— les dije.

La mayoría lo hizo. Algunos no lo hicieron. No importó y no me molesté en mirar detrás de mí o más allá de los hombres afuera de la habitación de Tammy.

—Dense la vuelta— dije.

Los hombres no lo hicieron. Sin embargo, continuaron retrocediendo. Me imaginé que estaban tratando de llegar al pasillo por el que entraron, y allí se darían vuelta y correrían.

—Lárguense de aquí— dije.

Recorrieron un cuarto del pasillo, se miraron, dieron media vuelta y corrieron, evitando la salida. Se estrellaron contra la salida de emergencia y cayeron sobre sí mismos para escapar de

mi objetivo. Resulta que me hicieron un favor. Con la alarma a todo volumen, el personal de seguridad pasó corriendo por la habitación de Tammy, ignorando al tipo que hace un minuto empuñaba un arma y amenazaba la mitad del piso. Para ellos yo era un visitante. Tenían preocupaciones mayores en ese momento.

Entré en la habitación de Tammy. Ella yacía en la cama, inconsciente. Círculos azul y púrpura rodeaban sus ojos. Dos hileras de puntos cruzaron su cabeza. Vendas cubrían su cuerpo, cubriendo cortes y rasguños más pequeños. Supuse que había más moretones y cortes debajo de su bata.

Mi celular vibró contra mi pierna. Lo saqué, lo abrí y contesté.

—Dije que no policías— dijo la familiar voz robótica. —¿No me creíste cuando dije que el chico pagaría por tu idiotez y tu incumplimiento?

—¿Qué querías que hiciera? No los traje, me siguieron. Me diste quince minutos para conducir veinte. Tuve que acelerar. Iba a ciento treinta y cinco.

El hombre se echó a reír. Corto, grueso, torpe. Los sonidos de sus carcajadas cesaron y dijo: —Felicitaciones, Sr. Noble. Pasó la prueba. Pronto me comunicaré con más instrucciones. Se acabó el tiempo de juego.

—¿Que? ¡Espera!

—Y por favor, salude a la Sra. Nockowitz de mi parte.

La línea quedó en silencio. La llamada había terminado. Sostuve el teléfono sin apretar en mi mano izquierda, medio esperando que volviera a sonar. No fue así.

Tammy empezó a moverse. Sus ojos se abrieron de par en par. Ella me miró, el miedo se extendió por su rostro hasta que me ubicó, y luego se convirtió en una de las expresiones más dolorosas que había visto en mi vida. La misma expresión que puso mi madre cuando los médicos le dijeron que mi hermana no sobrevivió.

—Se lo llevaron— dijo.

Me senté en el borde de la cama. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y rodaron por su estrecha barbilla. Puse mi mano sobre su hombro. Ella hizo una mueca de dolor ante mi toque.

—Se lo llevaron de nuevo— dijo.

Asentí. —Lo sé. Voy a hacer todo lo que pueda para recuperarlo. Lo hice una vez, puedo hacerlo de nuevo.

—Puede que ya esté muerto—. Las lágrimas continuaron serpenteando por sus mejillas en caminos predeterminados.

¿Ya?

—Lo escuché por teléfono, Tammy. Está vivo. Parecía asustado, pero está vivo.

Dijo algo más, pero las palabras se perdieron entre sus sollozos y, tan pronto como se despertó, se desmayó nuevamente.

Me senté a su lado, con la pistola en una mano y la otra acariciando suavemente su brazo. La alarma sonó de fondo y dos hombres más pasaron corriendo por la puerta. Me levanté y asomé la cabeza por la abertura. Los cuatro tipos vestidos con uniformes de seguridad se pararon en la salida de emergencia y trabajaron para cerrar las puertas. No entendía por qué algo aparentemente tan simple parecía tan difícil. Finalmente, tuvieron éxito en su tarea. Las puertas se cerraron, la alarma se detuvo y dirigieron su atención a la habitación de Tammy.

Me senté en una silla de vinilo con respaldo corto, esperé y pensé en cómo manejaría la situación. Podría actuar con calma, como un super agente en una película. Sentado en la silla, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, el arma apuntando a la puerta y una sonrisa en mi rostro. Hacía una broma acerca de cómo podían traerme un julep de menta o alguna otra

bebida elegante que no me bebería ni muerto.

Decidí que lo mejor era esperarlos y hacerles saber que no era una amenaza. Me levanté de la silla y volví a sentarme en la cama. Tenía que intimidarlos, así que apunté con mi pistola a la puerta abierta. Dos hombres entraron en la habitación, con ira en sus rostros. Me miraron de arriba abajo. Ambos se detuvieron al ver mi arma.

—No voy a disparar— dije.

Un hombre asintió. El otro estaba inmóvil.

—Soy uno de los buenos— dije.

Un hombre volvió a asentir. El otro permaneció inmóvil.

—Soy un agente federal y ayudé a salvar al hijo de esta mujer y lo haré de nuevo.

Antes de que un hombre pudiera volver a asentir mientras el otro no hacía nada, Frank entró en la habitación detrás de ellos. Dos policías uniformados lo siguieron al interior.

—Espero que no estén aquí para ayudarme— dije.

Frank sonrió. —¿Como está ella?

Miré más allá de él. Los policías explicaron la situación a los agentes de seguridad, o al menos alguna variación de esta que Frank les había contado. Los cuatro hombres abandonaron la habitación, dejándonos solos a Frank, a mí y a Tammy, que seguía inconsciente.

—¿Dónde está Sarah? — pregunté.

—En la sala de espera— dijo Frank.

—Pensé que querría ver las heridas.

—Quería hablar contigo primero y asegurarme de que todo estuviera bien.

—Las cosas están bien.

—¿Llamó de nuevo?

—Sí.

—¿Que dijo? — preguntó Frank.

—Él rio y dijo que pasé la prueba. También dijo que volvería a llamarme para dar más instrucciones.

Frank exhaló ruidosamente y se puso las manos en las caderas. —No me gusta esto, Jack—. Señaló a Tammy. —¿Dijo algo sobre el accidente?

—Sólo que se llevaron a su hijo otra vez.

—¿Algo más?

—Que quizás ya esté muerto.

—¿Ya?

—Sí, eso es lo que pensé también. ¿Por qué ya? ¿Le dijeron algo o pasó algo que la llevó a creer que esto iba a pasar? ¿Que el resultado final sería la muerte de su hijo?

—¿Preguntaste?

—Ella se desmayó.

Frank asintió. Sus labios se movieron de lado a lado y me di cuenta de que estaba pensando en algo. —¿Crees que ella realmente no se estaba acercando a ti en la fiesta? ¿Tal vez estaba asustada y esperaba estar contigo a solas para poder hablar contigo?

Me encogí de hombros. —Es posible, supongo. ¿Pero por qué no saldría y diría que necesitaba ayuda?

—No lo sé. Tal vez con todo lo que ha pasado, le resulta difícil confiar. De todos los que están en esa habitación, creo que tú serías en quien ella sentía que podía confiar. Salvaste a su hijo de morir en el fuego después de todo. Recibió la historia completa. Sabe que pudiste haberte ido, pero te quedaste y arriesgaste tu vida por su hijo.

—Y aquí me di cuenta de que esa era la razón por la que ella se me acercó.

Frank caminó hacia mí y se detuvo al pie de la cama. —Tammy—, llamó en voz baja. La mujer no se movió. —¡Maldita sea!, desearía que se despertara para poder hacerle algunas preguntas.

—Yo también— dije. —No puedo evitar sentir que nos estamos perdiendo algo.

—Nos estamos perdiendo muchas cosas, Jack.

Alguien se aclaró la garganta fuera de la habitación. Miré hacia arriba y vi a Sarah parada allí, mitad en la habitación, mitad en el pasillo. —Lo siento, me cansé de esperar ahí afuera—. Entró en la habitación, se acercó y se detuvo entre Frank y yo. —¿Como está ella?

—Golpeada, quemada y desmayada— dije.

Ella asintió, dio un paso adelante y se inclinó sobre mí para inspeccionar a Tammy de cerca. Su cuerpo rozó el mío y mechones de su cabello quedaron atrapados en la barba incipiente de mi cara. Su cabello olía a humo y alcohol, pero aún conservaba un aroma a lavanda o algún tipo de aceite exótico.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Frank.

—Lo sabré si lo encuentro— respondió Sarah.

—¿Qué demonios significa eso? —dijo Frank.

Después de trabajar con Frank durante más de dos años, sabía que de todas las cosas que alguien podía hacer para molestarlo, ser indirecto era la principal infracción. Le volvía loco no tener todos los hechos y saber lo que estaba pasando en cada momento.

—Significa que estoy mirando— dijo Sarah. —No sé qué. Si lo encuentro, lo sabré—. Sacudió la cabeza y continuó examinando a Tammy. —Y tal vez te lo diga— añadió.

Frank le hizo un gesto con la mano y negó con la cabeza. Podía sentir su frustración llenando la habitación.

—Frank, hablemos en el pasillo— dije.

Fuera de la habitación, dijo: —¿Qué?

—He estado pensando que necesitamos traer un par de chicos aquí para vigilar a Tammy. No confío en este canalla. Sus chicos podrían estar en cualquier lugar, y en el momento en que nos vayamos, él podría abalanzarse y matarla, dejándole fácil escaparse con el chico.

—Está bien— dijo Frank.

—Necesitamos también brindar cierta seguridad a esos otros niños y sus familias.

Frank asintió y no dijo nada.

—Si iba tras uno, podría ir tras los demás también. Creo que este tipo tiene un problema de ego.

—Sí, lo aplastamos y ahora está tratando de demostrar que es más grande y malo que nosotros.

Asentí. —Pienso exactamente lo mismo.

—No tenemos los recursos locales para lograr esto. Supongo que podría llamar a algunos de los equipos de aquí hasta medio oeste...

—No, no hagas eso. Tendremos que hacer de tripas corazón y pedir ayuda.

—Está bien. Tienes razón.

—Pero no les digas demasiado.

Frank asintió, miró hacia el pasillo y luego hacia abajo. Sus ojos se posaron en una sala etiquetada como “Conferencias” y se dirigió en esa dirección.

Retrocedí hacia la habitación. Silencioso y sin ser detectado. Sarah se inclinó sobre el cuerpo inmóvil de Tammy. Sus manos trabajaron expertamente alrededor del cuello, el torso y el

abdomen de la mujer. Ella miró por encima del hombro, luego se estremeció y se puso de pie.

—No te oí regresar— dijo.

—Una de mis especialidades— dije.

—Debe haber dado dividendos en tu juventud—. Ella le guiñó un ojo.

Sonreí y no dije nada.

—No encontré nada inusual.

—No pensé que lo harías.

—¿Por qué?

—Una corazonada.

—Algo me dice que es más que una corazonada.

Me encogí de hombros.

—¿No confías en mí? —Preguntó ella.

No respondí.

—Lo que sea— dijo. —No me digas.

—No lo haré.

El clic-clac de los zapatos de suela dura resonó por el pasillo. Se movieron rápidamente y con un propósito. Un médico, pensé, corriendo para salvar a un paciente que había codificado. Lo único fue que no había escuchado ningún anuncio ni una serie de tonos a través de los parlantes. Cogí mi pistola y apunté a la puerta abierta.

Los pasos se detuvieron y Frank asomó la cabeza en la habitación. —Jack, tenemos que irnos.

—¿Por qué? ¿Tienes todo arreglado?

—Sí— dijo. —Y luego llamé a la central y recibí malas noticias.

—¿Qué?

—¿Recuerdas a Pablo?

—Sí.

—Ha tenido un infarto.

CAPÍTULO 15

Me senté en la oficina de Frank con la silla pegada a la ventana de cristal que nos separaba del vestíbulo. Apoyé la cabeza contra el cristal frío y miré el reloj de la pared. Detrás de su escritorio, Frank golpeaba su teclado, buscando quién sabe qué. No pregunté. Él no lo dijo. Apenas hablábamos, y en esos momentos en los que lo hacíamos, no se trataba de nada en particular.

Sarah ayudó a Doc. con Pablo en la enfermería. Aunque no era cardiólogo, Doc. era capaz de tratar al hombre. Por eso lo habían elegido para el SIS. El tipo tenía experiencia en el campo, trabajando con las Fuerzas Especiales en algunas de las zonas más mortíferas del mundo. Y la enfermería era de última generación. La atención que recibió Pablo fue tan buena como la de cualquier hospital de la zona. Esperaba que fuera lo suficientemente bueno para mantenerlo con vida. No podíamos darnos el lujo de perderlo todavía.

Teníamos detenidos a tres de los tipos de la casa que nos podían ofrecer información. Sin embargo, Pablo nos ofreció algo que ninguno de ellos pudo. Él era externo a su organización, formaba parte de ella, pero no realmente. Podía entrar a la casa sin problema y todos lo conocían. Lo sabía todo y mantenía la distancia, lo que serviría para nublar un poco menos su juicio y su memoria. Tenía otros intereses de los que no quería formar parte, o tal vez no se le permitía participar. De cualquier manera, Pablo fue la clave para que derribáramos a quien manejaba el ring. Y esa, estaba seguro, era la clave para acercarnos al hombre que había secuestrado al niño.

Me sentí avergonzado de poder pensar en él sólo como el niño pequeño en ese momento. ¡Cristo!, ¿cómo se llamaba? Luché con mi memoria y finalmente recordé que Tammy había llamado a su hijo Christopher. Parecía extraño que un hombre pudiera rescatar a otro ser humano y no molestarse en aprender su nombre. Fui construido de esa manera. Los negocios eran negocios. Todo lo que pasó ocurrió en el cumplimiento del deber. No merecía ningún crédito por lo que hice. Tampoco lo quería. Ojalá no lo hubiera conseguido, porque entonces no estaríamos sentados a las tres cuarenta y cinco de la mañana esperando que un imbécil llamado Pablo salga adelante después de que su corazón protestara contra la vida.

Frank debió haber notado que algo andaba mal en mí, porque preguntó: —¿Todo bien?.

No respondí. Observé cómo el segundero recorría la mitad inferior del reloj de pared mientras regresaba a las doce. Después de una o dos horas, se vuelve algo hipnótico.

Escuché pasos acercándose desde el otro lado del vestíbulo. Vi a Sarah asomar la cabeza por la puerta abierta en mi visión periférica.

—Él lo logrará— dijo. —Fue un infarto muy leve.

—¿Podemos hablar con él? — preguntó Frank.

Ella sacudió su cabeza. —No por uno o dos días. Como dije, menor, pero no necesita el estrés adicional que le darían.

—No tenemos uno o dos días— dijo Frank.

—Háblalo con Doc. — dijo. —Sólo estoy aquí para ayudar.

Frank me miró y me encogí de hombros. No fue mi decisión.

—Está bien— dijo Frank resignado. —Envíalo. Quiero escuchar lo que hizo.

—Bueno, él...

—Quiero saberlo de él— interrumpió Frank.

Sarah se detuvo y dio un paso atrás, con la boca abierta y las manos extendidas frente a ella.
—Está bien— dijo.

Me volví en mi silla para verla alejarse. Ella desapareció en la enfermería. Me volví, miré a Frank y le dije: —No tenías que volverte dictatorial con ella.

Se inclinó sobre su escritorio. —Lo sé. Estoy estresado. Esto me va a provocar un ataque al corazón.

—No te desquites con ella—. Me levanté, cerré mis manos en un puño y las puse sobre el escritorio donde él pudiera verlas. —Y será mejor que no intentes desquitarte conmigo.

Levantó la vista, asintió y no dijo nada, que era lo correcto.

—¿Interrumpo? dijo Doc. desde fuera de la oficina.

Me enderecé, me di la vuelta y dije: —Ya me iba.

Nos apretujamos uno junto al otro, pecho contra pecho. Él entró. Yo salí, percibiendo el olor del aire estéril que siempre flotaba alrededor de su cuerpo. Sarah estaba sentada al otro lado del vestíbulo, en un banco acolchado y forrado en vinilo. Caminé hasta mi oficina, serví dos tazas de café y luego fui y me senté junto a ella.

—¿Él siempre es así? — preguntó ella.

—Está estresado— dije, sosteniendo una de las tazas frente a ella.

La agarró, se llevó la taza a los labios y sopló suavemente en el líquido, enviando una bocanada de vapor al aire. —Entonces, ¿eso significa que sí?

Me reí. —Se podría decir que está un poco tenso.

—Está un poco tenso. Ya lo dije—. Ella sonrió y me miró a los ojos. Luego su rostro se tensó y se puso serio. —¿Qué hay de ti, Jack? ¿Estás un poco tenso?

Me encogí de hombros. —A veces, supongo.

Repitió lo que dije, y luego añadió: —Voy a ser un poco atrevida aquí, si no te importa—. Tomó un sorbo de café para darme tiempo de responder. No lo hice, al menos no en ese momento. —¿Te gustaría salir a cenar cuando todo esto termine?

—No me importa y me gustaría.

Se tomó un segundo para procesar mis respuestas, olvidándose de que me hizo dos preguntas. Su sonrisa volvió. —Entonces es una cita.

Asentí en señal de acuerdo. Mis rodillas se abrieron hacia un lado. Nuestras piernas estaban juntas, la carne separada por milímetros de fina tela. Su mano derecha cayó sobre su muslo. Mi mano izquierda hizo lo mismo. Los dorsos de nuestras manos se tocaron momentáneamente.

—¿Y ahora qué? — dijo, volviendo las cosas al asunto en cuestión.

“¿Ahora qué?” La pregunta para la que no tenía respuesta, así que le dije lo obvio. — Esperamos.

—¿Esperamos? — Alargó la palabra demasiado.

Mi celular vibró contra nuestras piernas desde el interior del bolsillo de mi pantalón. De mala gana, rompí el contacto y me levanté para poder recuperarlo. Llamada desconocida. —Esto— dije. Abrí el teléfono y respondí.

—Treinta y dos horas, señor Noble.

—Gracias por la actualización, imbécil.

El hombre no dijo nada. Aunque lo oí reírse. Una risa robótica, algo parecido a una película de segunda categoría de los años cincuenta sobre una legión de robots fuera de control y empeñados en destruir todo ser vivo en la Tierra.

—¿Treinta y dos horas hasta qué? —insistí.

—Lo descubrirás pronto. Por ahora, necesito que me muestres una señal de fe y buena voluntad.

—Púdrete.

—Déjeme terminar, señor Noble.

—Está bien, termina y luego te diré que te vayas a la mierda.

Rio entre dientes con esa espeluznante forma robótica. —Liberen a mis hombres.

En lugar de molestarme, decidí divertirme con él. —¿Que hombres? — Resultó ser un error. Escuché un golpe de fondo y el niño se puso a llorar.

—No te metas conmigo, Jack. Tienes noventa minutos para llevarlos a Lago del Pino, Nueva Jersey.

—¿Dónde diablos es eso?

—Busque en Google. Pero será mejor que estén allí. Noventa minutos, señor Noble. Usted, su pareja, la mujer y mis hombres. Lo llamaré cuando casi se acabe el tiempo para darle el punto de entrega.

—Una condición— dije. —Danos el chico a cambio.

—No.

—Tienes que darme...— La línea quedó en silencio. El leve zumbido de estática que siempre estaba presente de fondo durante sus llamadas se desvaneció a mitad de mi oración.

—¡Cristo! — grité.

—¿Qué demonios fue eso? — preguntó Sarah.

La miré, muy consciente de que el tono de mi voz y la expresión de mi rostro le habían dado motivos para quedar desconcertada. —Era él.

Frank salió de su oficina seguido de cerca por el médico. Su rostro estaba tenso, retorcido y había preocupación escondida detrás de sus ojos. —¿Jack? ¿Qué está pasando? ¿Llamó?

—Sí.

—¿Qué dijo?

Caminé por el vestíbulo cubriéndome la cara con la mano. Pulgar y meñique masajeando mis sienes. Me detuve en el otro extremo de la habitación y me di la vuelta. —Dijo treinta y dos horas. Y dijo que quiere que sus hombres regresen. Dijo que tú, ella y yo, tenemos que reunir a sus hombres e ir al maldito Lago del Pino.

—¿Lago del Pino? — preguntó Sarah.

—Sí, fue lo que dijo. Es en Nueva Jersey. Y tenemos noventa minutos.

—No hay manera— dijo Frank. —Tomará ese tiempo llegar a Filadelfia.

—¿Qué tal un helicóptero? — dijo Sarah. —Así es como transportamos a los pacientes con lesiones catastróficas.

Miré a Frank. Se encogió de hombros y dijo: —Eso funcionará. Tendremos tiempo de sobra. Pero no estoy loco por entregar a estos tipos. Todavía hay información que sacarles.

—No los entregaremos sin algún tipo de plan de contingencia—. Miré y asentí hacia Doc. — ¿Cuánto tiempo les tomará instalar uno de esos dispositivos de rastreo en uno de ellos?

El doctor sonrió. —Ni siquiera veinte minutos. Un poco de gas de la risa, una incisión rápida y luego volver a coserlo.

Frank sonrió. Se dio cuenta de mi plan. —Nos llevarán directamente hacia él.

Asentí. —Sarah, ¿te importaría ayudar a Doc. con el procedimiento?

—Ningún problema—. Se levantó del banco acolchado y se paró junto a Doc.

—Está bien— dijo Frank. —Ustedes dos vayan con Doc. y elijan a uno de los hombres. No me importa cuál. Voy a hablar por teléfono y conseguir un auto y un helicóptero para que nos lleve al Lago del Pino—. Corrió hasta su oficina y cerró la puerta de golpe. Se sentó en su escritorio y comenzó a tocar su teléfono.

El médico desapareció por un momento y luego regresó con el equipo necesario para el procedimiento. Lo seguimos escaleras abajo hasta las celdas de detención.

—¿Aún estás dispuesta a esto? — Le dije a Sarah.

Ella sonrió en respuesta, pero sus ojos mostraban preocupación.

—No te preocupes— le dije. —Todo va a estar bien.

—¿Este funciona? — preguntó el médico señalando la primera celda a la que llegamos.

—Claro— dije. Marqué el código de seguridad y la puerta se abrió. La abrí y entré.

El hombre se levantó de la cama y me miró de arriba abajo. Escupió a mis pies. —¿Qué diablos quieres?

Sonreí. Luego di un paso largo para tomar impulso y le di una patada en el plexo solar. Se inclinó hasta la cintura, de la cabeza a las rodillas. Lo agarré por la nuca con mi mano izquierda, lo levanté uno o dos pies y le di un poderoso gancho en la barbilla con la derecha. Su cuerpo se desplomó y cayó al suelo en un montón.

—Ahórrate ese gas de la risa, doctor— le dije. —Está inconsciente.

La cirugía duró menos de cinco minutos. Doc. usó un bisturí para hacer una incisión donde el cuello se une al cráneo. Supuse que habría mucho pelo para cubrir la herida. Suficiente carne para ocultar el dispositivo de rastreo, que no era más que un tubo delgado, hecho de acero y hueco en el medio. Allí vivían las entrañas del dispositivo. Cosió la pequeña incisión. Levantamos al hombre y lo aseguramos a una silla de ruedas. Los grilletes le apretaron las muñecas y los tobillos.

Saqué a los otros dos hombres, uno a la vez, y los esposé por las muñecas y los tobillos. Tomamos el ascensor hasta la azotea. Frank nos estaba esperando allí. Unos minutos más tarde, el fuerte ruido de los rotores del helicóptero y el chirrido de la turbina abrumaron el silencio de la tranquila noche.

Nos subimos al helicóptero momentos después de que aterrizara. Frank primero, yo al final, Sarah y los prisioneros en el medio. Me acomodé sentándome de espaldas al piloto, lo que me dejó frente a los hombres. Me miraron y gruñeron. Vi en sus ojos las maldiciones que deseaban sobre mí. Les devolví la sonrisa, mientras apuntaba con un HK MP7 a sus estómagos.

CAPÍTULO 16

El helicóptero nos llevó a nuestro destino en menos de una hora. Los tres hombres frente a mí no se movían excepto cuando el helicóptero cabeceaba o giraba. Los tres se balanceaban hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia adelante y hacia atrás al unísono, con los ojos fijos en mí, pasando de mi cara al arma que sostenía. Uno de los hombres había estado sudando profusamente y me di cuenta de que no le gustaba mucho volar. Tenía los ojos muy abiertos y se ponía tenso cada vez que el helicóptero se movía. Supuse que tenía que tomar un sedante fuerte para llegar a los EE. UU. desde dondequiera que fuera. Pero hoy no tuvo tanta suerte.

Aterrizamos en una pista de tierra abandonada cubierta con los restos helados de una reciente tormenta de nieve. Ningún arado ni pala había raspado el suelo antes de nuestro aterrizaje.

El piloto nos informó que estábamos a medio camino entre La Montaña del Cerezo y el Lago del Pino, ninguno de los cuales era un lugar con el que yo estuviera familiarizado.

Sarah estaba parada en el borde de la plataforma, preparada para saltar. Le ofrecí mi mano. Ella la tomó. Sonreí. Ella hizo lo mismo. Una vez en el suelo, señalé el Chevy azul oscuro estacionado cerca y le dije que esperara en el frente.

Frank fue el siguiente. No le ofrecí la mano ni le sonreí. Saltó al suelo e hizo una mueca. Parecía que era debido a sus pies o rodillas viejas relativamente hablando.

—Mi territorio natal— dijo Frank. Gritó para hacerse oír por encima del ruido del rotor.

Asentí, luego miré hacia otro lado y luego pensé en el lugar al que solía llamar hogar. Mi mente divagó por uno o dos segundos. Los tres rostros enojados que esperaban para salir del helicóptero se difuminaron mientras recordaba un tiempo y un lugar que ahora me eran tan extraños como Marte. O Portland.

Tan pronto como comenzó el interludio, terminó. Hice un gesto con el cañón de mi MP7 para que los tres hombres salieran del helicóptero, de forma agradable y sencilla. Frank ayudó a cada hombre a bajar y les dijo que dieran diez pasos y luego se arrodillaran. Cada hombre hizo lo que le ordenaron a regañadientes. Frank giró medio cuerpo y levantó el pulgar hacia el piloto. Juntos levantamos a los hombres y los guiamos hacia el Chevy. Detrás de nosotros, la turbina chirrió, los rotores golpearon y el helicóptero formó un ciclón increíble al elevarse en el aire. Los restos de nieve suelta que quedaban azotaban a nuestro alrededor. Sentí como si mil carámbanos minúsculos se incrustaran en mi mejilla.

Miré a nuestro alrededor y no vi ni una sola estructura. Estábamos en medio de la nada. Podía disparar mi arma y la posibilidad de que alguien pudiera oírla por encima del sonido de los rotores del helicóptero era mínima. Por las expresiones de los hombres ellos también se dieron cuenta de esto. El chirrido de la turbina se elevó algunos decibeles. Los rotores golpearon más rápido. El helicóptero despegó del suelo y comenzó su ascenso hacia el cielo azul profundo que se desvanecía. Supuse que en un par de minutos el silencio sería más ensordecedor que el rugido

del helicóptero.

Un débil sol invernal comenzó a ascender sobre el horizonte oriental, asomándose a través de escasos agujeros en los árboles donde faltaba follaje o las agujas de los pinos no encajaban. Arrojó sobre nosotros una tenue luz rosada.

Cuando el helicóptero estuvo lo suficientemente lejos como para que ya no necesitáramos gritar para escucharnos, Frank habló.

—Dense la vuelta, imbéciles.

Los hombres se arrastraron de rodillas hasta quedar de cara al otro lado.

—¿Listo para dar un paseo? — dijo Frank.

Un hombre asintió. Los demás permanecieron inmóviles.

—Es tu día de suerte— dijo Frank. —Pero debes saber que te estaremos observando después de que nos dejes, y si te tiras un pedo en un ascensor lleno de gente, tendremos un agente allí para tomar una muestra de gas, luego taparte el culo y luego arrestarte por contaminar el medio ambiente.

El hombre asintió una vez más, otro permaneció inmóvil y uno esbozó una sonrisa. Yo también. Giré la cabeza y tosí en mi mano en un esfuerzo por ocultar la sonrisa que se extendió por mi rostro. Giré la cabeza hacia atrás, evitando los ojos de los hombres, y miré a Sarah. Tenía una expresión de desconcierto en su rostro, presumiblemente divertida por mi reacción ante las palabras de Frank.

—¿Lo entendiste? — dijo Frank. —Estaremos observando cada movimiento que hagas—. Continuó hablando durante otros treinta segundos, pero no dijo nada importante. Principalmente trató de parecer un tipo rudo e inculcar el miedo al SIS en los hombres. En definitiva, pareció tener el efecto deseado.

Levantamos a cada hombre, luego los llevamos al Chevy y los metimos en la última fila del vehículo, hombro con hombro, cadera con cadera, rodilla con rodilla. Me senté en la fila del medio, del lado del pasajero, apoyado contra la puerta de modo que mis piernas quedaran entre los dos asientos del medio. Apunté mi MP7 al hombre del medio.

Mi teléfono vibró contra mi estómago desde el interior del bolsillo de mi abrigo. Metí la mano y lo agarré, luego revisé la pantalla, aunque sabía quién era. Llamada desconocida. Voz de robot. Respondí casualmente, traicionando mis sentimientos en ese momento.

—Me alegra ver que la puntualidad es uno de sus puntos fuertes, señor Noble. Seguía siendo pequeño, robótico y molesto como siempre.

—Arraigado— dije. —Cuando era niño, si no estaba en la mesa del comedor a las seis, perdía la cena.

—¿Cuántas cenas te tomó aprender la lección?

—Muchas. Soy testarudo.

—Y debiste haber sido bastante enano.

—Crecí.

—Si que lo hiciste.

Miré a cada hombre por turno. Se sentaron encorvados. Sus frentes se arrugaron, cejas finas y pobladas se fruncieron sobre sus ojos entrecerrados. Escucharon atentamente cada palabra que dije, presumiblemente tratando de descubrir qué dijo el hombre a cambio. Pensé que iría al grano para que pudiéramos seguir adelante. —¿Qué quieres ahora?

—Pronto te acercarás a una gasolinera abandonada a tu derecha. Un lugar que parece haber funcionado en los años cincuenta. Ya sabes, surtidores antiguos, carteles con caras sonrientes en...

—Si, lo tengo.

—Bien.

—¿Y qué?

—Dejen a mis hombres.

—¿Y después?

—Vete.

—¿Y luego? — Pregunté de nuevo, cada vez más impaciente con el juego de una palabra, dos palabras.

—Vuelve a la Montaña del cerezo y desayuna algo. Hay un pequeño restaurante fantástico en la Calle Springdale. Aunque el nombre se me escapa.

—¿Qué pasa con el chico?

Hubo una larga pausa y me preocupé de que algo le hubiera sucedido a Christopher.

—¿Qué con él? —dijo el hombre.

—Déjalo y luego dime dónde encontrarlo. Terminaremos con esto.

El hombre rio entre dientes. Una voz habló de fondo. Suave, dulce, inocente. Al menos lo habría sido si Christopher no estuviera gritando. —Suéltame.

—Maldita sea— dije. —¿Qué deseas?

—Mis hombres.

—¿Y luego?

—Nos acercamos a las treinta horas y media, señor Noble. Lo descubrirá muy pronto.

El zumbido de estática desapareció, indicando que la llamada había sido interrumpida. Cerré el teléfono y luego me recosté contra la puerta, examinando los rostros en el asiento trasero. Todos sonrieron, presumiblemente al verme frustrado y enojado.

—¿Qué dijo? — preguntó Frank, mirando hacia atrás desde el asiento del conductor.

—Dijo que busquemos una gasolinera abandonada— dije. —Como algo sacado de los años cincuenta.

—¿Y?

—Y tenemos que dejar a los muchachos. Luego recomendó que fuéramos a la Montaña del Cerezo y desayunáramos algo—. Uno de los hombres del asiento trasero rio. Lo ignoré y continué. —Ah, y quedan treinta horas y media.

—¿Hasta qué?

—Ninguna pista—. Giré un poco la cabeza hacia la izquierda y volví a mirar a los hombres.

—¿Alguno de ustedes lo sabe?

Todos se encogieron de hombros. Ninguno de ellos habló.

—Por supuesto que no— dije.

—Ahí está—, dijo Frank, señalando al otro lado del tablero.

Me incliné hacia adelante y giré a mi derecha. El edificio había visto días mejores. Los paneles de vidrio estaban rotos, destrozados o ausentes por completo. El pavimento del aparcamiento estaba agrietado y cubierto de maleza. Los arbustos invadieron las descuidadas extensiones de césped que rodeaban el lote. Enredaderas envueltas alrededor de bombas de gasolina antiguas. El viejo cartel que alguna vez indicó a los transeúntes que ese era el lugar para detenerse ahora yacía en el suelo, apenas visible en medio del caos de la naturaleza.

La Chevy se detuvo, abrí la puerta y salí. Moví una palanca en el asiento, enviándolo hacia adelante y despejando el camino para que los hombres pasaran. Los bajé, uno por uno, y los alineé en el panel trasero del Chevy. El cuerpo de la bestia todoterreno nos ocultaba de la carretera. Desgraciadamente el gran vehículo no nos protegió del viento.

—¿No nos vas a quitar las esposas? — dijo el hombre con el dispositivo de rastreo en la cabeza.

Moví mi brazo derecho fuerte y rápido y mi puño conectó con su mandíbula. Cayó al suelo y su cuerpo se dobló sobre sí mismo.

—¿Alguien más quiere que le quiten las esposas? — dije.

Los dos hombres conscientes que quedaban sacudieron la cabeza.

—Tu jefe llegará pronto—. Me di vuelta y subí a la Chevy, retomando mi posición en el mismo asiento.

Frank giró la llave y el gran motor V-8 cobró vida con un rugido. Nos quedamos inactivos durante un minuto, observando a los hombres y el camino y respirando lo suficientemente fuerte como para empañar las ventanas. Frank puso la transmisión en marcha y salió del estacionamiento en dirección este, hacia la Montaña del Cerezo.

—¿Qué opinas? — dijo Frank.

—Creo que en este momento nos tiene agarrados por las pelotas— dije.

—Sin embargo, eso va a cambiar— dijo Frank.

—Lo sé.

—¿Alguna solicitud para el desayuno?

—No me importa—. Sentí el estómago vacío y la cabeza como plomo. Necesitaba comida y café, y no necesariamente en ese orden. —Mantente alejado de la Calle Springdale— agregué.

—¿Por qué? — dijo Frank.

—Él recomendó que fuéramos a un lugar en Springdale.

—¿Crees que tal vez estaba insinuando algo? ¿Como si encontraras algo allí?

—Sí— dije. —Una bala en la nuca.

Frank rio entre dientes de la forma en que sólo un hombre que había hecho las cosas que nosotros habíamos hecho y visto las cosas que habíamos visto podía hacerlo.

Condujimos durante veinte minutos y encontramos un lugar en las afueras del norte de la ciudad. Me incliné y miré el reloj en el tablero. Casi las seis de la mañana. Quedaban casi treinta horas. Reí por el hecho de que me había amenazado a mí mismo. Sólo que no sabía por qué.

CAPÍTULO 17

Nos estacionamos en la esquina trasera del restaurante. Me senté de manera que tuviera una vista completa del restaurante, la puerta principal y el estacionamiento. Lo único que faltaba era la entrada a la cocina. Sarah se sentó frente a mí y tenía visibilidad. Cuando Frank regresó de lavarse en el baño, se sentó a mi lado.

Teníamos una computadora portátil instalada en el medio de la mesa, frente a la ventana para que los tres pudiéramos verla. La computadora ejecutó un programa especial que se conectó con el dispositivo de rastreo instalado en el cuello del hombre. No tenía idea de cómo funcionaba, y cuando Frank intentó explicarme algo sobre el rastreo por GPS, lo rechacé. Lo único que me importaba era si rastrearía al hombre con alguna medida de precisión. Y basándome en las experiencias, sabía que se podía.

Seguimos su señal cuando llegaron a la I-295 en dirección norte. Permanecieron en la interestatal durante unos veinte minutos y luego salieron a una carretera principal. Siguieron por las carreteras principales durante otros quince kilómetros. Unas cuantas vueltas más y estaban conduciendo por un tramo del mapa que no tenía una carretera registrada en nuestro programa.

Frank se inclinó sobre la mesa, con las cejas arqueadas sobre los ojos entrecerrados. Cogió la computadora portátil y la acercó para ver mejor hacia dónde se dirigían, supuse. Después de todo, éste era su territorio.

—¿Qué opinas? — pregunté.

Él se encogió de hombros. —No tengo idea de a dónde van.

—¿Quizás tengan una casa allí? — dijo Sarah, mitad afirmación, mitad pregunta. Esta no era su especialidad, así que pensé que se sentía un poco fuera de lugar o un poco intimidada.

—Posiblemente— dije. —Démosle un poco de tiempo y veamos.

Condujeron hasta adentrarse en el campo. Al norte de un lugar llamado Hopewell y al oeste de Princeton. Entonces el punto en la pantalla se detuvo. Permaneció inmóvil durante cinco minutos y luego diez. Diez se convirtieron en treinta.

—Creo que los tenemos— dijo Frank.

Saqué mi teléfono y llamé a Harris. Respondió al segundo timbrado.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste a Tammy Nockowitz? — pregunté.

—Hace unos quince minutos—, dijo.

—¿Y? —

—Fui yo mismo, Jack. Ella está bien. Le va bien. Curándose. Tenemos dos muchachos allí y habrá un cambio de turno a las diez de la mañana.

—De acuerdo.

—¿Cómo van las cosas allá arriba?

—Están bien. Creo que tenemos su ubicación.

—Genial— dijo. —Di la palabra y ahí estaremos.

—Ok lo haré—. Terminé la llamada y coloqué el teléfono sobre la mesa frente a la computadora.

—¿Todo bien con la mujer? — preguntó Sarah.

—Sí— dije. —Ella está bien.

La camarera vino y volvió a servirnos el café. Por primera vez en veinte minutos, aparté la vista de la pantalla del ordenador y noté que la multitud en el restaurante se había espesado. La multitud del desayuno, formada por personas con demasiada prisa por disfrutar del tocino, los huevos y los panqueques que devoraban. Una multitud podría resultar beneficiosa en ocasiones.

Sin embargo, este no era uno de esos momentos y me encontré con que no quería estar dentro del restaurante por mucho más tiempo.

Frank debe haber sentido lo mismo, porque dijo que teníamos que prepararnos para salir y trató de llamar a nuestra camarera. La mujer lo notó y asintió. Estaba ocupada con media docena de mesas nuevas. Me pregunté cuánto tiempo le tomaría traer nuestro cheque.

Mi teléfono se iluminó con una nueva llamada. Las vibraciones hicieron que bailara por la superficie de la mesa, alejándose de mí. Lo agarré, le di la vuelta y miré la pantalla. *Llamada desconocida*, mi nuevo mejor amigo.

—¿Pensaste que no me daría cuenta?

Dos cosas me llamaron la atención en ese momento. Primero, la voz no estaba disfrazada. Lo reconocí, de alguna manera, en alguna parte. Aunque no pude ubicarlo. Por supuesto, podría haber sido mi mente trabajando en mi contra. Con seis mil millones de personas en el mundo, es probable que haya algún cruce en aspectos como la apariencia y la forma en que suena la voz. Recordé el problema durante una llamada anterior cuando la máquina permitió momentáneamente que su voz real se filtrara a través de la línea telefónica. Decidí que no podía pensar en eso, al menos no todavía. La segunda cosa que me llamó la atención fue que el hombre probablemente había descubierto nuestro dispositivo de rastreo, y esa fue la verdadera razón por la que dejó de moverse.

Frank se inclinó hacia mí e inclinó la cabeza. Tratando de escuchar, pensé.

—No estoy seguro de qué estás hablando— dije, tranquilo y controlado.

—El dispositivo, idiota. ¿Crees que no me daría cuenta?

No respondí. En lugar de eso, tragué saliva y traté de pensar en una manera de controlar la situación.

La línea quedó en silencio y aparté el teléfono de mi cabeza para confirmar que todavía estábamos conectados. Cuando vi que lo estábamos, dije: —No nos dejaste muchas opciones.

—Oh, cállate, Noble. Puedes reclamar tu dispositivo cuando quieras, si tienes fuerzas para ello.

—Está bien.

—Por cierto, el chico pagará por este error. Es posible que lo recojas junto con el dispositivo.

Esta vez no había ninguna voz dulce e inocente de fondo disfrazada de dolor y angustia. No se oía nada más que la respiración agitada y el sonido ocasional del papel de lija cuando su barba raspaba el micrófono de su teléfono. Luego escuché un disparo y luego la línea quedó en completo silencio.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono celular. Las palabras “*llamada terminada*” aparecieron repetidamente en letras blancas en negrita. Mis ojos se dirigieron a la esquina superior derecha de la pantalla y se fijaron en la hora. Ocho de la mañana. —Faltan veintiocho horas—, dije.

—¿Qué diablos pasó? — preguntó Frank.

Sus palabras flotaron en el aire frente a mí mientras procesaba lo que había escuchado. Un hombre enojado me llamó. Nos pilló con los pantalones abajo. Me dijo que reclamara mi propiedad y dijo que podría haber una especie de regalo de despedida allí. Luego el silencio seguido de la frustración. Y un disparo.

—¿Jack?

Miré a Frank y negué con la cabeza. —Encontraron el dispositivo. Dijo que deberíamos ir a buscarlo. Luego le disparó a alguien—. Tragué fuerte y luego tomé un trago. —Después de que amenazó con la vida del niño.

El rostro de Frank se relajó y luego se puso rojo. Se inclinó hacia adelante y golpeó la mesa con el puño. —Hijo de puta— dijo un poco alto. Las cabezas de varios clientes del restaurante se dieron la vuelta y miraron en nuestra dirección. Los ojos nos miraron. Los oídos se abrieron, con la esperanza de vislumbrar la conversación que había provocado una respuesta tan violenta. Violenta para una persona normal, eso es.

—Pongámonos en marcha— dije.

—Está bien— dijo Frank.

—Está bien— dijo Sarah.

—Tú no— dije, volviéndome hacia Sarah. —Esto es demasiado peligroso. No tengo idea de lo que vamos a encontrar cuando lleguemos a ese punto—. Hice un gesto hacia el mapa en la pantalla de la computadora.

—Podría haber un niño herido allí— dijo. —Me necesitas.

—Llamaré a una ambulancia.

—No, no lo harás. No quieres llamar la atención si algo salió mal. No quieres tener que responder esas preguntas. Ahora no. No vas a llamar a nadie—. Se inclinó sobre la mesa y puso su dedo sobre mi esternón, como hace un policía cuando quiere dejar claro un punto.

—Vamos a traerla, Jack— dijo Frank.

Sorprendido por la decisión de Frank, asentí con la cabeza. Una parte de mí no quería tener que cuidarla y protegerla, lo que en última instancia me obligaría a bajar un poco la guardia. Pero una parte de mí se alegró de tenerla con nosotros.

CAPÍTULO 18

El viaje duró media hora, tal vez más. No me molesté en mirar el reloj. Mi mente recorrió al menos veinte escenarios diferentes que se reducían a dos posibles resultados. O el niño estaba allí o no. No podía planificar mi próximo movimiento sin conocer esa información crítica.

Salimos de la I-295 cerca de Trenton después de unos veinte minutos conduciendo. Pasé otros dieciséis kilómetros por un camino rural. Nos desviamos y tomamos un camino de tierra cubierto de nieve.

—El próximo es el último giro— dijo Sarah desde el asiento trasero. Ella tenía la computadora portátil y logró seguir nuestro progreso a lo largo del mapa. Dejé de lado las conjeturas, lo cual me pareció bien. No quería conjeturas hoy. Claro, blanco y negro, dímelo directamente.

Frank giró a la derecha al ver otro camino de tierra o grava. No podía verse con toda la nieve, sólo sabía que era algo más que asfalto por el crujido de los neumáticos. El sonido indicó que bajo el manto blanco había un camino que el hombre había creado apresuradamente.

—Un par de cientos de metros y estamos allí—, dijo Sarah.

Meforcé por mirar más allá de la barrera de árboles de hoja perenne. Noté lo que podría haber sido un camino de entrada conectado a la carretera. Luces rojas y azules parpadearon entre los árboles.

Al parecer Frank también lo vio. —¿Qué demonios es eso? — dijo.

Negué con la cabeza. —Alguien escuchó el disparo. Llamó a la policía.

—Maldita sea— dijo Frank. —¿Por qué nada puede...?

Me volví hacia él, esperando que continuara. Se sentó allí con la boca abierta, luego cerró la mandíbula y sacudió la cabeza. El todoterreno se hundió y rebotó en surcos ocultos por la capa de nieve cuando giró hacia el camino de entrada. Seguimos rebotando y balanceándonos, de lado a lado, arriba y abajo. Si el camino por el que conducíamos era el mal sueño de una suspensión, entonces este camino era su pesadilla. La nieve compactada seguía ocultando algunos de los picos, valles y surcos, pero no todos. Frank intentó desviarse de los que podíamos ver, lo que sólo resultó en que golpeáramos a otro. Habría tenido sentido reducir el ritmo. Pero no saber si el niño yacía herido o muerto nos ayudó a dejar de lado el sentido común.

Giramos bruscamente a la derecha y rodeamos la barrera de árboles. Vimos una patrulla y una camioneta, ambos con estrellas doradas estampadas en las puertas y el nombre de su departamento de policía. No me molesté en detenerme y mirar. Dos hombres estaban parados afuera de un edificio de madera desgastado. Luces azules y rojas rebotaban en la estructura, resaltando tablones de madera que eran todo menos uniformes. Estaban alineados al azar. Años de humedad, calor, frío, lluvia y nieve habían formado huecos de centímetros. La intemperie

había provocado que la madera se expandiera, se contrajera, se arqueara y se doblara. El resultado fue una estructura digna de ser condenada si hubiera un inspector de construcción en un radio de cincuenta kilómetros del lugar.

Uno de los oficiales levantó la mano. Era bajo y ancho, con una barriga formidable que sobresalía y colgaba sobre su cinturón. El otro policía era alto y delgado, con un rostro curtido que, al igual que el granero, había pasado demasiado tiempo a la intemperie. Apretaba un rifle cerca de su pecho.

—Tú tratas con la policía—dije. —Yo entro a ese granero.

Frank abrió la puerta, salió y rodeó la parte delantera del Chevy. Mantuvo sus manos en el aire. Apretaba su identificación del SIS en su mano izquierda. Lo oí gritar algo a los hombres. El tipo del arma bajó la mano. El tipo alto bajó su arma y apuntó al suelo.

—¿Lista? — dije.

—Sí— dijo Sarah.

Primero abrí la puerta, luego retrocedí dos pasos y luego abrí la puerta de ella. Ella salió. La protegí con mi cuerpo por si había más sorpresas. Resultó que sí las había.

Un tercer policía salió del granero, tosiendo y con arcadas. Recorrió diez o cuatro metros y se detuvo, lo que lo colocó a unos tres o cuatro metros de mí. Si hubiera estado más cerca, podría haber identificado su almuerzo, porque se inclinó y vomitó. Luego se puso de pie y se secó la boca con la manga, sólo para vomitar de nuevo.

Las cosas no pintaban bien para Christopher Nockowitz.

—¿Que hay ahí? — pregunté al oficial.

Se quedó allí, con las manos en las rodillas, doblado por la cintura, respirando con dificultad. Levantó la cabeza y abrió la boca para hablar, pero no logró pronunciar palabra. No pudo. Me pareció que había desayunado abundantemente. Cuando terminó, volvió a levantar la cabeza y dijo: —Lo siento. Es... Oh, ¡Dios!—. Se inclinó una vez más.

No me quedé allí el tiempo suficiente para descubrir qué pasó. Agarré a Sarah de la mano y la tiré hacia la derecha, evitando al desafortunado policía. Nos detuvimos en la puerta. Miré al tipo alto y le pregunté: —¿Por qué están aquí?

—Alguien escuchó un disparo— dijo.

Lo sabía.

—Entonces—, continuó, —alguien llamó por teléfono con una amenaza de bomba.

—¿Amenaza de bomba? — No lo vi venir.

—Sí.

—¿Por qué a alguien le importaría una amenaza de bomba aquí?

El hombre se enderezó y agitó el rifle en sus manos. El cañón rebotó arriba y abajo y se posó a unos metros de mi abdomen. Al parecer, se toman muy en serio sus amenazas de bomba en el país.

—¿Estás buscando problemas, hijo?

Sentí que Sarah me agarraba del codo. —No, señor— dije. —Sin embargo, una pregunta más.

Entrecerró los ojos, miró hacia abajo y luego volvió a subir. —¿Qué?

—¿Quién es ese chico? — Asentí hacia el hombre que todavía estaban en la nieve.

—Escuadrón bomba.

—¿Has estado dentro del granero?

—No.

—¿Por qué no? ¿La bomba?

Se encogió de hombros e hizo un gesto con la cabeza hacia la oscura abertura de la estructura. —¿Hueles eso?

—¿Qué?

—Muerte.

Asentí, me di la vuelta y entré al granero. El aire se sentía más cálido, pero sólo unos pocos grados. Sin embargo, no había viento, lo que marcó la diferencia cuando la temperatura estaba bajo cero.

El granero olía a muerte, como observó el oficial. También despedía el descolorido olor a pólvora.

—Necesitamos una linterna— dijo Sarah.

Examiné la habitación y mis ojos se posaron en un fardo de heno apilado a dos metros de altura. —No, no la necesitamos.

—¿Por qué no?

—El chico no está aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Supongo que no estoy seguro, pero siempre podríamos preguntarle a ese tipo. Estiré el brazo y señalé hacia el heno. En lo alto había una cabeza, y sólo una cabeza. Y la cabeza pertenecía al hombre al que le colocamos el dispositivo de rastreo. —Aunque, supongo que podríamos usar una linterna para ver si el resto de su cuerpo está aquí.

Sarah gimió y retrocedió. La oí golpear la puerta del granero mientras atravesaba la abertura. Pidió una linterna y regresó menos de un minuto después, proyectando un rayo de luz artificial en los rincones más oscuros del granero. El resto del cuerpo del hombre no estaba lejos de su cabeza. Por lo que pude ver, sólo le habían cortado la cabeza.

Caminé hacia el altar improvisado y lo inspeccioné por todos lados. Le habían abierto la nuca al tipo y le habían quitado el dispositivo de rastreo. Lo habían colocado unos centímetros a la izquierda, encima del heno, a la vista.

Caminé hacia la puerta abierta, tomando la mano de Sarah en el camino. Salimos donde Frank nos estaba esperando.

—¿Bien? — dijo.

—El niño no está allí— dije.

Frank suspiró y dejó caer la cabeza unos centímetros. —Eso es un alivio. ¿Encontraron el dispositivo de rastreo?.

Asentí.

—¿Dónde está?

—Puedes entrar y comprobarlo por ti mismo—. Giré la linterna en mi palma y extendí el mango hacia él. Lo agarró y pasó a mi lado.

Pasó un momento, luego dos. Vi a los policías parados junto a su patrulla. Rápidamente desviaron la mirada cuando me vieron mirar en su dirección.

—Dulce madre de Jesús— dijo Frank. —¿Qué demonios?

Esperé a que regresara del granero y luego le conté mis pensamientos. —Supongo que pensaron que, si le pusimos un dispositivo de rastreo en la parte posterior de su cabeza, podríamos haberlo puesto en otro lugar.

—¿Por qué matarlo? ¿Por qué no dejarlo al costado del camino?

Me encogí de hombros. —Ya no se podía confiar en él, no si nos permitía insertar un dispositivo de rastreo en su cabeza. Tal vez el tipo sabía demasiado, como adónde iban y por qué iban allí.

—Supongo— dijo Frank.

—Es lo que habría hecho si estuviera tan dispuesto a involucrarme en algo tan ilegal.

—La mitad de lo que hacemos sería clasificado como ilegal.

—Será mejor que cuides tu espalda entonces—. Sonreí. Frank no lo hizo. Mal chiste, supuse.

—¿Por qué tan brutalmente? — preguntó Sarah.

—Miedo— dije. —Es un mensaje.

—¿Para nosotros? — preguntó ella.

—En parte. Y para sus propios muchachos.

Mi teléfono sonó fuerte. Lo había quitado del vibrador cuando salía aquí. Miré la pantalla. Era él. Miré el reloj en la esquina de la pantalla. Casi las nueve de la mañana abrí el teléfono y respondí: —Veintisiete horas.

—Sus habilidades matemáticas son excepcionales, señor Noble—. Voz normal, tono tranquilo.

—¿Qué pasó con la voz del robot?

—Lo consideré innecesario. Además, no me conoces.

Entonces, ¿por qué insististe en decir eso?

—Probablemente tengas razón—, dije.

—Sé que tengo razón— dijo.

—¿Y ahora qué?

—¿Y ahora qué? —, repitió. —Bueno, primero déjame decirte que, si haces otro truco como ese, la próxima vez encontrarás la cabeza del niño.

—Sigues amenazándome con la vida del niño— le dije. —Tarde o temprano te diré que me importa una mierda. Tu juego se está volviendo viejo.

—Veintisiete horas— dijo, casi tarareando.

—¿Qué diablos pasa en veintisiete horas? — Grité por teléfono, lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de los tres policías. Se animaron, se inclinaron hacia adelante y luego intentaron actuar como si no estuvieran escuchando. Di unos pasos hacia el otro extremo del granero.

—Lo descubrirás muy pronto.

La línea quedó en el aire. Me moví para tirar mi teléfono contra las viejas tablas del granero. Se detuvo a medio tono y gritó.

—¡Jesús Jack! — dijo Frank. —Contrólate, hombre. Tenemos que mantener el control aquí.

Guardé el teléfono en mi bolsillo y me dirigí hacia el Chevy. El policía alto me recibió en la puerta. Nos quedamos allí, cara a cara, sin hablar una palabra entre nosotros. Por un segundo tuve la sensación de que estaba a punto de arrestarme. ¿Por qué? No tenía ni idea. Una sonrisa triste se formó en sus labios y dio un paso atrás.

—Me convertí en policía después de que secuestraran y mataran a mi hijo— dijo.

Miré por encima del hombro a Frank, quien asintió. Les había contado lo que estaba pasando, lo que demostró mucha fe de su parte. Alternativamente, tal vez no tuviera otra opción si quería mantener esto en secreto. Temía que no seguiría así por mucho tiempo.

—Lamento tu pérdida— le dije.

El asintió. La sonrisa se desvaneció. —Si atrapas a estos muchachos—, hizo una pausa, — cuando los atrapes, asegúrate de que sufran.

—Así será—. Abrí la puerta trasera del pasajero y esperé a que Sarah subiera, luego abrí la puerta delantera y me deslicé en el asiento del pasajero, cerrando la puerta detrás de mí. Tan pronto como Frank estuvo en su asiento y cerró la puerta, dije: —¿Qué diablos les dijiste?

—Suficiente para sacarnos de allí, Jack—. Giró la llave y volvió a encender el gran motor V-8. —Y se marcharán de aquí. Dirán que no encontraron nada. Y nuestros muchachos aparecerán en un momento y limpiarán este sitio, después de reunir todas las pruebas, por supuesto.

—Por supuesto— dije.

Dio marcha atrás con el SUV, lo giró y regresó por donde habíamos venido. Llegamos a la acera y nos dirigimos hacia el norte.

—¿A dónde vamos? — pregunté.

—Newark.

—¿Por qué Newark? — preguntó Sarah.

—Tenemos una oficina de campo allí— respondió Frank.

—Está bien— dijo. —Pero de nuevo, ¿por qué Newark?

—Fuera de Nueva York, cerca de Filadelfia, cerca de los aeropuertos. Una ciudad lo suficientemente grande, pero lo suficientemente alejada de las grandes, lo que nos permite operar fuera de la vista cuando sea necesario.

Ella se encogió de hombros. —Está bien, supongo. Todavía no sé por qué alguien querría establecerse en Newark.

Frank rio y volvió la cabeza hacia mí. —Me gusta— dijo.

A mi también, pensé.

CAPÍTULO 19

A mitad de camino a Newark nuestros planes cambiaron. Harris llamó y dijo que Tammy Nockowitz estaba despierta y coherente, y parecía estar ocultando algo cuando él la interrogó, pero que no sabía exactamente qué.

Frank se puso al teléfono y organizó un avión privado para que estuviera listo para nosotros en el aeropuerto de Princeton. Regresamos por donde vinimos, lo cual no fue gran cosa excepto que estábamos trabajando con limitaciones de tiempo obvias.

Abordamos y estábamos en el aire a las diez de la mañana. Faltaban veintiséis horas para el viaje. Dejé mi celular encendido y esperé una llamada del hombre para confirmarlo. No llamó.

Me senté al lado de Sarah. Frank se sentó frente a nosotros. —¿Qué tienes en mente? —dijo.

—No entiendo por qué quiere al niño. ¿Por qué Christopher? De todos los niños, ¿por qué él?

—Ya hemos hablado de esto, Jack.

Lo hicimos, pero eso no borró la pregunta de mi mente.

—Él te vio— dijo Frank. —Ustedes dos, saliendo de la casa. Las fotos tuyas y el incendio. Ya sea que lo haya visto en las noticias o vio una foto, ese es el motivo. Los atrapó a ti y al niño. — Frank hizo una pausa por un momento. —Quiero decir, él nos tiene.

—En algún momento seré solo yo — dije.

—No si puedo evitarlo.

Me encogí de hombros. Podía hablar todo lo que quisiera. Los hechos eran hechos. El chico me llamó. Él me habló. Él me quería. Al final, esto se reduciría a nosotros dos. Y a cualquiera que tuviera de su lado.

—Volviendo al hombre— dijo Frank. —Está avergonzado y enojado. Sabía cómo contactarte, lo que significa que te conoce.

—¿Cómo? — dije. —Ya no disfraza su voz. Aunque no puedo reconocerlo. Suena familiar, pero no realmente.

—No lo sé, Jack. Pero si tuviera que apostar dinero, diría que este tipo sabe más sobre ti de lo que queremos.

Cuando terminé de hablar, me recliné en mi asiento y cerré los ojos. El avión aterrizaría en treinta o cuarenta minutos y ese lapso podría ser mi única oportunidad de dormir durante las próximas veintiséis horas.

Me desperté después de que el avión aterrizara. La primera vez que recuerdo haber dormido en un aterrizaje. Sarah estaba de pie en el pasillo, mirándome con una sonrisa en el rostro. Por un momento, la situación que afrontábamos se me olvidó y no pude evitar pensar en lo hermosa que se veía.

—¿Qué? — dije.

—Tú roncas— dijo.

—No — dije.

—Sí— dijo ella.

—Pruébalo

—¿Cómo?

—Trae una grabadora a mi casa una noche de esta semana y te quedas a dormir.

Ella sonrió, se dio vuelta y caminó hacia la puerta abierta en la parte delantera del avión.

—Es hora de ponerse serio, Jack— dijo Frank.

Eso fue todo lo que hizo falta. Todo lo que había sucedido en las últimas once horas pasó al frente de mi cerebro, y su peso casi me hizo perder el equilibrio. Miré mi reloj. Cerca de las once de la mañana. No dejé que mi mente hiciera los cálculos. En lugar de eso, salté frente a Frank y me moví hacia la parte delantera del avión, luego bajé la pequeña escalera que conducía al suelo. Un sedán negro nos esperaba. La ventanilla del conductor bajó y McKenzie asintió. Le abrí la puerta a Sarah y caminé por la parte trasera del auto para entrar por el otro lado. Frank se sentó al frente.

—¿A la oficina? — preguntó McKenzie.

—Al hospital — respondió Frank. —Tenemos que ir a ver a Tammy Nockowitz.

Llegamos al hospital poco después de las once de la mañana. Dudé en la puerta principal, esperando que sonara mi teléfono. No fue así. Pero eso no significaba que no nos esperaban sorpresas.

CAPÍTULO 20

Cuando llegamos a la habitación, se hizo evidente que Tammy no estaba en tan buena forma como Harris había dicho. Ella iba y venía. Traumatismo craneoencefálico evidente, nos había informado Sarah. Tammy sonrió un poco cuando nos vio rodeando su cama y fijó sus ojos en mí. Me senté en el borde, cerca de su cintura, frente a ella, como la noche anterior.

—Tammy — dije. —Necesitamos que nos cuentes todo lo que pasó anoche. ¿Qué recuerdas?

Se lamió los labios y tragó con fuerza. Sus palabras se formaron lentamente. Su voz sonaba ronca. —Todo son fragmentos. Recuerdo haber estado en la cena y luego aquí. También recuerdo el accidente.

—Empecemos por ahí, Tammy. ¿Qué recuerdas del accidente?

—Un hombre. — Hizo una pausa y parpadeó con fuerza. —Varios hombres.

—¿Paramédicos?

—No.

—¿Policías?

—No.

—¿Bomberos?

—No— dijo con fuerza. —No vi luces intermitentes, como las que verías si los policías o los médicos estuvieran allí. Sólo linternas y hombres.

—¿Que dijeron?

—Yo... no lo recuerdo.

—¿Cómo hablaron?

—¿Qué quieres decir?

—¿Acentos? ¿Alguno de ellos tenía acento británico?

Frank retrocedió y me lanzó una mirada. Me encogí de hombros a cambio. Pensé que si la obligaban a recordar algo que no creíamos que fuera posible, eso podría estimular su cerebro lo suficiente como para recordar hechos reales.

—No, lo recordaría— dijo.

—¿Recuerdas algo sobre ellos que pudiera haber sido diferente?

—Eran hispanos, o al menos lo parecían.

—¿Todos ellos? — pregunté.

—Todos menos uno. Uno era blanco. Americano. Yo... creo que lo reconocí de alguna parte.

—¿De dónde?

Sus ojos se cerraron y su cabeza cayó hacia atrás en la almohada y se inclinó unos centímetros a un lado. Fuera de combate. Esperamos a su lado. Ninguno de nosotros habló. Todos miramos a Tammy esperando que volviera en sí. Finalmente lo hizo y continuó donde lo

había dejado.

—La fiesta—, dijo.

—¿Qué pasa con la fiesta? — pregunté.

—Vi al hombre allí.

—¿Puedes identificarlo?

Miró a su alrededor y luego levantó un brazo magullado y señaló a Frank. —A él.

Frank dio un paso atrás y sacudió la cabeza. —¿Qué?

—¿Qué hay de él? — dije.

—Lo recuerdo de la fiesta — dijo Tammy.

—¿Y luego en el accidente?

—¿Qué accidente? — Su rostro se contrajo. Ella sacudió la cabeza, sólo una vez en cada dirección. Luego se desmayó otra vez.

Miré a Sarah y extendí las manos en un gesto de *¿qué diablos?*

—Tiene una conmoción cerebral fea— dijo. —Traumatismo craneoencefálico. Nunca se sabe cómo reaccionará alguien.

—Esto no va a ninguna parte — dijo Frank. —Estuve contigo toda la noche, Jack.

—Lo sé, Frank. Eso no es una preocupación. Tendremos que ver qué dice cuando se despierte. Recuerda, lo primero que me dijo anoche fue "lo atraparon".

Esperamos a que Tammy se reuniera con nosotros. Los segundos se convirtieron en minutos. Los minutos pasaron a montones. Miré el reloj de la pared y eran cerca de las once y media de la mañana. Quedaba casi un día, según el hombre del teléfono. Medio imaginé que resultaría ser un profeta. La cuenta regresiva que me dio resultaría ser un cronómetro apocalíptico, y cuando el mundo no terminara, como de costumbre, reiniciaría el cronómetro. Tal vez me diría que me quedaban dos años, tres meses y cuatro días.

—Voy a tomar un poco de café— dijo Frank. —¿Alguien más quiere una taza?

Sarah asintió y yo también.

—Está bien— dijo Frank. —Tres cafés.

Salió de la habitación.

Sarah se volvió hacia mí. —Pensé que nuestra primera cita sería mucho más romántica que esta.

Le sonreí y luego miré a la mujer destrozada que yacía inconsciente en la cama. La sonrisa se desvaneció de mis labios y pensé en otra línea de preguntas que podría ser relevante.

Al sentir que mi estado de ánimo era demasiado sombrío para hablar del comienzo de nuestra relación, Sarah cambió de tema. —¿Cómo lograste mantener a la policía fuera de esto?

Me encogí de hombros, sin saber cuánto debía decirle. —Como ya habrás visto, tenemos nuestra propia manera de hacer las cosas.

—Sí ¿y...?

La miré por un momento y luego dije —Nadie se mete con nosotros. Tenemos los contactos para hacer que las cosas sucedan. El jefe de nuestro jefe es un hombre poderoso. El tipo de hombre al que la gente evita pisar los pies. Si queremos que las cosas funcionen de cierta manera, él lucha por nosotros y las cosas funcionan como queremos.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y sacudió la cabeza. —Estás hablando en círculos.

—Posiblemente.

Ella resopló y yo sonreí.

Una enfermera asomó la cabeza en la habitación y nos dijo que necesitaba que saliéramos un rato. Sarah asintió y, como ella era la experta residente en todo lo relacionado con la medicina de

emergencia, la seguí fuera de la habitación. Nos dirigimos hacia el vestíbulo, siguiendo los carteles que nos dirigían a la cafetería. Vi a Frank a cien metros del pasillo y nos encontramos a mitad de camino.

Sacó el café de Sarah de un portavasos de cartón, luego el mío, y luego preguntó —¿Qué está pasando?

—Tuvieron que realizar algunas pruebas—, dijo Sarah.

Frank asintió hacia Sarah y luego giró la cabeza hacia mí. Extendió la mano y señaló detrás de él. —Hay una sala de espera vacía allí atrás. Sentémonos un momento y descubramos la mejor manera de interrogarla.

CAPÍTULO 21

La habitación estaba en penumbra y el aire estaba quieto y estéril. El olor a desinfectante era más fuerte aquí que en cualquier otra zona del hospital. Tenía una única puerta para entrar y salir y estaba cerrada, sin permitir el intercambio de aire. El olor del Lysol quedó atrapado, o lo que sea que usaran en un lugar como este. Sarah se apoyó contra la pared junto a un cuadro enmarcado que nunca había visto antes. El artista ha salpicado pintura roja, violeta, marrón y amarilla sobre el lienzo. Al azar, supuse. Sin embargo, la extensión, goteo y mezcla de los colores formaban una imagen. Un árbol y un retoño, o una flor y un pétalo, o una madre y su hijo. Podrían ser los tres. Por lo que yo sabía, podría haber sido un estadio de fútbol.

—Así que mira—, dijo Frank. —Tenemos que ir al grano con esta mujer.

—¿Qué crees que hemos estado tratando de hacer? —dije.

—Lo sé, pero con esto dentro y fuera. —Hizo una pausa para respirar profundamente y luego exhaló ruidosamente. —Necesitamos descubrir dónde está su mente tan pronto como se levante.

Miré mi reloj. Once y cuarenta y cinco. —¿Qué pasa si ella no lo recuerda?

Frank giró en su silla y asintió hacia Sarah. —¿Es eso posible?

La cabeza de Sarah se movía de arriba a abajo. —Sí, desafortunadamente. No es probable que sea permanente. Pero sí muy posiblemente de forma temporal.

—Mierda— dijo Frank.

—Sí—dije.

—Así que supongo que debemos improvisar —dijo Frank.

—Así que estamos de vuelta donde empezamos— dije.

El asintió.

Me levanté y estiré la espalda. Bostecé y miré la televisión. Las imágenes no se registraron, al menos no en ese momento.

—¿Listo para regresar? —dijo Frank.

—Sí—. Di unos pasos hacia la puerta y me detuve cuando noté que Sarah miraba la televisión.

—¡Oye, oye! —, dijo. —Ese tipo me resulta familiar.

Frank se volvió y miró las imágenes en la pantalla. —Ese es el senador Burnett. Demonios, anoche estábamos tomando unas copas con él.

—Sube el volumen— le dije.

Sarah se puso de puntillas y presionó el botón para subir el volumen hasta que pudimos escuchar al periodista. Las noticias no fueron buenas. Burnett había desaparecido. Según su esposa, no regresó a casa después de un evento de anoche.

Frank negó con la cabeza. —Lo siguiente que pasará es que recibiremos una llamada para buscarlo.

—El tipo es corrupto, por lo que he oído— dije. —Tal vez lo atraparon.

—Me pareció buen tipo— dijo Sarah.

—Estás en el negocio de salvar gente— dijo Frank. —Todo el mundo te parece bien, de lo contrario tendrías que dejar morir a la mitad de ellos por principio. — Caminó hacia la puerta, miró por encima del hombro y luego dijo —No me gusta esto Jack. La madre resultó herida en lo que parece ser un atropello y fuga maliciosa. Un canalla te llama. Ahora falta un senador de los Estados Unidos. Y no cualquier senador, uno que tiene vínculos con nosotros.

—Volvamos a la habitación— dije. —Necesitamos que Harris se comunique con todos los equipos y obtenga una actualización de su estado. Necesitamos verificar que todos sean contabilizados y que nadie más haya resultado herido.

Nos apresuramos por el pasillo —más rápido que una caminata, más lento que una carrera, no un trote— y giramos a la izquierda hacia el pasillo que conducía a la habitación de Tammy. La última revelación me tenía nervioso. Sabía el lugar de Tammy en todo esto. Había tenido la desgracia de ser la madre del niño. Quien quiera que estuviera detrás de esto quería que el niño llegara hasta mí. Había arruinado su pequeño grupo, interrumpido su juego. Ahora apuntaban sus bates hacia mí. Pero ¿qué tuvo que ver el senador en esto? No podía encontrarle sentido. No sabía mucho sobre su política, ni siquiera a qué estado representaba. Sabía que era algo que tendría que investigar una vez que regresáramos al cuartel general.

Corrí los últimos quince metros hasta la habitación de Tammy, extendiendo mi brazo derecho para agarrarme al marco de la puerta y detenerme. Tammy yacía en su cama, inconsciente, como se esperaba. Lo que no esperaba era ver al hombre que estaba parado junto a su cama, con la aguja en la mano, hundiéndola en su brazo. Miró por encima del hombro y me sonrió.

—¿Quién diablos eres tú? — pregunté.

Su sonrisa se amplió. —Ella estará ausente por un tiempo.

El hombre no parecía un médico ni un enfermero ni alguien que debería estar en la habitación. No fue su pelo, ni su ropa, ni su cara. Eran sus zapatos. Las botas de combate sucias y desgastadas que llevaba no tenían cabida en un hospital.

Saqué mi arma y le apunté a la cabeza. Frank entró en la habitación. El hombre se volvió y levantó los brazos. La aguja colgaba del pálido antebrazo de Tammy. Una fina línea de sangre se filtró, dejando que la gravedad determinara su camino.

—¿Qué está pasando aquí? — dijo Frank.

—Él simplemente le inyectó algo— dije.

El hombre giró lentamente con los brazos en el aire. —Sólo para mantenerla callada por un rato, eso es todo. —Él me miró y yo me miré al espejo. Volvió la cabeza y luego dijo: —Tonto, se la dejé adentro. —Se dio la vuelta y retiró la aguja de su brazo. Sin embargo, no se dio la vuelta lentamente. En lugar de eso, se dio la vuelta pistola en mano.

Apreté el gatillo antes de que lograra cuadrarse. La bala le impactó en un lado de la cabeza. Una nube de sangre flotaba donde estaba y cubría la pared detrás de él.

Sarah dio un paso hacia la habitación y se detuvo. Su rostro se torció y la sorpresa llenó sus ojos. —¿Qué diablos pasó?

—Necesitamos sacarla de aquí— dije. — ¡Ya!

Sarah se puso a trabajar, liberando a la mujer de los cables que la ataban y luego liberando la cama. Empezó a empujarla hacia la puerta.

—Para— dije.

—¿Qué? —dijo ella.

—Eso no funcionará. ¿Qué vamos a hacer? ¿Robar una ambulancia?

—¿Qué sugieres entonces? — dijo ella.

—Allá—. Frank se paró fuera de la habitación y señaló una silla de ruedas.

—Eso es una locura — dijo Sarah. —No sabemos el alcance de sus heridas.

—Sabemos que tiene una conmoción cerebral y tendremos que asumir que eso es todo. —

Levanté a Tammy y salí al pasillo. Frank llegó con la silla de ruedas dos segundos después y me ayudó a sentarla. —Frank, ve a buscar el auto. Nos vemos afuera.

Dos miembros del departamento de seguridad del hospital corrían por el pasillo hacia nosotros. Gritaron algo, probablemente que nos detuviéramos, pero no me molesté en escuchar. Empecé a empujar a Tammy en la dirección opuesta. El único problema era que se movían más rápido que yo con una silla de ruedas delante. Escuché a uno de ellos gritar “¡Jesucristo!” y supuse que habían llegado a la habitación y habían mirado dentro. El eco de sus pasos cesó y, sin mirar atrás, supuse que habían entrado en la habitación de Tammy.

Las puertas de salida de emergencia se vislumbraban a lo lejos. Había suficiente separación entre la habitación y nosotros como para que tuviéramos muchas posibilidades de lograrlo. —Ve a abrir esas puertas, Sarah.

Corrió y golpeó las puertas a toda velocidad, colocando una mano en la manija roja y plateada y plantó su hombro en el medio de la puerta. Se abrió de golpe, dejando que la luz natural inundara el pasillo. Una alarma estridente resonó por el pasillo. El chillido penetró en mis oídos y, seguramente, despertó al menos a uno de los guardias.

Reduje la velocidad mientras me acercaba a la puerta abierta. Pude ver que el camino de concreto se extendía alrededor de dos metros, pero no tenía barandilla que nos impidiera pasar por el borde si avanzábamos demasiado rápido. Tiraría a Tammy de la silla de ruedas y la enviaría a toda velocidad hacia el asfalto. Incliné la silla de ruedas y bajé la rampa lo más rápido posible con Sarah pisándome los talones.

—¡Detente! — gritó el guardia desde atrás.

Saqué mi arma, me estiré hacia atrás y disparé a la pared sobre su cabeza. Se metió en el edificio mientras llovían trozos de yeso. Cerró de golpe la puerta de salida de emergencia.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Sarah se levantó de la posición en cuclillas que tomó cuando alcancé el arma. Sus manos todavía estaban sobre su cabeza y había fuego en sus ojos.

—Aplastando una mosca—. Seguí adelante, hacia el final del edificio. Un coche dobló la esquina. Rápidamente lo juzgué como un vehículo del gobierno. La única pregunta que tenía era si era Frank o la policía. Aunque nos dieron tiempo para reaccionar, disparé y maté a un hombre dentro del hospital. Eso requeriría mucho trabajo para arreglarlo y probablemente tendría que venir de alguien muy por encima de mi nivel salarial.

El auto dobló la esquina y reconocí a Frank en el asiento del conductor. Se detuvo a nuestro lado y saltó.

—Sarah — dije. —Entra atrás con Tammy.

—De acuerdo.

Se deslizó en el asiento trasero. Levanté a Tammy y la senté junto a Sarah, quien ayudó a estabilizar a la mujer. Diez segundos más tarde, conducíamos detrás del hospital hacia una salida trasera de regreso al cuartel general.

CAPÍTULO 22

Me recliné en mi silla y coloqué los pies sobre el escritorio, cruzados por los tobillos. El sonido del teléfono celular fue sofocado dentro de mi bolsillo. Era apenas audible. Me maldije por haber apagado la vibración. La pantalla decía *Llamada desconocida*. El reloj marcaba las doce de la noche.

—Veinticuatro.

—Sí, lo tengo— dije. —No tienes que seguir recordándomelo.

El hombre rio. —Entonces, el Sr. Noble lo entiende, ¿verdad?

—¿Qué quieres?

El hombre no dijo nada.

—¿Qué pasa en veinticuatro horas?

—El tiempo se acaba.

—¿Para qué?

—Estás a punto de descubrirlo.

—¿Quién diablos eres?

—También estás a punto de descubrirlo.

Me levanté y caminé alrededor de mi escritorio hasta la puerta abierta de mi oficina. El vestíbulo estaba desierto y en silencio. Frank salió de la enfermería con la boca abierta, como si estuviera a punto de decir algo. Levanté un dedo en el aire para detenerlo.

—Dale mis saludos a la señora Nockowitz — dijo el hombre. —Si alguna vez se despierta de nuevo, claro está.

Cerré el teléfono sin responder. Lo arrojé sobre mi escritorio y salí de mi oficina, cerrando la puerta detrás de mí. Frank esperaba en el centro del vestíbulo con las manos en los bolsillos. Tenía los hombros ligeramente encorvados hacia adelante y la cabeza gacha.

—¿Qué? — dije.

—Ella está despierta.

Buenas noticias para nosotros, malas para el hombre, pensé.

Entré a la enfermería, asentí a Doc. y le sonreí a Tammy. Ella torció el lado izquierdo de su boca formando una sonrisa y parpadeó lentamente.

—¿Está bien? — pregunté.

Doc. asintió y dijo: —Contraatacamos lo que le pusieron. Ella estará bien.

—¿Puede soportar el interrogatorio?

—Sí. Siempre y cuando no sea la forma en que lo haces normalmente.

—Está bien— dije. —Salgan.

El médico infló las mejillas y luego exhaló el aire en un estallido, dejando que sus labios se juntaran. Quizás quiso discutir conmigo y decidió no hacerlo. No lo vi salir de la enfermería,

solo escuché la puerta cerrarse detrás de mí, dejándonos a Frank y a mí solos con Tammy.

—Tammy— dije. —Voy a hacerte algunas preguntas difíciles. Necesito que respondas lo mejor que puedas. ¿De acuerdo?

—Está bien— dijo.

—Háblame del padre de Christopher.

—No hay nada que decir.

—¿Qué quieres decir?

—Se fue hace mucho tiempo.

—¿A dónde fue él?

—A dónde se fue... — dijo con una sonrisa. —Eso implicaría que él estuvo allí, para empezar.

—También lo sería decir que se fue.

Ella frunció los labios y asintió. —Él no estuvo allí. Nunca ha estado. ¿Podemos dejarlo así?

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste contacto con él?

Miró a Frank y a mí y luego dejó que sus ojos se posaran en la pared detrás de mí. —Hace años. Le pedí ayuda. Nunca recibí respuesta.

—¿Tammy? — dije.

—¿Sí? — dijo.

—¿Por qué me mientes?

—Yo... —Ella miró hacia otro lado.

—Estamos tratando de ayudar. Creo que el padre del niño tiene algo que ver con esto.

Noté que Frank se enderezó y supuse que estaba un poco confundido. Esto no era algo de lo que habíamos hablado. De hecho, no sabía a dónde quería llegar con el interrogatorio. Pero el tiempo limitado exigía un cambio de procedimiento.

Una lágrima se acumuló en el rabillo de su ojo derecho. Se fue acumulando hasta que ya no pudo esconderse más en el pozo. Se deslizó por un lado de su cara y goteó sobre su almohada, dejando una pequeña mancha que se desvaneció casi tan pronto como apareció. —Quiero que mi hijo regrese, eso es todo. No era mi intención que esto sucediera.

—¿Qué quieres decir con que no quisiste que esto sucediera? —dije.

Ella sollozó levemente, pero no dijo nada.

—¿Tammy? — dije alzando la voz.

Ella todavía no decía nada.

—¡Maldita sea Tammy!, estamos tratando de ayudar—. Mi voz se había convertido en un grito y la puerta detrás de mí se abrió de golpe. —Lárguese de aquí, doctor — le dije.

—Es Sarah, y debes tomártelo con calma.

—Sé lo que estoy haciendo.

—¿Tú? — dijo Sarah.

Tenía razón. ¿Lo sabía? La falta de sueño y el exceso de estrés me hicieron esforzarme al máximo. Me desquité con la pobre mujer que había sido golpeada y maltratada y le habían quitado a su hijo. Decidí empezar de nuevo.

—Está bien, Tammy— dije. —Aparte de Frank y yo, ¿reconociste a alguien en la cena de anoche?

Ella asintió.

—¿Quién?

—Vernon Burnett.

—¿De verlo en la televisión?

—No.

—¿De dónde?

Ella no dijo nada. Las lágrimas llenaron sus ojos y pronto corrieron por sus mejillas. Ella sollozó levemente.

—¿Tammy? —dije. —Háblame.

—Pensaste que me estaba acercando a ti, ¿no?

Esta vez no dije nada.

Forzó una bocanada de aire que supuse que debía sonar como una risa. —Supongo que quería que pensaras eso. Parecía que te agradaba. Quiero decir, sonreíste y me miraste.

Sus palabras tenían poco sentido para mí, casi como si hubiera comenzado a balbucear para desviarme de la pregunta anterior.

—Pero— dije, —eso no era lo que estaba haciendo. Y luego, cuando te di mi número, pensé que mi mirada transmitía lo que quería decir.

—No tengo idea de qué estás hablando Tammy— dije.

Su cara se puso roja y levantó los puños en el aire. Sus labios se abrieron hacia atrás, revelando los dientes apretados. Un medio grito, medio gruñido se escapó por espacios estrechos donde sus dientes no estaban alineados correctamente.

Los tres nos estremecimos ante el sonido que produjo la mujer. Sarah se acercó a la cama.

Llegué a la puerta y dije —Llamaré al médico.

—Espera— dijo Frank. —Sólo espera.

Tammy se recostó en la almohada que sostenía la parte superior de su espalda, su cuello y su cabeza. Su rostro se aflojó por un momento y luego comenzó a llorar. Su llanto duró treinta segundos, tal vez más. Respiró profundamente unas cuantas veces y se secó los ojos con el dorso de las manos. Una sonrisa dócil cruzó su rostro y se disculpó por su arrebato.

—Conozco al senador— dijo. Ella respiró hondo. —Él es el padre de mi hijo.

Me enderecé y sentí que los demás en la habitación hacían lo mismo. —Tammy, Burnett fue reportado como desaparecido después de que no se presentó a trabajar esta mañana.

Ella empezó a llorar de nuevo. Entre sollozos, dijo —Dios mío, tiene a mi hijo.

CAPÍTULO 23

S alí de la habitación y fui directamente a mi oficina. Tenía un nombre. Tenía cara. Tenía que encontrar al bastardo y poner fin a esto. Coloqué mi pulgar en el lector de huellas digitales que controlaba las cerraduras de mi escritorio. Un clic siguió a un pitido. Abrí el cajón superior y cogí mis llaves, mi cartera y una pistola extra.

Alguien se aclaró la garganta desde fuera de mi oficina. Miré hacia arriba y vi a Frank parado allí.

—¿Qué estás haciendo, Jack?

—Voy a buscar a Burnett.

—No sabes dónde está.

—Sí, pero nuestro amigo Pablo podría hacerlo.

Frank ladeó la cabeza y arqueó una ceja medio centímetro. —Se ha ido Jack.

—¿A dónde?

—Alguien más está trabajando en él ahora. Tratando de obtener información, no pudimos.

La frustración y la ira se mezclaron como dos sustancias químicas extrañas que reaccionaron negativamente entre sí. Me puse de pie y pateé mi escritorio, haciéndolo deslizarse un metro, casi volcándose. Mi monitor se cayó del borde del escritorio y chocó con el suelo.

—¿Quién diablos se lo llevó? — dije.

Frank se encogió de hombros. —La orden vino desde arriba, Jack.

—¿Qué quiere este tipo? — dije. —Si lo que ella dijo es verdad y él es el padre, entonces tiene al niño. Eso significa que él es quien me llama. ¿Qué quiere de mí?

Frank entró en mi oficina. Cerró la puerta de una patada y luego se reclinó contra ella. No dijo nada durante un largo rato y se quedó allí, mirándome.

La descarga de adrenalina se desvaneció y mi cabeza se aclaró. Intenté procesar la nueva información de forma lógica. Tenía que haber una razón por la que este tipo estaba obsesionado conmigo.

—Voy a descubrir quién dirige la desaparición de Burnett—, dijo Frank. —E involucraré a Harris y McKenzie. En todo caso, pueden proporcionarnos información que las noticias no pueden.

—Está bien— dije.

—Quiero que te quedes aquí. Relájate. Espera la próxima llamada telefónica.

—De acuerdo.

Frank entró al vestíbulo y luego se volvió bruscamente. —Y si llama mientras no estoy cerca, no digas una palabra sobre lo que nos dijo Tammy.

Asentí, pero él ya se había dado la vuelta. Organicé mi escritorio y me senté detrás de él. Eché la cabeza hacia atrás y de alguna manera logré quedarme dormido. Un sueño breve y

superficial que probablemente hizo más daño que bien.

Me desperté con el sonido de mi teléfono chirriando y zumbando. Bailó sobre el escritorio laminado. No tuve que mirar la pantalla para saber que diría *llamada desconocida*. Se sintió extraño leer las palabras, sabiendo con un noventa por ciento de certeza que la voz al otro lado de la línea pertenecía a Burnett. No tuve que mirar el reloj para saber que era la una de la tarde. Faltan veintitrés horas. ¿Hasta qué? Sólo el desconocido que llamó lo sabía. Pero estaba a punto de descubrirlo. Abrí el teléfono y lo sostuve a un lado de mi cara.

—No necesito darle mi siniestro saludo esta vez, ¿correcto, señor Noble?

Asentí, luego me sentí un poco avergonzado al darme cuenta de que no podía verme. —No. Esa parte de nuestra relación se está acabando.

El hombre rio por primera vez desde que reveló su voz. Fue profundo y ronco, supuse que se debía a muchos años de beber y fumar. Conocía la risa. Había pasado al menos media hora con esa risa la noche anterior, sentado en la barra y disfrutando de la brisa. No tenía ninguna duda de que el hombre que hablaba por teléfono era el senador Vernon Burnett.

Dejó de reír y suspiró. No tenía nada que decir, así que esperé a que él diera el siguiente paso.

—El momento es ahora, Jack.

—¿Estás adelantando el reloj?

Él resopló. —No. Ahora es el momento de que te mudes Jack.

—¿Moverme a dónde?

—Necesito que te dirijas a Miami

—¿Qué hay en Miami?

—Bueno...— El hombre hizo una pausa demasiado larga. —Necesito que te ocupes de algo allí.

—Yo no voy.

—Entonces el niño muere.

—No vas a matar al niño

—¿No voy? ¿Ahora eres un adivino? ¿Quieres darme los números ganadores de la lotería? No dije nada.

—Jack, ¿quieres mancharte las manos con la sangre de este niño?

No dije nada.

—Miami. Solo. Vuelo comercial, no privado. Vete ahora al aeropuerto, porque te llamaré a las seis de la tarde y será mejor que estés listo para moverte nuevamente.

No tuve elección. El tipo me tenía agarrado de las pelotas. Y por primera vez en catorce horas, me sentí feliz por ello. Me iba a poner en posición para derrotarlo. Cometería un error. Siempre lo hacían.

—Está bien— dije.

—¿Sabes qué? —dijo él. —Trae a la mujer contigo, la de cabello castaño, pero a nadie más.

Levanté la cabeza y miré hacia el vestíbulo. Sarah estaba sentada al otro lado, de espaldas a la pared opuesta a la mía. Miró en dirección a mi oficina, pero no a mí. Sabía que no podía arrastrarla allí conmigo. No en una misión suicida.

—Sólo yo —dije.

Escuché el sonido del plástico golpeando la madera cuando colgó el teléfono, luego la voz apagada del hombre. —Ven aquí—, dijo. Sus palabras fueron seguidas por un bofetón y luego un grito. Un niño gritó —Déjame ir—. No reconocí la voz. El tono era diferente, tal vez más alto y melódico. La voz pertenecía a una chica, no a Christopher. Me dio un vuelco el estómago cuando

me di cuenta de que habíamos perdido.

—Ella es linda Jack— dijo. —Deberías verla. No te imaginas la cantidad de dinero que ganaría.

Enterré mi rabia. —Está bien—, dije manteniendo un tono tranquilo y controlado. —La mujer y yo. Nos dirigimos a Dulles y estaremos en Miami a las seis—. Terminé la llamada.

Mi rabia resurgió. Incliné mi escritorio y lo dejé caer al suelo.

Frank apareció fuera de mi oficina y abrió la puerta de un tirón. —¿Qué pasó?

—¿A quién conocemos en Miami?

Una mirada confusa cruzó su rostro. —¿Qué? ¿Dónde?

—Miami—, dije —en Florida—. Pasé por la puerta hacia el vestíbulo.

Sarah me miró y forzó una sonrisa. —¿Qué pasa?

—Vienes a Miami conmigo.

—¿Qué?

Ya había escuchado demasiados *¿qué?* —Escucha, no hay tiempo para preguntas. Ahora tiene dos niños. Me quiere en Miami. Quiere que vayas conmigo.

—No puedo irme a Miami— dijo.

—No tienes otra opción— dije. Mis palabras hervían de ira, aunque no estaban dirigidas a ella.

—Espera un minuto— dijo Frank. —¿Dos niños?

—Sí.

—¿Quién? — Extendió las manos. —Teníamos a todos protegidos.

—Una niña— dije. —Te sugiero que llames y veas quién no responde. Ese sería el lugar para comenzar.

—¡Cristo! — dijo Frank. —¿A qué nos enfrentamos?

Negué con la cabeza. —Lo resolveré en el vuelo. Pero por ahora, tenemos que movernos—. Agarré la mano de Sarah y la empujé a través del vestíbulo, hacia la salida. Me detuve y me volví. —Y Frank, necesito un contacto allí. Estoy bajando de un avión completamente desarmado en un lugar donde no conozco a nadie.

CAPÍTULO 24

Abrí los ojos y miré a través de la ventana ovalada, ignorando el resplandor del sol y las manchas dejadas por un pasajero anterior. Desde diez kilómetros de altura, el suelo parecía un paisaje que rodeaba un tren de juguete. Había extensiones de tierra, cada una de un tono diferente de verde o marrón. Pequeñas carreteras asfaltadas de color negro y gris y ríos verdes parecían serpientes deslizándose por el entorno sereno.

Miré a mi izquierda y vi a Sarah reclinada hacia atrás, profunda. Ambos necesitábamos dormir un poco y me alegré de ver que ella dormiría más que yo. Mi reloj marcaba las cuatro de la tarde, lo que significaba que probablemente ya habíamos cruzado la frontera entre Georgia y Florida y teníamos menos de una hora hasta aterrizar en Miami.

Burnett sólo nos había dado cinco horas para hacer el viaje. Apenas hay tiempo suficiente para llegar al aeropuerto, reservar el primer vuelo disponible, pasar el control de seguridad y luego tomar un vuelo sin escalas de dos horas y media desde Washington a Miami. Sin embargo, lo logramos y pudimos subir corriendo a nuestro vuelo de las dos y media mientras cerraban la puerta. Por supuesto, mi falso trabajo en el FBI ayudó a convencer al personal de la aerolínea de que nos dejaran subir. Si me atrapan, probablemente pasaría un día en una celda. No más de dos. Y estaría esperando que una de las cuatro personas viniera y me sacara. Así de clandestinos éramos.

Volví a mirar la ventana y las nubes, el cielo y el paisaje perfecto de abajo, dividido en parcelas cuadradas y rectangulares. La gente piensa en complejos turísticos, parques temáticos y playas cuando piensa en Florida. La franja de campo, granja y pantanos que atraviesa el corredor central del estado era a menudo olvidada, y ciertamente ignorada, por las familias que vacacionaban y los pájaros que escapaban del frío.

El verdor de Florida contrastaba marcadamente con la nieve del día anterior que cubría Washington y Nueva Jersey. Me quité el abrigo, reconociendo por primera vez que no lo necesitaría en Miami, tal vez nunca más, de hecho. Así como la nieve pronto se derretiría y empaparía el suelo o se evaporaría en el cielo, yo pronto sería reciclado y regresado a la Tierra. Aunque no podría pensar así. No tuve tiempo para pensar así. Dos vidas inocentes estaban en juego. Tres si contaba a Sarah. Muchos más si no detenía a Burnett.

Me volví a concentrar y repasé mentalmente la última semana. Los acontecimientos de las últimas treinta horas fueron mi principal objetivo. En ese punto, calculé que había un noventa y cinco por ciento de posibilidades de que Burnett fuera el hombre con el que me encontraría cara a cara en Miami. Los hechos eran que había desaparecido, y si le creía a Tammy, él había engendrado a su hijo y luego los abandonó. Allí descubrí el motivo con bastante facilidad. Tenía que pensar en su carrera política y dudo que los abandonara por completo. Probablemente le dio sus frutos, ya sea una vez o hasta el día de hoy. Quizás se cansó de eso. Quizás por eso se llevó

al niño. Los hombres que eran el corazón de la operación no cuestionarían una orden dada por él. Claro, la mayoría de los niños habían sido elegidos al azar, pero Christopher había sido el objetivo. Estaba seguro de ello. La declaración de Pablo de haber golpeado a la madre y el vendaje en la cabeza de Tammy lo confirmaron. Luego, el niño fue atacado por segunda vez. Supuestamente lo habían sacado de los escombros. Algo sobre el accidente me molestó. Tammy había resultado bastante golpeada y el coche destrozado. Ninguno de nosotros éramos expertos, aunque Sarah estuvo cerca, pero parecía que la única persona que podría haber sobrevivido a ese accidente habría sido el conductor. Por supuesto, es posible que un niño pequeño no se hubiera visto afectado. Sin ver el auto en persona, tomar esa determinación era casi imposible.

Al parecer, Burnett había planeado todo. Pero, ¿por qué? ¿por qué un senador estadounidense se involucraría en algo así? El dinero era la respuesta obvia, pero tenía que haber algo más que eso. ¿Había coincidido con la gente equivocada? ¿Escribió cheques que no podía cobrar? Quizás alguien tenía información sobre él, información dañina. Quizás el tipo de cosas que podrían arruinar la carrera de ese hombre. A cambio de guardar silencio, lo habían reclutado para supervisar el grupo. Tenía poder. Tenía conexiones. Todavía no tenía sentido, al menos para mí. Por otro lado, secuestrar al niño sí lo hizo, por diversas razones.

Me sentí como un hombre corriendo un maratón, sólo que estaba estancado a los tres kilómetros. La respuesta estaba justo frente a mí, pero no podía verla a través de las miles de personas que se agolpaban a mi alrededor mientras daba pasos interminables en una caminadora.

Finalmente, ¿qué quería Burnett ahora con el chico? ¿Usarlo como carnada? Supuse que por eso tenía a la chica. Si no es eso, probablemente para escapar con él. Sabía que escapar tenía que estar en los planes. Dijo que viniera solo, pero sabía todo sobre mí, así que dijo que trajera a Sarah también. Supuse como moneda de cambio. También sabía para quién trabajaba. Y tenía que estar preparado para que aparecieran en algún momento, lo que significaba que no tenía intención de quedarse en Miami después de que terminara conmigo.

El brazo de Sarah rozó el mío. Me volví hacia ella y vi sus ojos abrirse. Cálido, suave, acogedor. Ella arqueó la espalda, dejó caer la cabeza y gimió. El sonido me provocó un escalofrío.

—¿Dónde estamos? — dijo ella.

—Entre Orlando y Tampa.

—Están uno frente al otro, ¿no?

Asentí y luego sonreí. Cualquiera que esté mirando podría asumir que realmente éramos dos amantes de vacaciones. En el peor de los casos, pensarían que somos dos colegas en un viaje de negocios. Ni una sola persona en el avión, ni siquiera Sarah, adivinaría que éramos dos personas en una misión suicida. Yo era el único con esa distinción.

—¿Tendremos tiempo para encontrar un hotel? — preguntó con una ceja levantada con curiosidad.

Negué con la cabeza. —Desafortunadamente, no con el tráfico que se forma a las cinco de la tarde en Miami. Tendremos que esperar la próxima llamada en el aeropuerto y luego decidir a dónde ir.

Por supuesto, sabía a dónde íbamos y no sería a un hotel. Aunque no le dije eso.

—¿Crees que Frank vendrá con un contacto para reunirse con nosotros y...?

Asentí. Un gesto traicionó mis sentimientos. Frank lo lograría, eso era cierto. Pero nunca conoceríamos al hombre. Lo sabía.

—Tendremos que improvisar—, dije. —Si en algún momento te sientes incómoda, quiero que me lo digas. Y quiero que te vayas. Corres.

Ella sacudió la cabeza y puso su mano sobre la mía. —No voy a ir a ninguna parte, Jack.

Sonreí mientras se me hacía un nudo en el estómago. Confié en mí mismo para superar esto. Pero, ¿podría confiar en mí mismo para ayudarla a superarlo también? La valentía era una segunda naturaleza para ella. No estaba seguro de si sus instintos eran los correctos para este trabajo.

Ella volvió a cerrar los ojos y yo también. Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que el avión aterrizó.

CAPÍTULO 25

El aeropuerto bullía de actividad. Gente yendo y viniendo, esperando con anticipación a sus seres queridos y mirándolos partir con ojos tristes. Para mí fue un día más de trabajo. Para Sarah, fue como una inyección de adrenalina. Apuesto a que, si hubiera preguntado, habría descubierto que a la mujer le gustaba saltar de aviones y puentes e ir a uno de esos lugares donde te permiten conducir un auto de carreras real en una pista de carreras real. La idea me excitó y, por un segundo, dejé que mi mente divagara sobre lo que haríamos juntos si sobrevivíamos a esta situación.

Nos abrimos camino entre la multitud que rodeaba la puerta de llegada. Algunas partes parecían como caminar en melaza. Para algunos, ese día la cortesía había sido recibida en la puerta. Sarah permaneció cerca mientras atravesábamos los puntos más atiborrados. Su pecho presionó contra mi costado y su brazo rodeó mi cintura. Me encontré deseando que fuéramos dos amantes de vacaciones. Me habría conformado con colegas en un viaje de negocios, si ella insistía en permanecer tan cerca.

La multitud disminuyó y Sarah se alejó. No mucho, sólo tres o cinco centímetros. Su brazo se deslizó de mi cintura y se envolvió alrededor de mi brazo. Se sintió cómodo y natural. Pero demasiado. Me encontré pensando más en ella que en prestar atención a la multitud y a la gente que esperaba junto a las puertas de salida cuarenta y cinco metros más adelante. Permitir que nos descubrieran primero era una receta para el desastre y algo que generalmente intentaba evitar.

Afortunadamente, lo vi antes de que él a mí. Parecía tener mi altura. Su cuerpo era delgado y de aspecto atlético. Llevaba un traje azul oscuro con una corbata conservadora. Su cabello castaño estaba corto, con gafas de sol encima. Si le quitaban diez años a Frank, él y el hombre serían imágenes el uno del otro.

Exhalé un profundo suspiro de alivio. A Sarah no le pasó desapercibido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Frank nos ayudó— respondí.

—¿Quién? ¿Dónde?

—Junto a la puerta principal. Traje azul. Corbata aburrida. Frank menos diez años.

Su cabeza giró a la izquierda, luego a la derecha y luego se detuvo. —Lo veo—. Una sonrisa cruzó su rostro. Y el mío también. Estaríamos a salvo por un tiempo.

Caminamos otros veinticinco metros. Deliberadamente reduje el ritmo. Quería que nos viera. Tenía que ver su reacción. No es que no confiara en que Frank nos ayudaría. No era eso. Era demasiado cauteloso a la hora de conocer gente nueva. Y su reacción inicial me diría todo lo que necesitaba saber.

La cabeza del hombre se movió lentamente de lado a lado. Dejó que sus ojos hicieran la mayor parte del trabajo. Exploraron de izquierda a derecha, de esquina a esquina. Ningún rostro

pasó desapercibido. Finalmente, su mirada se posó en mí. Era el momento del juicio. Sus labios se separaron y se curvaron en una sonrisa. Articuló —¡Jack! — y agitó ambas manos por encima de su cabeza.

Seguí avanzando al mismo ritmo. Miré a su izquierda y a su derecha. Miré a mi lado y luego a Sarah. Todo se sintió normal. Frank nos había ayudado. Casi me sentí mal por dudar de él, pero luego me di cuenta de que él hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

Levanté mi mano derecha por encima de mi cabeza y saludé. Asentí, sonreí y seguí moviéndome. A trece metros de distancia. Su sonrisa se amplió. A diez metros de distancia. Su sonrisa se desvaneció. Dos pasos más. Miró a la izquierda y luego a la derecha. Una nueva sonrisa apareció en su rostro, pero sus ojos eran entrecerrados, brillantes y oscuros. Sentí una mano en mi codo. Sentí que Sarah se alejaba de mí.

Ella jadeó y luego se quedó en silencio, presumiblemente porque sintió el cañón de un arma presionada en su costado, a punto de desgarrarle el riñón. Sabía que ella sentía eso porque yo sentía lo mismo.

Frank no lo había logrado, ni mucho menos. Este tipo era uno de los hombres de Burnett.

CAPÍTULO 26

Los hombres nos condujeron a través de las puertas de salida de vidrio con marcos de acero. El aire cálido y bochornoso de Miami me golpeó como un mazo. Empecé a sudar en sesenta segundos. Cruzamos la calle como una manada de ratas inadaptadas.

El hombre del traje se detuvo frente a un Cadillac Escalade blanco. El vehículo estaba adornado con detalles dorados. Nos empujaron a Sarah y a mí a la última fila. Los hombres que nos guiaron a cada uno de nosotros con armas en la espalda, respectivamente, se sentaron en las sillas de la fila del medio. Se giraron en sus asientos para mantener las armas apuntándome. No vieron a Sarah como una amenaza. No los culpé. Era demasiado agradable a la vista para ser una amenaza. Por supuesto, eso podría hacerla más peligrosa. Sin embargo, Burnett sabía con quién estaba tratando. Tenía acceso a mis archivos, clasificados o no.

El hombre del traje subió al asiento del pasajero y asintió con la cabeza al conductor, quien ajustó el espejo. La cabeza del conductor se giró y se levantó. Sus ojos me intrigaron. Esos ojos, oscuros e hinchados, me resultaban familiares. Se giró por la cintura, extendió el brazo izquierdo y se agarró del asiento a su lado, luego giró la cabeza.

—*Hola, Jack.*

Me tomó una fracción de segundo reconocer al hombre. Pablo. El tipo que nos había conducido a la casa. El tipo al que Frank había golpeado hasta dejarlo casi muerto. El tipo que supuestamente había sufrido un infarto en la sede del SIS. Ahora, el tipo que seguramente quería ser el primero en atacarme.

Asentí sin romper el contacto visual. Pablo me tenía miedo antes y yo haría todo lo posible para mantener ese poder sobre él, sin importar mi situación personal.

—Vamos, Pablo— dijo el hombre del traje, alargando la “o” del nombre de Pablo. —Hay demasiados malditos policías por aquí.

Los hombres del coche rieron. Broma interna, pensé.

Pablo miró hacia otro lado y encendió el motor. Puso la camioneta en reversa y salió del estacionamiento. Cada vez que miraba por el espejo retrovisor, sus ojos se desplazaban entre mis ojos y la carretera detrás de mí. Sonreí un poco. Entrecerró mucho los ojos.

Sarah me dio un golpe con la rodilla. Giré la cabeza y vi súplica en sus ojos. *Haz algo*, articuló. Ella también podría haberlo dicho, ya que estaba seguro que, cuando miré, los chicos de la fila del medio también lo hicieron.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos parar en un restaurante para comer algo? — dije.

—Cállate, Noble— dijo el hombre del traje.

—¿Qué tal un restaurante con autoservicio entonces?

—¿Qué tal si te callas antes de que uno de ellos le dé a la chica un almuerzo con plomo?

Me volví hacia Sarah, me encogí de hombros y articulé la palabra *lo siento*. Ella puso los

ojos en blanco y sacudió la cabeza. Extendí la mano y agarré su mano.

—Nada de eso, hombre— dijo el que estaba sentado frente a ella.

Ella intentó alejar la mano. No la soltaría.

El tipo frente a ella levantó el brazo y apuntó el arma a su frente, dejando unos diez centímetros entre el cañón y la piel. Sería imposible fallar a esa distancia.

—Suéltala— dijo.

—Hazlo— dije. —Adelante. De todos modos, lo harás más tarde. Termina con esto ahora.

Vi la luz brillar en el cañón del arma medio segundo antes de que el hombre frente a mí me golpearla la frente con el arma. Mi cabeza se echó hacia atrás como si estuviera sujeta a un pivote en mi cuello. Rebotó hacia adelante violentamente. La sangre cálida inundó mi frente, dentro y alrededor de mi ojo, y bajó por mi mejilla. Goteó sobre mi camisa y pantalones.

—¡Jack! — dijo Sarah.

Extendí mi brazo izquierdo sobre su pecho como si hubiéramos pisado el freno y patináramos y quisiera evitar que saliera volando por la ventana.

—Está bien— dije. —Sólo un corte.

No estaba bien. La herida en la cabeza que sufrí la semana anterior hizo que cualquier golpe en la cabeza fuera mucho más severo. Lo sabía. Ella lo sabía. Pero no podía permitir que estos hombres supieran eso.

Uno de ellos me arrojó una toalla. Supuse que estaba sucia, pero no podía notarlo. Un ojo estaba inundado de sangre y el otro de lágrimas. Era como si estuviera bajo el agua y nada parecía claro. Sarah tomó la toalla de mi mano y la envolvió alrededor de mi cabeza, apretándola con fuerza para frenar el flujo de sangre a través de la herida.

—¿Te vas a callar ahora, Jack? — dijo el hombre del traje.

No dije nada. Miré al frente y me preparé para el viaje. Intenté prestar atención a las calles que seguíamos, pero todo pasó borroso. ¿Mi cerebro había comenzado a hincharse? ¿O fueron los efectos de la falta de sueño? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que dormí más de unas pocas horas? ¿Dos días o tres? No podía recordarlo. Ya no estaba seguro de qué día era.

El dolor localizado en el lugar de la herida se expandió. Al principio por la frente, luego se envolvió por ambos lados y luego hacia el centro. Me dolía el cerebro y sentía como si se hubiera partido en dos. Vi estrellas frente a mí, literalmente. Nunca creí a nadie cuando decía eso, pero en ese momento supe que era verdad. Las estrellas se desvanecieron en puntos de luz perforados en la tela.

Sarah susurró mi nombre, tal vez sintiendo o, más probablemente, dándose cuenta de que algo andaba mal.

Respondí de la misma manera, creo. Sentí el zumbido de su nombre en mi garganta, pero no pude decir si mis labios se abrieron.

—¡Jack! — La voz de Sarah era fuerte, pero apagada, como si estuviéramos bajo el agua. El tono agradable de su voz fue reemplazado por un estruendoso aplauso que contenía cuatro letras: “J-A-C-K”.

—¿Qué diablos está pasando ahí atrás? — La voz de un hombre. El hombre del traje, supuse, sólo porque no había ningún acento. Sonaba confuso, no como si estuviera bajo el agua, sino hablando a través de una boca llena de agua.

La sensación de fuego se extendió por mi cabeza, mientras que el hielo llenó mis venas y congeló mi cuerpo en su lugar. Intenté mover los brazos y no pude. Intenté patear con las piernas, pero se quedaron clavadas en el suelo.

Unas manos delicadas agarraron mis brazos. Sarah, pensé, aunque no pude ver para verificar

que fuera su toque. Sentí el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Necesitamos...— Su voz se desvaneció en las profundidades. —...hospital... —Se fue de nuevo.

Entonces la sensación en mis manos, pies, piernas y brazos desapareció. Una cortina negra colgaba ante mis ojos. El dolor en mi cabeza disminuyó. Pensé que tal vez había muerto.

CAPÍTULO 27

Yo no había muerto. No me llevó mucho tiempo llegar a esta conclusión, lo determiné mientras aún estaba desmayado. Dondequiera que estuviera en ese momento el lugar estaba vacío. Silencioso. Cuando llegara mi momento, estarían las almas de todos aquellos que habían perecido a mis manos. Estarían parados esperándome en un esfuerzo por ser quienes capturaran mi alma. De todas las cosas en la vida, de eso estaba seguro.

Poco a poco, la sensibilidad volvió a mis manos, pies, piernas y brazos. El dolor comenzó en el centro de mi cerebro y se expandió hacia afuera, hinchándose y abarcando mi cabeza, y luego retrocediendo hacia el lugar del corte en mi frente. La cortina negra que cubría mis ojos se levantó. Miré hacia adelante, desenfocado, a través de un velo acuoso.

Un trueno explotó a mi izquierda. —¡Jack!

Parpadeé con fuerza y miré hacia la derecha por la ventana. El auto se había detenido y los altos setos de color verde oscuro, a través de la ventana pintada, bloqueaban cualquier visión posterior.

—¡Jack! —dijo Sarah. —¿Puedes oírme?

Moví mis ojos hacia la izquierda y giré la cabeza hasta que la vi, luego dije —Sí.

Ella rodeó mi cuello con sus brazos. Sentí su mejilla contra la mía, su respiración, caliente y rápida, flotando sobre mis labios. Miré al frente y vi a los cuatro hombres mirándome, con el ceño fruncido y expresiones de horror y confusión en sus rostros.

—¿Qué? —dije.

—Sal, Pablo—dijo el hombre del traje, girándose en su asiento para mirar hacia adelante una vez más. Me miró por última vez y sacudió la cabeza.

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó Sarah.

—Sí, creo—dije. —¿Qué diablos pasó?

Tocó mi frente con una mano suave, limpiándose la sangre. —Empezaste a convulsionar, a temblar. Pensé que habías tenido un aneurisma y que te estabas muriendo.

Forcé una sonrisa. —No voy a ninguna parte.

—Bien. No lo hagas.

Me esforcé por mirar más allá de Pablo y el hombre del traje. Una puerta de hierro negro con curvas y rizos en la parte superior e inferior se abrió y salimos. La luz artificial se apagó y era difícil distinguir el paisaje más allá del camino de entrada. Miré mi reloj. Siete de la tarde. Volví a mirar hacia arriba. La casa se alzaba a lo lejos a unos cien metros más o menos. Charcos de luz adornaban la fachada, proyectados por las luces del jardín espaciadas con precisión en el frente de la casa. El calmante tono naranja rosado del estuco me infundió una sensación de relajación. Aunque sabía que no duraría mucho. Esta fue la última parada antes de lo que vendría. Y estaba seguro de que la siguiente parada no sería más placentera que el ataque que había experimentado.

Pablo se detuvo en el garaje para tres coches y esperó mientras se abría una amplia puerta blanca. Luego detuvo el vehículo. Salió. El hombre del traje azul se quedó y se volvió hacia nosotros. Sacó su arma y apuntó en mi dirección. Los hombres en los asientos del medio bajaron por sus lados del auto respectivamente, luego Sarah y finalmente el hombre del traje y yo al mismo tiempo.

Pablo abrió el camino hacia el interior de la casa. Cruzamos un vestíbulo conectado con el lavadero y luego recorrimos un pasillo corto, de unos tres metros de largo. Nos llevó a la cocina.

Un hombre se paró frente a un frigorífico abierto. Llevaba pantalones cortos color caqui y una camiseta azul. Miró por encima del hombro, dejando al descubierto la mitad de su rostro. Me reconoció al instante, como yo a él. Senador Vernon Burnett.

—Hola, Jack— dijo. —¿Y esta encantadora dama es...?

—Sarah— dijo.

Burnett cruzó la cocina y se detuvo a dos metros de distancia. —Quizás te lleve conmigo, jovencita—. Él le sonrió. Sus ojos se dirigieron hacia mí. La sonrisa se amplió. —Pero tú no, Jack. Ya casi terminaré contigo.

—Entonces termina con esto—, le dije. —Dispárame ahora.

La sonrisa de Burnett se desvaneció un poco. Las comisuras de su boca se separaron y mantuvo los labios entreabiertos. Sus ojos se entrecerraron y sus fosas nasales se dilataron. Algo le afectó, así que pensé que lo mejor que podía hacer era seguir así.

—No tienes agallas— le dije. —¿No?

Él rio entre dientes y me miró de arriba a abajo. —No es necesario, Jack. Cualquiera de estos tipos lo hará—. Levantó una mano con el pulgar extendido y apuntando hacia atrás. —Especialmente Pablo. El hombre, estaba enojado cuando llegó aquí.

—Lo sacaste—, dije, refiriéndome a Pablo mientras mantenía mi mirada fija en Burnett. Me di cuenta de que nadie había querido interrogarlo. Había sido alguien que trabajaba para alguien que trabajaba para Burnett. Nos alimentaron con ese sedal y le compramos anzuelo, sedal y plomo. Se me ocurrió la idea de que tal vez alguien más en altos cargos del gobierno trabajó con Burnett en esto.

El asintió. —Cuando tienes el poder y las conexiones que yo tengo, es fácil que cosas así sucedan.

—¿Quiénes son los otros chicos? — pregunté.

Burnett respiró hondo, me miró durante unos segundos y luego dijo: —Trabajan para mí. Eso es todo lo que necesitas saber.

—¿Qué hay de él? — Hice un gesto con la cabeza hacia el hombre del traje azul. —No se parece a los demás.

—Debes tener a alguien que cuide las gallinas— dijo Burnett. —Reece es su nombre. Es un...—, hizo una pausa y apretó los labios hacia un lado, como si se estuviera mordiendo el interior de la mejilla. —Él está en algún tipo de aplicación de la ley. Lo dejaremos así.

—Corrupto—, dije mirando a Reece a los ojos.

Él me sonrió. —Las cosas que hacemos por dinero, ¿eh?

—Sí— dije, concentrándome en Burnett. —¿Por qué los niños, senador? ¿Por el dinero?

Respiró hondo, lo contuvo un momento y luego exhaló lo suficientemente fuerte como para que el sonido resonara en el pasillo detrás de mí. —Francamente, Jack, eso no es de tu incumbencia.

—Bastardo enfermo— dije.

Él se echó hacia atrás y me golpeó. Podría haberme agachado o movido hacia un lado y

evitarlo. Podría haber entrado y rodear con mi brazo el suyo, rompiéndole los huesos del antebrazo o dislocándole el hombro o el codo. Pero no lo hice. Dejé que su puño conectara con mi mandíbula. El impacto me picó y me envió tambaleándome hacia la pared. Me deslicé al suelo. Se paró sobre mí, con los ojos salvajes y bailando de adrenalina. Cualquier rastro de miedo que el hombre tenía hacia mí desapareció en ese momento. Y eso es exactamente lo que quería que sucediera.

Dos hombres de la camioneta me recogieron y me arrastraron por la casa. Nos detuvimos en medio de un pasillo. Me empujaron contra una pared. Uno de ellos pateó mis piernas hacia un lado y me inmovilizó allí, con mi brazo en alto detrás de mi espalda y su rodilla en mi espalda baja. Vi al otro sacar un llavero con al menos dos docenas de llaves de cobre. Los revisó y luego insertó una en la manija de la puerta. Se desbloqueó con un clic. Envolvió su mano alrededor del pomo y abrió la puerta.

—Tu nueva habitación— dijo el hombre detrás de mí, a sólo unos tres o cinco centímetros de mi oreja. Su aliento contra un lado de mi cabeza era caliente y olía a pescado rancio.

—Está bien, pero no se te ocurra ninguna idea— dije. —No estoy de humor para un trío.

Me agarró del pelo, echó mi cabeza hacia atrás y luego la golpeó hacia adelante. El impacto dejó una abolladura en el panel de yeso y dolió muchísimo. Se las había arreglado para plantar la mayor parte del impacto en el mismo lugar donde me golpeó con la pistola antes en el auto. Me deslicé por la pared del lado izquierdo de mi cara, usando mi hombro para evitar estrellarme.

Dos pares de manos me levantaron. Me empujaron y tiraron, luego me arrojaron a la habitación. Pero no cerraron la puerta. El tipo delgado estaba dentro de la habitación. El tipo más pesado estaba detrás de él.

—¿Está abajo? — Burnett dijo desde el pasillo.

—Está listo para ti—, dijo el tipo flaco mientras entraba a la habitación con el hombre más pesado un paso detrás.

Burnett los siguió y caminó hacia mí. —¿Fácil o difícil?

Logré ponerme de rodillas. Eché la cabeza hacia atrás y lo miré a los ojos. —Jódete—. Dije.

Burnett se encogió de hombros e hizo cara de *me importa una mierda*. Luego me dio una patada en el estómago con el pie derecho.

Me incliné hacia adelante, pero me negué a permitirme derrumbarme.

—¿Fácil o difícil? — dijo de nuevo.

No podía hablar, así que hice un débil intento de escupirle. La saliva salió de mi boca y aterrizó en algún lugar entre nosotros. Unas gotas de saliva cayeron sobre sus zapatos. La mayor parte colgaba de mi labio en mechones y caía desde mi barbilla hasta mi pecho.

—No seas estúpido, Jack—. Burnett retrocedió unos metros y apartó los ojos de mí, que fue lo único que me hizo sentir como si ya hubieran terminado de golpearme. —Levántalo y átaló a la cama.

Los hombres me rodearon los brazos y me arrastraron por el suelo hasta la cama. Los ignoré y vi a Burnett salir de la habitación. Miró por encima del hombro e hizo contacto visual conmigo desde la puerta. Sacudió la cabeza y desapareció por el pasillo.

Los hombres me arrojaron sobre la cama y de inmediato sentí unas pesadas correas alrededor de mis muñecas. Me los apretaron con fuerza y luego hicieron lo mismo con mis tobillos. Finalmente, me colocaron un cinturón de cuero grueso en la cintura y lo apretaron lo suficiente como para tirarme a la cama. Apagaron las luces y abandonaron la habitación, preguntándome qué diablos le estaba pasando a Sarah en ese momento.

Me dolían la cabeza y el estómago por la paliza que había recibido. Intenté desmayarme, pero

no pude.

Una farola de la calle arrojaba largos dedos de luz en la habitación. Se estiraron sobre mi pecho y mis piernas, cruzaron la cama y treparon por las paredes. Conté los segundos para llevar la cuenta del tiempo. Me aburrí después de treinta minutos y cerré los ojos. De alguna manera logré conciliar el sueño.

No desperté hasta que sentí una mano en mi cara, su mano. Burnett sonrió cuando abrí los ojos.

—Hola, Jackie— dijo.

No le devolví el saludo.

—Doce horas— dijo.

Eso respondió a la pregunta de cuánto tiempo había estado dormido. Era medianoche y llevaba más de cuatro horas atado a la cama.

—¿Estás emocionado?

Intenté encogerme de hombros, pero no pude.

—¿Dónde está Sarah? — pregunté.

Él sonrió y luego se lamió los labios. —Ella está bien. Es cooperativa—. Hizo una pausa y arqueó las cejas. —Sí sabes a lo que me refiero.

Apreté los puños y traté de levantar los brazos, pero tuve incluso menos éxito que cuando me encogí de hombros.

La sonrisa se desvaneció de los labios de Burnett y se reclinó, fingiendo una mirada dolida. —Tienes que superar esto, Jack. Tú y yo deberíamos ser amigos. Cuando se trata de eso, hay poca diferencia entre nosotros.

Volví la cabeza hacia la ventana y no dije nada.

Burnett se levantó y cogió algo de la mesa de noche. Tras una inspección más cercana, resultó ser una aguja llena de un líquido transparente. Se inclinó sobre mí y lentamente bajó la aguja hacia mi antebrazo.

—¿Qué demonios es eso? — dije.

Él no dijo nada.

—Burnett— dije. —¿Qué demonios estás haciendo?

Clavó la aguja en mi brazo, golpeó una vena y liberó el veneno en mi torrente sanguíneo. Una sensación de ardor subió por mi brazo y atravesó mi pecho. Se extendió hasta mi cuello y luego a mi cabeza.

Volvió la cabeza para mirarme y dijo —Esto asegurará que duermas toda la noche, Jack. Y mañana te hará cooperar.

Sentí mis sentidos embotados, pero logré responder. —¿Qué pasa mañana?

Se levantó y caminó hacia la puerta, luego se giró para mirarme una vez más. —Lo descubrirás en doce horas, más o menos.

No sabía si apagó las luces o si la cortina de mi cabeza había vuelto a tapar mis ojos, pero la habitación quedó completamente a oscuras.

CAPÍTULO 28

Nos volvieron a colocar a Sarah y a mí en el asiento trasero del auto. Los mismos dos hombres estaban sentados en el asiento del medio, el chico flaco delante de mí y el chico más corpulento delante de Sarah. Supuse que lo hicieron para que el tipo grande pudiera venir hacia mí con impulso detrás de él si le daba suficientes razones para hacerlo. Si lo hubieran colocado frente a mí, tendría que dar la vuelta, dándome la ventaja. Por supuesto, ahora no importaría, no con las esposas aprisionándome.

—Vamos— le dijo Reece a Pablo, quien una vez más se sentó en el asiento del conductor.

Burnett y otro hombre estaban en el coche delante de nosotros. Pude ver la parte superior de tres cabezas pequeñas rebotando mientras el auto avanzaba por el camino de entrada. Supuse que las cabezas pertenecían a Christopher y a la niña. Y otro niño del que no sabía nada.

Condujimos durante veinte minutos. No estaba familiarizado con Miami ni sus alrededores, solo había pasado por allí un par de veces a lo largo de mi vida. Pero estaba seguro de que las zonas por las que conducíamos no eran atracciones turísticas populares. Edificios viejos y desgastados se alineaban en las calles. Una mezcla de razas llenaba las aceras, blancos, negros y morenos. Todos parecían pobres, incluso los que traficaban con drogas, un espectáculo notable para comenzar mis últimas tres horas.

Eran las nueve de la mañana y me había convencido de que a las doce y cinco estaría muerto. Sarah también —supuse— en algún sentido de la palabra. Estaría acostada a mi lado sin pulso ni aliento, o acostada junto a Burnett, con el alma arrancada de su cuerpo. Me pregunté si mataría a uno de los niños, tal vez a dos, dejando solo a su hijo con vida. La única pregunta que tenía era a cuántos hombres podía llevarme conmigo. Eran seis. Ya le había ganado a Pablo mentalmente. El flaco no supondría un problema, ni el gordo tampoco. Solo vi al hombre viajando con Burnett desde atrás y durante unos segundos. No me alcanza para juzgar. Burnett no me asustó. Reece me preocupaba. Tenía algún tipo de entrenamiento militar o policial, lo que significaba que sabía cómo y dónde atacar. También tenía el tamaño y la fuerza de su lado.

Salimos de una carretera de cuatro carriles hacia un complejo industrial. Almacenes de láminas de acero corrugado se alineaban a lo largo de la carretera hasta donde alcanzaba la vista.

Me volví hacia Sarah y hablé por primera vez desde la medianoche.

—¿Estás bien? —dije sintiéndome estúpido porque de todo lo que podía decir eso fue lo que elegí.

Ella asintió.

—No te hicieron daño anoche, ¿verdad? —pregunté.

Sacudió la cabeza, pero su rostro la traicionó. Su labio inferior tembló ligeramente, sólo por un segundo. Sus ojos brillaron. Ella parpadeó y miró hacia otro lado. Supe en ese momento que si le habían hecho algo anoche. De una forma u otra, le rompieron el espíritu. Esperaba que no la

hubieran dañado físicamente.

—¿Qué pasó? — pregunté demasiado alto.

—Cállate— dijo Reece. —O haré que te callen.

El tipo corpulento sonrió y levantó las cejas un par de veces, disfrutando demasiado la idea de atacar a un hombre esposado.

Rocé mi pierna izquierda con la de Sarah. Ella me miró de nuevo, forzando una sonrisa. Asentí a cambio, esperando que ella pudiera leer mi mente. Porque si pudiera, sabría que yo tenía planes de asegurarme de que cada uno de estos hombres pagara por lo que le habían hecho. Pagarían con sus vidas, no sin antes sufrir de mi mano.

Sentí que mi cuerpo tiraba hacia la izquierda y casi me caigo sobre Sarah. El coche giró entre dos edificios y luego volvió a girar. Ahora estábamos detrás de la última fila de almacenes, una extensión de edificios que protegían la parte decrepita de la ciudad de las cálidas aguas del Atlántico. ¿Cuántos niños en esos vecindarios sintieron que no tenían adónde ir y vieron estas aguas como una barrera, olas blancas golpeando contra ellos, manteniéndolos alejados de una vida mejor? La resaca existía únicamente para barrer sus sueños.

Nos detuvimos. Miré entre los cuatro hombres frente a mí y vi que el auto de Burnett también se detenía. Más allá de su coche había un gran camión blanco sin contenedor de carga ni remolque. Burnett salió del auto y caminó hacia el camión. Metió la mano en su bolsillo y buscó por un momento. Sacó su mano y colgó una llave, que insertó en la puerta del lado del conductor del camión. La puerta se abrió y subió a la cabina. Un minuto después, sus pies emergieron y saltó al pavimento. Parecía tener las manos vacías, pero sabía que no había entrado allí sin ningún motivo. Se volvió hacia nuestro vehículo, sonrió y levantó el pulgar hacia Reece.

Reece sacó su teléfono celular y marcó un número. Colocó el teléfono junto a su cabeza y esperó. Sus ojos se movieron y se centraron en el tipo corpulento, y supuse que alguien había contestado el teléfono. —Tráelo— fue todo lo que dijo. Luego guardó el teléfono en su bolsillo y abrió la puerta.

Burnett se encontró con Reece a medio camino y hablaron. Burnett estaba animado mientras hablaba. Reece usó sus manos para protegerse los ojos del sol. ¿Qué tipo de persona en las fuerzas del orden sale sin gafas de sol? Después de unos minutos, Reece regresó al auto.

—Todos salgan— dijo.

Sarah se interpuso entre los dos hombres frente a nosotros. El grandulón la hizo pasar por encima de su regazo para salir. Él sonrió. Ella no lo hizo.

Reprimí la ira que comenzaba a acumularse en mi interior. Tenía que guardarla para el momento adecuado, que seguramente llegaría pronto.

Ambos hombres me alcanzaron y me sacaron del asiento. Me empujaron hacia adelante y luego me empujaron a través de la puerta abierta. Logré torcer mi cuerpo en el camino hacia el suelo y aterricé con fuerza de costado. Mejor que aterrizar de cara, pensé. El fuego se extendió por mi cadera derecha y por un segundo temí que se hubiera roto. Tan pronto como caí al suelo, me levantaron y me obligaron a caminar. Mi cadera no estaba rota, pero me dolía muchísimo.

Reece asumió el mando en ese momento. Envolvió una mano alrededor de mi codo, mientras que la otra sostenía un arma que apuntaba libremente a mi estómago. Me llevó hasta donde estaba Burnett.

—Jack— dijo Burnett. —Me alegra que estés aquí para ver esto.

No dije nada.

Burnett arqueó una ceja y asintió hacia Reece. Reece me soltó y comenzó a caminar hacia la puerta corrediza del edificio. Sacó un juego de llaves de su bolsillo. Se arrodilló frente a la puerta

e insertó la llave en un candado. Se abrió con un fuerte clic. Se metió el candado en el bolsillo, luego levantó la puerta por encima de su cabeza, estiró los brazos lo más alto que pudo y luego empujó una última vez para enviar la puerta encima de la barandilla.

Burnett me dio un codazo en el costado. —¿Qué opinas?

Escaneé el espacio de doce por doce y me encogí de hombros al ver docenas de cajas.

—Quítale las esposas, Reece— dijo Burnett. —Él va a hacer todo el trabajo pesado.

Giré la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha, tratando de descubrir dónde quería que movieran las cosas. El camión no tenía contenedor, y había mucho más aquí de lo que cabía en los maleteros de los vehículos en los que vinimos. A menos que estuvieran planeando viajes múltiples, claro está. Rápidamente saqué ese pensamiento de mi mente. No iban a sacar estas cajas. Burnett era un hombre desaparecido. Lo último que necesitaba era que lo encontraran cargando todas esas cajas, sin mencionar a su hijo, que también estaba desaparecido.

Un motor se acercó por detrás. Su profundo rugido era fácilmente distinguible y muy diferente al del cualquier coche.

—Ese es mi auto de fuga— dijo Burnett con una sonrisa.

Esperé un momento, luego miré por encima del hombro y vi que el barco se detenía y dos hombres saltaban a la acera. Comenzaron a amarrarlo a postes de madera desgastados y astillados. El agua debía ser profunda en ese lugar, porque el barco era grande, de al menos quince metros de largo. Era el coche de escapada perfecto. Media hora más o menos y estarías en aguas internacionales. Libertad, en más de un sentido.

—Pablo— dijo Burnett. —Toma a la mujer y métela en el auto con los niños. Llévalos al otro lado.

—¿Qué estás haciendo con ellos? — pregunté.

—Seguro, Jack— dijo Burnett. —Haz lo que te digo y todo estará bien.

Algo en su sonrisa me dijo que estaba mintiendo. Pero no estaba listo para ponerlo a prueba. Aún no.

El auto arrancó. Me quedé de pie con Burnett, Reece y el tipo pesado.

—Empieza a mover las cajas, Jack— dijo Burnett.

Me preguntaba qué contenían las cajas. No tiene sentido preguntarle a Burnett, él nunca me lo diría. Los malos sólo hacen eso en las películas. Metí el dedo en la cinta que sellaba las solapas de la primera caja que encontré. Metí mis dedos en la pequeña hendidura y los retiré. La cinta se arrancó y una de las solapas se levantó y cayó a un lado. Dentro de la caja, vi fajos de billetes sellados en plástico.

—¿Dinero? — pregunté.

—En esa caja— dijo. Señaló al azar y añadió —Drogas en algunas de las otras. Oro en un par. He estado acumulando estas cosas por un tiempo, ¿sabes? Sabía que podría llegar un momento en que tendría que huir. Ya sabes, si las cosas, uh, me alcanzaban, por así decirlo.

—Vendiste niños— le dije. —Se los robaron a sus padres y los enviaron al extranjero.

—No todos— dijo. —Diablos, algunos de ellos están en mejores situaciones que antes.

—Eso es una tontería y lo sabes.

No hizo ningún intento de rechazarme.

—¿Cómo es posible que un hombre como tú se involucre en esto? — dije.

—Dinero. Poder.

—Tu ya tienes esas cosas.

—Me prometieron más.

—¿Quiénes?

Él rio. —Agente hasta el final, ¿eh, Jack?

—Y según tú, mi fin está cerca. ¿Por qué no me dices quién está detrás de esto?

—No voy a hacer eso, Jack.

—Vamos a atraparlos. Frank seguirá trabajando en esto hasta que todo se derrumbe, derribándote a ti con ello.

—Nunca vas a acabar esto. Es más grande que tú, Frank, o el SIS. Es posible que hagas algunos avances aquí con el FBI y en el extranjero con la CIA, pero te puedo asegurar que tengo hombres en ambas agencias que lo no lo permitirán. Por eso nadie se acercó a nosotros hasta que metiste tu maldita cabeza en el camino.

—No desaparecerá, senador— le dije. —Como la caja de Pandora. Una vez abierta, no hay vuelta atrás.

Burnett se puso de pie y caminó en semicírculos delante de mí. De ida y vuelta, estuvo un minuto sin decir nada. Luego se detuvo y miró más allá de mí, hacia el barco o quizás más allá, hacia un lugar en algún lugar sobre el Atlántico.

—Regresaré, Jack. Eventualmente mi hijo me aceptará como su padre. Una vez que lo haga, bueno, entonces es cuestión de tiempo hasta que haga lo que yo le diga—. Él sonrió y sus ojos se iluminaron. —Entonces será cuestión de regresar al país. Un aviso anónimo será suficiente. Alguien enviará un grupo de fuerzas especiales para rescatarnos. Cuando lleguen hasta nosotros, habré vencido a nuestros captores. Volveré a los EE. UU. como un héroe y habré adoptado al niño al que me hice cercano mientras estaba cautivo. Él me llamará papá, y lo dirá en serio. Pero nadie sabrá la verdad excepto nosotros. Debería ser suficiente para obtener el voto mayoritario.

Negué con la cabeza. —¿Estás haciendo todo esto para obtener beneficios políticos?

Su sonrisa se desvaneció y entrecerró los ojos. Su expresión se volvió bastante seria.

—Estoy haciendo todo esto para hacer de mi país un lugar mejor— dijo.

Me levanté y pateé la caja hacia un lado, luego di dos pasos hacia adelante. Estábamos a sólo treinta centímetros de distancia. La expresión engreída de su rostro se desvaneció y noté que sus brazos y hombros se tensaban.

—Si eso es lo que sucede, mátame ahora— dije.

Él rio, lentamente al principio, pero luego se hizo más fuerte. —Se acerca tu hora, Jack. Primero debes cargar mi bote o la mujer y los niños morirán.

Sentí una mano en mi espalda. Se deslizó a lo largo de mi hombro hasta llegar a mi cuello, momento en el que sentí que mi cuerpo tiraba hacia atrás, lejos de Burnett.

Había más cajas de las que había previsto. La sala se abría a una segunda sala, que contenía aproximadamente la mitad de la carga. Durante dos horas, hice el viaje desde el almacén, a través de la acera, hasta el barco, donde puse las cajas debajo de la cubierta. Reece me apuntó con un arma mientras estaba en el almacén y en la acera. Los hombres del barco me apuntaban con sus armas y se turnaban para bajar conmigo mientras el otro permanecía en lo alto de las escaleras. El proceso se repitió una y otra vez.

Era sólo cuestión de tiempo. Alguien se cansaría, miraría hacia otro lado y haría una mala jugada. Estaba seguro de ello.

CAPÍTULO 29

En la segunda habitación quedaban media docena de cajas. Eran más grandes que las demás, probablemente de un metro con ochenta de largo y un metro de alto y ancho. Me incliné sobre el primero y lo rodeé con mis manos hasta que las puntas de mis dedos rasparon el suelo de cemento. Los deslicé debajo de la caja y comencé a tirar. La maldita cosa tenía que pesar sesenta y ocho kilos. Se me ocurrió que podría haber un cuerpo humano en la caja. El sudor goteó por mi cara y se deslizó por mi nariz, barbilla y mandíbula, salpicando la caja y rodando hasta el suelo.

Escuché pasos desde fuera de la habitación. Dos pares de pasos se acercaron a un ritmo constante. Quizás se había acabado el tiempo.

—Puedes detenerte ahí, Noble— dijo Burnett.

Dejé caer la caja, me enderecé y me sequé el sudor de la frente. Intenté secarme la mano con la camiseta, pero estaba empapada. La humedad del sur de Florida era una mierda si no tenías una cerveza fría a la mano.

—Date la vuelta, Jack— dijo Burnett.

Escaneé la habitación en busca de un arma. Me habría conformado con un bastón en ese momento. Pero la habitación estaba vacía, a excepción de las seis cajas. Y entonces vi algo que me perturbó. Una de las cajas no estaba cerrada con cinta adhesiva. Los extremos estaban doblados uno sobre otro para mantenerlo cerrado. Las dimensiones coincidían con las demás de la habitación. Todos ellos eran lo suficientemente grandes como para meterme allí un poco apretado ya que medía cinco centímetros más de largo.

—Vamos— dijo Burnett. —Extiende los brazos y gira.

Morir en la parte trasera de un almacén situado junto a un gueto de Miami me resultaba muy poco atractivo. Pero si fuera a suceder, preferiría ver venir la bala. Dar la pelea. Levanté los brazos hacia los lados y me detuve a mitad de camino. Me volví lentamente. Mantuve la cabeza baja y los ojos en alto. Le ofrecí una mirada tan amenazadora como pude dadas las circunstancias.

Burnett y Reece estaban afuera de la puerta. Burnett me apuntó con una pistola. Reece sostenía un rifle en su cintura, apuntando libremente en mi dirección. Dio un paso atrás y Burnett me indicó con su pistola que saliera de la habitación.

Pasé por la puerta y vi a Burnett en el camino. —¿Qué hay en esas cajas? —pregunté, preocupado de que tuviera la intención de usar una como mi ataúd.

Burnett se encogió de hombros. —Vamos afuera—. Miró más allá de mí y añadió —Reece, quiero que lo lledes abajo con los demás.

Supuse que la caja no asegurada no era para mí. Al menos no todavía. Caminé por el almacén vacío. Burnett lo siguió. Reece permaneció frente a mí, caminando hacia atrás, manteniendo unos

buenos tres metros entre él y yo. Mi pie golpeó el pavimento. Apuntó con su arma al auto y luego a mí.

—Vete atrás— dijo Reece.

Extendí la mano y agarré la manija de la puerta. Se abrió antes de que yo tirara. Uno de los hombres del barco estaba dentro. En su mano derecha sostenía una pistola.

—No intentes nada— dijo el hombre. —Te dispararé si estornudas.

Hice lo mejor que pude para no parecer impresionado mientras me subía al auto. Tomé asiento y esperé. Unos minutos más tarde, Reece abrió la puerta del conductor y se sentó al volante. Encendió el motor y puso la transmisión en marcha. Avanzamos poco a poco alrededor del camión y luego condujimos lentamente por la acera entre un largo almacén y el océano. Se detuvo donde terminaba el edificio.

—Salgan— dijo. Luego se volvió para mirar al hombre sentado a mi lado. —Llévalo con los demás y regresa caminando.

—¿No nos estás esperando? — dijo el hombre.

—¿Te diría que regresaras si fuera así?

El hombre sacudió la cabeza y extendió los brazos. Me miró fijamente durante un par de segundos y luego dijo —Vamos, hombre.

—Esto no ha terminado, Reece— dije.

Él sonrió y se inclinó hacia mí. —Sí que ha acabado—. Empezó a girar en su asiento y luego se detuvo. —Oh, sí, Burnett tenía un mensaje que quería que te transmitiera.

—¿Qué mensaje?

—Se acabó el tiempo.

Miré mi reloj y vi que faltaban las diez para el mediodía.

Abrí la puerta. Me saludó el sonido de las olas rompiendo contra la barrera de hormigón. Llevaban un ritmo propio. Los pies del hombre tocaron el suelo y su mano golpeó mi espalda. Me empujó hacia el final del edificio. Cuando llegamos, dijo —Gira a la izquierda.

Lo hice y vi a Pablo, el gordo y el flaco, además de Sarah. Estaba de espaldas sobre un coche. Tenía las muñecas atadas con una cuerda. Cuanto más me acercaba, más obvio se hacía que ella había estado llorando.

—Sarah— dije.

Ella miró en mi dirección. Al principio su rostro se arrugó, como si estuviera a punto de empezar a sollozar. Llenó sus pulmones con aire salado y exhaló, aparentemente para estabilizarse.

Me acerqué a dos metros de ella y Pablo me dijo que me detuviera. Desde esa distancia pude ver el interior del auto. Los dos niños estaban en el asiento trasero. Ninguno de los dos era Christopher. ¿Estaban también sus manos atadas? No podría decirlo.

—Los brazos en la espalda— dijo Pablo.

No me moví.

—No hagas esto más difícil de lo necesario— dijo.

Todavía no me moví.

Pablo lo hizo. Me dio un puñetazo en el riñón con la mano izquierda y luego me cogió el brazo. —¿Cómo se siente eso? ¿eh?

No dije nada. Mi cuerpo se inclinó hacia la derecha. El dolor se extendió desde el punto de impacto hasta la mitad de mi abdomen. Tenía mi brazo izquierdo inmovilizado detrás de mi espalda con su yeso y logró rodear mi brazo derecho hasta la mitad.

—Que alguien me ayude— dijo.

El tipo corpulento corrió hacia adelante y plantó una rodilla en mi abdomen. Me sorprendió que lograra levantar la pierna tan alto. La sorpresa dio paso a una momentánea pérdida de control, a pesar de prepararme para el golpe apretando mis músculos abdominales.

Envolvió su mano carnosa alrededor de mi nuca y me levantó por el pelo. —¿Te gusta?

Pablo tenía mis muñecas juntas y atadas con una cuerda. Luché y el nudo se apretó. Me agarró por el cuello y tiró de mí hacia atrás, casi enviándome al suelo. De alguna manera logré recuperar el equilibrio.

Asumí la postura de un luchador, para deleite de los hombres.

Pablo retrocedió unos pasos, su sonrisa se desvanecía un poco con cada movimiento. Se detuvo a unos dos metros de distancia. Levantó su brazo izquierdo y apuntó su arma a mi cabeza. Dos metros. La distancia perfecta. Una distancia mortal. Incluso si me hubieran desatado las manos, aún podría dispararme antes de que pudiera ponerle una mano encima.

—Esto va a ser divertido— dijo Pablo, y una sonrisa volvió a su rostro. —Héctor, ve a ayudar con el auto. Lleva a esa perra atrás con los niños.

Me olvidé de Pablo por un minuto mientras mi atención se centraba en Sarah. Estaba de espaldas al coche, con los hombros caídos y la cabeza gacha. Parecía una mujer derrotada. No me gustó. No era la mirada de alguien que había sido capturado. Todo en ella en ese momento me decía que sabía que estaba a punto de morir.

El tipo corpulento, Héctor, la agarró del pelo. Supuse que eso era lo suyo. Con la otra mano abrió la puerta del coche. Inmediatamente los niños comenzaron a gritar, sus vocecitas surcaban el aire salado y resonaban en las altas paredes de acero y aluminio de los almacenes que nos rodeaban.

Héctor obligó a Sarah a subir al coche. La golpeó dos veces. Ella quedó flácida. Sentí que la rabia subía dentro de mí como bilis, amarga y caliente, lista para vomitar.

—No te muevas— dijo Pablo sin mirarme. El tipo debe haber tenido fe en su tiempo de reacción para quitarme los ojos de esa manera.

No me moví, al menos mis pies. Pero mis manos se pusieron a trabajar dismantelando el nudo que ataba mis muñecas. Estos hombres no eran niños exploradores.

Héctor cerró la puerta de golpe. Las voces de los inocentes quedaron apagadas, al menos por un momento. El tipo flaco metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves. Insertó una en la puerta del conductor y la abrió. Las llaves colgaban de la cerradura, reflejando un pequeño pero brillante rayo de sol. Abrió la puerta del conductor y entró, dejando un pie en la acera. Su delgado brazo se extendió y rodeó el marco de la puerta y recuperó las llaves. Parecía que insertó una en el encendido, pero el auto no arrancó. Un momento después, el tipo salió del auto y cerró la puerta de golpe.

Se unió a Héctor en la parte trasera del vehículo y comenzaron a empujar. El coche empezó a rodar, al principio lentamente, hacia el borde de la acera. Los hombres movieron las piernas. Después de seis metros, Héctor cayó al suelo porque el auto se movía demasiado rápido para que él pudiera seguirle el ritmo. Se revolcó boca abajo y luego se incorporó usando los codos para observar el auto mientras se dirigía hacia el océano. El flaco se soltó y se enderezó. Puso sus manos en sus caderas y arqueó un poco su espalda.

Los tres hombres observaron, petrificados, cómo el coche caía por el borde de la acera y se adentraba en el océano.

CAPÍTULO 30

La cuerda que me había atado las muñecas cayó al suelo. Ninguno de los hombres notó el sonido apenas audible del golpe contra el pavimento. Héctor y el tipo flaco estaban parados al borde de la carretera, a unos pies de donde Sarah y los niños estaban encerrados en una tumba que se hundía. Pequeñas manos golpearon la ventana trasera, el único sonido en un silencio que de otro modo sería inquietante.

Pablo permaneció clavado en su lugar, a dos metros de mí. Esta vez la distancia no fue tan mortal, al menos no para mí, porque Pablo me daba la espalda. Tal vez pensó que era seguro hacerlo, ya que tenía las manos atadas. Fue casi injusto. Pensé en darle una advertencia, pero la descarté tan rápidamente como él despidió a Sarah y a esos niños.

Pasé por el espacio entre nosotros en un segundo. Mi torso se giró hacia la derecha, luego giré con mi hombro izquierdo, tirando de mi brazo derecho con toda la torsión que pude reunir. La cabeza de Pablo giró hacia su derecha, tal vez porque escuchó mi pie golpear el pavimento. Mi puño conectó con su sien. Pablo cayó fuerte, se golpeó la cadera y luego la cabeza con un ruido sordo. Rebotó quince centímetros en el aire y luego volvió a golpear el pavimento.

Localicé la pistola de Pablo y luego a los hombres. Se dieron la vuelta como aturcidos. Al principio se movían a cámara lenta, luego aceleraron el paso. Tenían cerca de treinta metros para cruzar. No les llevaría mucho tiempo, ni siquiera a Héctor con su peso.

Me lancé hacia el arma. El pavimento me raspó el cuerpo y me rasgó la camisa. No me importó. Las heridas podrían limpiarse más tarde. Tenía que alcanzar el arma antes de que me alcanzaran. Mi mano se envolvió alrededor de la pistola y rodé por el impulso. El chico flaco estaba más cerca. Le apunté primero. El tiempo se ralentizó. Vi su largo cabello saltando y moviéndose sobre su rostro con cada paso que daba. Sus rodillas se alzaron y los brazos se movieron hacia adelante y hacia atrás. Apreté el gatillo y le di en el pecho. El impacto de la bala detuvo su torso, pero sus piernas resistieron. Voló hacia atrás y su cabeza se estrelló contra el pavimento. Héctor gruñó mientras intentaba acelerar el paso. Pude tomarme un segundo más para apuntar y esperé hasta que casi me alcanzó. Luego apreté el gatillo. La bala alcanzó a Héctor en la frente. Sus ojos se pusieron en blanco y hacia arriba y su cuerpo se echó hacia atrás, se detuvo y luego cayó hacia adelante. Sus rodillas tocaron el suelo, luego su grueso pecho impulsó el resto de su cuerpo hacia adelante. Un mar carmesí se formó alrededor de su cabeza.

Puse mi mano izquierda en el pavimento. Mi derecha sostenía el arma frente a mí, protegiéndome de cualquier movimiento repentino de los hombres a los que había incapacitado. No tenía ninguna duda de que Héctor estaba muerto. Sus ojos oscuros y sin vida, mirando al frente, me lo dijeron. El flaco yacía boca arriba. Sus ojos apagados y sin vida se fijaron en algún punto más allá de las nubes.

Dirigí mi atención a Pablo, quien en ese momento ya había logrado ponerse de rodillas. Él se

alejó de mí. Me metí el arma en el cinturón y crucé la distancia entre nosotros en uno o dos segundos. Me agaché y puse mis manos a cada lado de su cabeza. Con un movimiento rápido y decidido, le rompí el cuello como si fuera una ramita.

Ya había pasado casi medio minuto y nadie se había acercado para ver qué estaba pasando. En ese momento me di cuenta de que este era el plan desde el principio. Deshacerse de Sarah y los niños y luego dispararme. Los hombres no habían podido completar el trabajo y el resto pagaría. Primero, tuve que salvar a Sarah y a dos niños atrapados en la parte trasera del auto que se hundía.

Corrí hacia el borde de la acera. El coche estaba bajo el agua, pero aún era visible. No me detuve cuando llegué a la barrera invisible entre tierra y mar. Me sumergí en el agua y nadé hacia el auto. Con mi pistola golpeé la ventana trasera hasta que se partió. Lo golpeé unas cuantas veces más hasta que hubo un agujero decente. El agua entró por la abertura e inundó el coche. El agua ahogó los gritos de pequeñas voces. Metí la mano en el agujero irregular de la ventana y comencé a retirar el cristal. Una nube roja se elevó en el agua y flotó junto a mi cabeza. No me importó.

Cuando el agujero fue lo suficientemente ancho, metí la mano y agarré a la niña y a un niño que no reconocí. La chica se retorció y luchó contra mí. El chico estaba quieto, demasiado quieto. El cuerpo de Sarah se retorció. Estaba tratando de ponerse en condiciones de atravesar la ventana rota, pero sus manos atadas se lo hacían difícil. Tenía que llevar a los niños a la superficie rápidamente si quería tener alguna posibilidad de salvarla.

Usé mis piernas contra el auto para impulsarnos a través del agua. Llegamos a la superficie. Mi cabeza estalló y llené mis pulmones privados de oxígeno con un grito ahogado, y la niña también lo hizo. El chico no hizo nada. Su rostro estaba pálido. Los labios eran azules. Miré a mi alrededor, medio esperando ver a alguien al borde de la acera. Me alegro de no haberlo hecho, porque probablemente habrían sido Reece o Burnett. Una escalera oxidada estaba anclada al pilote de hormigón. Arrastré a los niños y empujé a la niña hasta la mitad de la cima. Luego pasé mi brazo izquierdo por un peldaño y comencé a realizarle RCP al niño.

—¡Vamos chico! — grité entre respiraciones. La niña, todavía aferrada a la escalera, gritó lo mismo.

Pasó un momento de tensión y luego tuvo arcadas, tosió y vomitó agua. Sus ojos azules se abrieron de par en par.

—¿Puedes agarrarte a la escalera? — pregunté.

Extendió la mano y agarró la escalera. Su cuerpo se alejó dos o cinco centímetros y luego asintió. —Puedo hacerlo.

Me impulsé del pilote y me sumergí en el agua. El auto se había hundido aún más y ya no flotaba debido al agujero que hice en la ventana. Había llegado al fondo y se había volcado de lado. Nadé hacia la ventana trasera. Vidrios dentados atravesaron la carne de mis hombros y mi costado. Luché contra el dolor y alcancé el cuerpo sin vida de Sarah. Me tomó unos segundos liberarla del asiento trasero y luego pasarla por la ventana rota. Pasé un brazo alrededor de su pecho y nadé hacia arriba.

Aspiré aire mientras mi cabeza atravesaba la superficie. El rostro de Sarah era de un tono azul claro y sus labios eran un poco más oscuros. Esperaba haberla liberado a tiempo, pero su apariencia me dio dudas.

La acerqué hacia la escalera. Los niños estaban en lo alto y sus tímidas voces me instaban con palabras de aliento. Pasé mi brazo por un peldaño nuevamente y usé mis rodillas para sostener el cuerpo de Sarah. Le di unas cuantas respiraciones. No pasó nada. Busqué su pulso,

pero no pude encontrarlo. Tuve que llevarla sobre la acera para comenzar las compresiones torácicas. La coloqué sobre mi hombro y subí aproximadamente metro y medio desde el agua hasta el pavimento y coloqué su cuerpo en el suelo. El agua salpicó el pavimento y el vapor se elevó en el aire. Me arrodillé sobre el cuerpo sin vida de Sarah. No importa cuántas veces lo hice, no pasó nada. Sin aliento, sin pulso, sin tos ni ahogo. El color de su rostro pasó del azul claro al azul oscuro. Su piel se sentía como hielo.

—Policías— dijo el niño.

—¿Qué? — Me levanté y lo miré.

—Sirenas— dijo. —En la distancia.

Si la policía estaba en camino, sabía que Burnett se marcharía, estuviera o no listo. De ninguna manera lo dejaría salirse con la suya.

—Tú— señalé al chico. —Necesito que sigas empujando su pecho como lo estaba haciendo yo. ¿De acuerdo?

—Está bien— dijo.

—Y tú— señalé a la chica. —Tienes que darle tu aliento, como lo hice yo. ¿Está bien?

—Está bien— dijo.

Me levanté, agarré mi arma y comencé a correr hacia el almacén de Burnett. Me detuve y me volví. —Si alguien que no sea yo sale de aquí, corren.

CAPÍTULO 31

Oí hablar a los hombres del barco. Sus voces los ubicaron más allá del borde de un edificio que estaba más cerca del agua que los demás, pero todavía a una buena distancia del almacén de Burnett. Me presioné contra la pared exterior de acero y di un paso hacia un lado, moviéndome lentamente. Mantuve mi arma en alto y lista. Si disparaba, llamaría la atención de todos. Habían esperado los dos disparos de antes. Esas balas estaban destinadas a mí. No responderían bien a más disparos. Me pregunté por qué no se habían movido todavía. ¿No habrían regresado ya los otros hombres? Quizás Burnett anticipó un lapso mientras se deshacían de mi cuerpo. No podía bajar con el auto ya que el objetivo era que yo mirara. Probablemente tenían un plan para llevar mi cuerpo al barco, donde me envolverían con cadenas y las sujetarían a bloques de hormigón. Me hundiría en el fondo del Atlántico, perdido para siempre. La idea me pareció tranquila, de una manera extraña.

Estaba lo suficientemente cerca para escuchar lo que decían los hombres. No formaban parte del círculo íntimo de Burnett. En cambio, los habían contratado para transportarlo. Estos no eran buenos hombres, ni mucho menos. Habían hecho algunas cosas malas en el pasado y volverían a hacerlo en el futuro, si tuvieran la oportunidad. No sentí ningún reparo en matar a ninguno de los dos. Miré por la esquina. Estaban de espaldas a mí a una distancia de un metro. Suficientemente cerca.

Tomé una respiración profunda. El aire salado llenó mis pulmones con un ligero ardor. Miré hacia abajo y por primera vez noté el corte en mi costado izquierdo. Necesitaría puntos, pero puedo arreglármelas por ahora.

Me metí el arma en el cinturón y luego doblé la esquina. Mis brazos se agitaron, arriba y afuera, de la misma manera que un nadador profesional del estilo mariposa atraviesa el agua y aparentemente vuela por el aire. Mis manos rodearon el exterior de sus cabezas, respectivamente. El impulso llevó mis manos hacia adentro, aplastando sus cabezas. Continué deslizándome mis dedos, tomé a cada hombre debajo de su barbilla y los arrastré hasta la esquina.

Dejé que el chico de la izquierda cayera al suelo semiconsciente.

Puse mi mano izquierda alrededor de la cabeza del otro chico. Me paré con él frente a mí, con los brazos cruzados alrededor de su cabeza. Él gimió y trató de hablar. Salió gorgoteado. Saqué mis brazos hacia la izquierda y hacia la derecha, hacia sus posiciones naturales. Su cuello se rompió y su cuerpo quedó inerte.

Miré hacia abajo y vi que el otro tipo había empezado a alejarse arrastrándose. Di un paso, salté y aterricé con el pie en la nuca. Su rostro crujió contra el pavimento. Tal vez se le rompió la mandíbula o su cavidad orbitaria se partió por la mitad. Tal vez el sonido fue el de sus dientes rompiéndose uno por uno. No miré. No me importó. Me agaché y lo tiré hacia atrás por el cabello. Su cuerpo se inclinó debajo de mí, con la cintura en el suelo y la cabeza echada hacia

atrás hasta dejarla detrás de su trasero. Agarré su cabeza con ambas manos y tiré con fuerza hacia un lado. Otro chasquido. Otro hombre que nunca volvería a respirar.

Busqué en sus bolsillos. Uno tenía un cuchillo y el otro una pistola. Perfecto. Metí el cuchillo dentro de una de mis botas. Mantuve una pistola metida en mis pantalones y caminé con la otra delante de mí. A partir de este momento, dispararía a cualquiera que viera menos a Burnett.

Me tomó un par de minutos llegar al almacén. El área estaba silenciosa y vacía. Me detuve frente al camión y me apoyé en la parrilla cromada. Cuerdas elásticas colgaban. Mi pie tropezó con una y el cierre de metal del extremo raspó el pavimento.

Oí un silbido detrás de mí y luego un ruido de pies. —¿Qué estás haciendo, Jack?

Miré por encima del hombro y vi a Reece parado allí.

—Brazos arriba— dijo.

Levanté los brazos a los lados y no dije nada. Esperaba con todas sus fuerzas que jugara el juego.

—Coloca el arma en el capó del camión.

Lo Hice.

—Ahora date la vuelta.

Giré.

Él sonrió. —A Burnett le va a encantar esto—. Dio dos pasos hacia mí, luego se detuvo y luego se inclinó hacia la derecha, como si estuviera mirando más allá de la cabina del camión de gran tamaño. Lo más importante de todo es que dejó de mirarme.

Me subí la camisa con la mano izquierda y agarré la pistola con la derecha. Primero se movió la cabeza y luego el cuerpo. Su brazo fue el último en llegar. En ese momento, ya tenía el arma afuera. Disparé dos tiros. Uno le alcanzó en el hombro; el otro falló y se estrelló contra la pared detrás de él con un ruido sordo.

Intentó levantar el brazo, pero no pudo. Disparó de todos modos. La bala se estrelló contra el pavimento, lanzando trozos de cemento al aire.

Apreté el gatillo nuevamente y lo golpeé en el pecho. Una mancha roja brotó del centro de su camisa. Disparé de nuevo, esta vez dándole en el estómago. Él se inclinó, pero no cayó. Le di un tiro más y le di en la frente. Su cabeza se echó hacia atrás y luego cayó de rodillas y cayó hacia adelante.

Agarré el arma del capó del camión y caminé hacia el almacén abierto. Burnett estaba de pie contra la pared del fondo. Agarró el rifle sobre su pecho.

—No entres aquí— gritó.

—O dispárame o déjalo caer— dije dando dos pasos dentro de la habitación mohosa.

Miedo, odio y rabia se mezclaron en su rostro. No estaba seguro si iba a apuntar o mearse encima. Él no hizo ninguna de las dos cosas.

—Podemos resolver esto, Jack— dijo.

—No, no podemos— dije.

—Hay toneladas de dinero. Puedo dártelo todo.

—Dinero de sangre. ¿El dinero de cuántas almas de niños, senador?

—Esto no tiene nada que ver con eso, Jack.

Me detuve y bajé mi arma.

Dejó caer la culata del rifle hacia el suelo, sujetándola por el cañón con la mano izquierda. Extendió la otra mano y dio un par de pasos hacia adelante, ligeramente doblado por la cintura, tratando de no parecer intimidante, supuse.

—Escucha, Jack, no hay ninguna razón para que tú y yo...

—¿Por qué lo hiciste? — dije.

Hizo una pausa e inclinó la cabeza. —Dinero.

—¿Cuál era tu plan?

Él asintió y miró por encima de mi hombro. —Mi hijo está en el barco. Planeábamos navegar hacia el sur. Refugiarnos por un tiempo y al mismo tiempo, un grupo radical iba a decir que nos habían secuestrado. No hay rescate ni tonterías como esas.

—Este grupo— dije, —¿son estos los hombres a quienes les vendiste los niños?

El asintió. —Al menos uno de ellos.

—OK, entonces ¿qué?

Dio unos pasos más hacia adelante. Se detuvo y tragó. —Después de unos meses volvería a casa. Me golpearían un poco, pero al final conseguiría liberarnos a mí y a mi hijo y salir con vida.

—¿Por qué arrastrar a tu hijo a esto?

—Es la única manera.

—¿El único camino para qué?

Dio otro paso, pero esta vez levanté mi pistola para detenerlo. Levantó la mano y dio un paso atrás.

—La única manera de reunirnos, ya ves— dijo.

—No, no lo veo. ¿Qué quieres decir con reunirse? ¿Tú y Christopher?

—Sí.

Esta vez di un paso atrás. —¿Qué pasa con la basura que me dijiste antes sobre cómo lo adoptarías?

Él sonrió y bajó la cabeza un centímetro. —Mira, hasta donde todo el mundo sabe, yo no lo secuestré, Jack. Alguien lo secuestró y arriesgué mi vida para rescatarlo. En el proceso, a mí también me llevaron. Pero esos bastardos cometieron un desliz y los maté a ellos y nos sacaron con vida.

—Y vuelves a casa como un héroe— le dije. —Y todo el mundo ignorará el hecho de que tuviste una aventura con una mujer hace diez años y engendraste un hijo con ella. Y mientras te secuestraban, alguien vino y la mató.

—Grandes mentes y todo eso.

Escuché el leve sonido de un arrastre de pies detrás de mí. Burnett sonrió y miró por encima de mi hombro. No fue mucho, un segundo, pero me dijo mucho.

Me arrodillé y giré. Vi a un hombre que nunca había visto antes. Él sostuvo un arma y me apuntó. Disparé antes que él. La bala le impactó en el pecho y al impactar cayó de espaldas. Volví a girar y vi a Burnett sosteniendo el rifle con ambas manos, apuntando. Apreté el gatillo y le di en el hombro derecho. Dejó caer el rifle y retrocedió tambaleándose hasta llegar a la pared.

—Hijo de puta— gritó.

Crucé la habitación. Siguió deslizándose por la pared hasta encontrar la esquina. Lo agarré por el cuello y lo tiré al suelo. Luego intentó correr y lo pateé por detrás.

—¡Muévete! — dije.

Se puso de rodillas. La sangre brotó de su herida manchando su camisa y cubriendo su brazo de color carmesí. Hubo maldiciones mezcladas con gritos de dolor. Llegamos a la puerta abierta. Le di una patada por detrás otra vez, enviándolo de cabeza al pavimento. Caminé detrás de él y lo agarré por el cuello por segunda vez. Lo puse de pie y lo empujé hacia el camión.

—Camina— le dije.

—¿A dónde vamos? — preguntó.

—Al camión.

—Jack— dijo. —Te daré cualquier cosa. Lo que quieras.

Estábamos al lado de la cabina del camión. Extendí la mano, agarré su hombro izquierdo y lo hice girar.

—¿Cualquier cosa? — dije.

—Nómbrale. Será todo tuyo, Jack.

—Devuélvele la vida a Sarah.

—Yo... yo...

—Sí, eso es lo que yo pensaba.

Lo empujé contra el costado de la cabina del camión. Su hombro derecho chocó con él y gritó de dolor. Lo agarré nuevamente por el cabello y lo arrastré hasta la parte delantera de la camioneta. La sangre del agujero de bala en su hombro manchaba la fibra de vidrio blanca. Lo empujé contra la parrilla cromada y luego le lancé un gancho en la barbilla. Su cuerpo cayó al suelo.

Había seis cuerdas elásticas sujetas a la parrilla del camión. Eran de varias longitudes, colores y diseños. Los enganché a todos a un lado en una línea recta hacia arriba y hacia abajo, dejando que un extremo de cada uno colgara.

Burnett yacía en el suelo, gimiendo. Me agaché, lo levanté a treinta centímetros del suelo. Lo sostuve allí con una mano, mientras le ataba el primer cordón al hombro. Pasé el cable a través de la parrilla varias veces para apretarlo y luego lo fijé en el otro lado. Saqué su brazo izquierdo y lo aseguré. Luego estiré otra cuerda sobre su cintura, luego sus muslos y pantorrillas. Finalmente, aseguré su mano derecha.

Retrocedí unos pasos y sonreí ante mi obra. Estaba fijado a la parrilla del camión, con los brazos extendidos, las piernas juntas y los pies elevados del suelo.

—¿Qué diablos estás haciendo, Jack? — dijo por vigésima vez.

Esta vez le respondí. —Una cosa que su investigación no le dijo sobre mí, Senador. Yo mato del mismo modo.

—¿Qué?

Lo ignoré, rodeé el costado del camión y me subí a la cabina. Una vez al volante, encendí el gran motor diésel y rugió como una manada de leones levantándose para cazar. Miré a mi alrededor, pero no vi lo que necesitaba dentro del camión, así que escaneé el área alrededor de los edificios. Vi un bloque de cemento y supe que funcionaría para mis propósitos. Salí y corrí hacia el bloque. Burnett me observó durante todo el camino de regreso. Esta vez no dijo nada.

Salté de nuevo a la cabina y puse la camioneta en el primer cambio. Se puso en movimiento y lo dirigí formando un semicírculo, luego lo enderecé para que nos alejáramos de los niños y del cuerpo de Sarah. Llevé el camión a una velocidad constante y abrí la puerta. Me quedé en la puerta abierta, con una mano en el volante y la otra en el bloque de cemento. Dejé caer el bloque sobre el acelerador y salté al cemento. Mi cuerpo se estrelló contra el suelo con fuerza. Estaba seguro de que tenía algunos rasguños nuevos y posiblemente un hueso roto. Sin embargo, el sonido de los gritos de Burnett elevándose por encima del viejo motor diésel hizo que valiera la pena. Rodé demasiado y casi caí al agua por el borde. Me puse de pie y seguí el camión con la vista.

Su camino lo acercaba cada vez más al borde, pero había otro edificio que sobresalía más que los demás. En este punto, era una incógnita si golpearía el edificio o se hundiría en el océano. Observé con mayor anticipación. El camión se había desviado lo suficiente como para que, si golpeaba el edificio, Burnett no se estrellara contra el exterior de acero. Finalmente, el camión

pasó y se acercó poco a poco al borde de la carretera. Veinte segundos después, el primer neumático cayó por el borde y luego el siguiente. Finalmente, el gran camión se tambaleó en el borde, raspando el pavimento y lanzando chispas al aire. Y luego se acabó. La parrilla entró primero y se lanzó hacia el fondo.

Me di vuelta y me dirigí hacia los niños y el cuerpo de Sarah. Me detuve en el barco y llamé a Christopher. El chico subió a cubierta. Le dije que todo estaba bien. Lo ayudé a bajar del barco y lo cargué por el tramo de pavimento entre los almacenes y el océano.

Llegamos a los niños y al cuerpo de Sarah como lo hicieron los policías. Todos los ojos se posaron en mí y sus armas me siguieron.

Dejé al niño en el suelo y luego levanté las manos. —Mi nombre es Jack Noble— dije. —Soy un agente federal. Me quitaron la billetera, pero si llamas a Frank Skinner, él te proporcionará toda la información que necesitas—. Les di el número para comunicarse con Frank.

Me dijeron que me quedara quieto, pero no lo hice. El niño señaló el cuerpo de Sarah, que todavía yacía en el pavimento. Su piel estaba pálida y sus labios ya no eran azules. Su pecho subía y bajaba con una cadencia incómoda. Ella estaba viva.

CAPÍTULO 32

Para las cuatro de la tarde Frank tenía un avión privado esperándonos en un aeropuerto ejecutivo al norte de la ciudad. Me quitó a la policía de encima y de alguna manera logró que nos escoltaran, primero al hospital y luego al aeropuerto una vez que Sarah fue dada de alta.

Me preocupaba que ella no pudiera regresar con nosotros. Todavía estaba inconsciente cuando la subieron a la ambulancia y existía la posibilidad de que hubiera sufrido algún daño cerebral. Los niños habían seguido trabajando en ella después de que yo me fui a buscar a Burnett. No se dieron por vencidos y ella salió adelante.

Doc. tuvo que mover algunos hilos para sacar a Sarah del hospital, incluido aceptar que una enfermera viajera nos acompañara. Era joven, bonita y amable con Sarah y los niños. Le dije que no necesitaba ninguna atención. Ella me miró de arriba abajo con ojos inquisitivos, pero accedió a dejarme en paz.

Me quedé dormido en menos de cinco minutos después del despegue y no me desperté hasta que aterrizamos en las afueras de Washington.

Frank fue el primero en saludarme cuando bajé del avión.

—Vamos a volar las puertas de esto— dijo.

Asentí, escaneando el estacionamiento para ver si había algún padre esperando.

—Trabajando en una orden judicial para la oficina de Burnett, su casa, su coche y cualquier otra cosa que podamos conseguir.

—Está muerto— dije.

Frank asintió. —Vamos, Jack, hablaremos de eso más tarde.

—¿Qué pasa con los niños? ¿Dónde están sus padres?

—Primero los llevaremos de regreso a la sede.

Dos todoterrenos negros esperaban al borde de la pista. Los niños viajaron en uno, Frank, Sarah y yo en el otro. La enfermera nos acompañó.

—¿Puedes llevarme a casa? — preguntó Sarah.

—No— dijo Frank. —Dejaremos a la enfermera en Dulles y luego te llevaremos de regreso a nuestra oficina. Te vas a casa cuando el doctor te dé el visto bueno.

Y lo que no dijo fue que cuando la absolvimos, tuvo que ser interrogada y tuvo que firmar un montón de formularios que esencialmente hacían ilegal que ella hablara sobre cualquier cosa que hubiera sucedido desde que nos conoció.

Tardaron dos horas y media en llegar a la oficina. El tráfico era una mierda. Pero nos dio tiempo para traer un par de agentes especiales del FBI a nuestra oficina.

Los agentes especiales Duncan y Bishop nos recibieron en el vestíbulo. Trabajé con Duncan en algunas ocasiones. Había dado la vuelta a la manzana unas cuantas veces, por decir lo menos.

Cuando vio a los niños entrar por la puerta, sonrió.

—Casi treinta años después— dijo. —Nunca te cansas de un final feliz.

Bishop era nuevo y joven y parecía recién salido de la facultad de derecho. Él sonrió nerviosamente y preguntó a dónde debía llevar a los niños para comenzar el proceso de reunirlos con sus padres.

Frank los llevó a una sala de interrogatorios.

—El niño se queda con nosotros— dije.

Duncan frunció el ceño. —Sabes que esto no es así como funciona, Noble.

—Conocemos a su madre. Sería mejor si hiciéramos esto en persona. Puedes venir con nosotros. De hecho, me gustaría que estuvieras allí. Un policía también.

Ladeó la cabeza y Frank también.

—¿Qué está pasando, Jack? —dijo Frank.

—¿Por qué no nos vamos ahora? —dije.

Los hombres estuvieron de acuerdo. Duncan consultó con Bishop y se aseguró de que su compañero más joven pudiera cuidar a los niños solo.

El tráfico había disminuido y tardó menos de media hora en llegar a la casa de Tammy Nockowitz. Frank se detuvo en el camino de entrada. Esperamos dos minutos más hasta que llegó un policía local. Nos encontramos con el policía al final del camino de entrada y le pedí que vigilara al niño durante unos minutos mientras hablábamos con la madre.

Frank llamó a la puerta y dio un paso atrás. Tammy abrió la puerta, nos miró a los tres allí parados y luego pareció que iba a llorar.

—¿Qué pasó? —dijo.

—Tammy— dije. —Christopher está bien.

Ella cayó de rodillas y lloró.

—Su padre está muerto—, dije.

Ella se balanceó sobre sus talones y nos miró. Se mordió el labio inferior. El rímel le manchó la cara. Se secó las mejillas con las palmas y luego se pasó mechones de pelo suelto detrás de las orejas.

—¿Cómo? —dijo.

—Parte de eso es clasificado— dijo Frank. —Y hasta que pase por los medios adecuados, no podemos discutirlo.

Ella se levantó del suelo. —¿Dónde está mi hijo? ¿Cuándo podré verlo?

—En un minuto— dijo Frank. —Jack, ¿quieres que esto siga?

Me aclaré la garganta y di un paso adelante para estar justo frente a ella. Quería mirarla a los ojos. Tenía que ver la expresión de su cara.

—¿Por qué aceptaste eso, Tammy?

Una mirada confusa cruzó su rostro y sacudió la cabeza. —¿Qué?

—Ésta es tu oportunidad— dije. —Dinos ahora y veremos qué podemos hacer por ti.

—No sé de qué está hablando, señor Noble.

Di un paso atrás, fingiendo sorpresa. —¿Como sabes mi nombre? — Miré a Frank. — Nuestros nombres nunca fueron revelados, ¿verdad?

—No— dijo Frank con una mirada confusa.

—¿Tammy? —dije.

Frank puso su mano sobre mi hombro y se inclinó hacia mí. —¿A qué te refieres?

—Tammy y Burnett nunca dejaron de verse. ¿No es así, Tammy?

No se me ocurrió hasta que llegamos al avión que Tammy había estado involucrada en esto

desde el primer día. Ella pensó que Burnett volvería por ella, pero en realidad, estaba tratando de matarla una vez que se dio cuenta de que nos había contado demasiado.

Ella sacudió su cabeza. —No, te equivocaste. Sí, tuvimos una aventura, pero eso fue hace diez años, solo eso. Quedé embarazada y se lo dije, y él no quería tener nada que ver con Christopher y yo.

La mirada estaba ahí. Engaño. Burnett no estaba hablando de reunirse con Christopher. Nunca habían estado juntos, anulando así la oportunidad de reunirse. Se refería a Tammy. Y, aun así, en realidad no se refería a una reunión. El caso es que nunca habían dejado de verse. Claro, él no estaba involucrado en la vida de Christopher, pero la aventura que había tenido con la madre del niño se había prolongado durante una década.

—No, él no quería que el público supiera sobre ti y Christopher, pero aun así quería tener algo que ver contigo. Verás, estar casado y tener un hijo con otra mujer habría sido un suicidio político para Burnett. Continuar viendo esa mujer mientras permaneciera casada, bueno, él podría descartar cualquier posibilidad que tuviera de ser algo más que alcalde en una ciudad con una población de tres personas. Y no estaba dispuesto a correr ese riesgo hasta ahora.

—No, no, no — dijo. —Entendiste todo mal.

—¿Por qué lo hiciste? — dije.

Ella sacudió su cabeza. —No hice nada.

Mi voz se convirtió en un grito. —¿Por qué le permitiste llevarse a tu hijo?

—No lo hice.

—Lo preparaste para que Pablo te golpeará en la cabeza. Demonios, incluso te cortaron un poco, ¿no? Pablo no trabajaba para los chicos de la casa. Trabajaba para Burnett. Lo vi allá en Miami—. Me detuve y la miré fijamente. Cuando ella no habló, continué. —Dejaste que Burnett se llevara a tu hijo y luego, después de que lo rescatamos, dejaste que se lo llevara de nuevo.

—No— dijo ella. —No dejé que se lo llevara de nuevo. Por eso me hizo salirme del camino. Le dije que no lo volvería a hacer.

—Otra vez—, repetí. —Saliste de la cena con Christopher, pero cuando llegaron los paramédicos, él no estaba en el auto. Incluso dijeron que, si lo hubiera estado, habría muerto.

Se cubrió la cara con las manos y sollozó profundamente.

—Duncan— dijo Frank. —¿Por qué no la llevas al auto por nosotros?

Duncan entró y colocó las manos de Tammy a sus costados y luego frente a ella. Le puso esposas en las muñecas y la guio por el codo.

Ella se detuvo y me miró por encima del hombro.

—Quería tener una familia, Jack. Dijo que Christopher estaría bien la primera vez. Lo tratarían bien.

—No lo hicieron— dije. —Lo encontré en un pozo de tierra excavado en un sótano.

—Y no quería que esto volviera a suceder— dijo. —Por eso estaba tratando de hablar contigo en la cena. Podrías haber evitado todo esto.

Sacudí la cabeza y no dije nada. Ya terminé con ella. El FBI podría encargarse a partir de ahí.

Frank le dijo a Duncan que esperara mientras hablaba con el oficial de policía. El oficial accedió a llevarnos a Christopher y a mí de regreso a la sede del SIS, mientras Frank y Duncan escoltaban a Tammy Nockowitz a la cárcel.

CAPÍTULO 33

Me dieron una semana libre para descansar el cuerpo y despejar la cabeza. Pasé la mayor parte del primer día en la cama, durmiendo cerca de dieciséis horas, luego me levanté y volví a la cama después de sólo cuatro horas de consumo de alcohol. No recuerdo qué soñé, pero esa noche me despertaba cada pocas horas, empapado en sudor, con la abrumadora sensación de que me había estado ahogando. Se me pasó por la cabeza la idea de que había empezado a sufrir un trastorno de estrés postraumático, pero lo descarté. Había visto y pasado por cosas mucho peores que los acontecimientos de la semana pasada.

Al día siguiente conduje hasta el norte de Virginia y me detuve en la estación de bomberos de Sarah. Los chicos de allí me dijeron que ella estaría de baja por un par de semanas. Convencí a uno de ellos para que me diera la dirección de su casa.

Conduje hasta su edificio de apartamentos y estacioné frente a la entrada principal del edificio en el que se encontraba su unidad. Me tomé mi tiempo para subir los tres tramos de escaleras que conducían a su puerta. Pensé en qué decirle. Unas veinte líneas iniciales pasaron de ganadoras a perdedoras en el lapso de dos minutos. Al final, me decidí por *hola*. Pensé que ella lo entendería.

Llamé a la puerta. Pasó un minuto sin respuesta. No me había molestado en mirar por la mirilla, así que no estaba seguro de si no había nadie en casa o si alguien miró por la mirilla, me vio parado allí y decidió no contestar. Después de otra ronda de golpes, una mujer que no reconocí abrió la puerta.

—¿Sarah está aquí?

Ella sacudió su cabeza.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Se fue ayer. Dijo que iba a casa a ver a sus padres.

—¿Dónde está su casa?

La mujer me miró como si estuviera loco y empezó a cerrar la puerta.

—Espera— dije.

Se detuvo y arqueó las cejas con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Puedes decirle que Jack vino?

—Oh— dijo ella. —¿Eres Jack Noble?

Asentí.

—Espera aquí.

Esperé.

Regresó con un sobre. —Esto es para ti.

Tan pronto como agarré el sobre color crema, cerró la puerta de golpe. Esperé fuera del apartamento durante unos minutos, escuchando si había voces en el interior. No escuché nada y

decidí irme.

Me senté en mi auto durante cinco minutos, mirando el sobre que tenía mi nombre escrito en el frente. Lo abrí y saqué una hoja de cuaderno doblada. Leí atentamente las palabras que Sarah había escrito para mí.

Jack,

Nunca he conocido a un hombre que me excitara como tú. Cuando estaba cerca de ti, sentí que podía hacer cualquier cosa. Lograr cualquier cosa. Ser cualquier cosa. Al principio me sentí como si estuviera en una película de acción. Tú eras el héroe y yo era la mujer que se mezcló en tu peligroso mundo.

Pero, como todas las heroínas inteligentes, recobré el sentido. No puedo estar con un hombre como tú. El trabajo que tienes y los riesgos que corres, es demasiado para mí. No importa cuánto lo intente, no puedo imaginar un futuro contigo como parte de mi vida.

Por favor, no intentes encontrarme, Jack. No busques a mis padres. No vuelvas a mi apartamento. No vuelvas a la estación de bomberos. Creo que sería mejor que simplemente te olvidaras de mí.

-S.

En cierto modo, casi lo esperaba. Sarah había pasado por muchas cosas y era culpa mía. Creí que incluso si hubiéramos empezado a vernos, ella habría guardado algún resentimiento hacia mí por lo que le pasó en Miami. Una parte de mí había querido decirle lo mismo a ella, pero al final, mi deseo por ella había prevalecido. Y ahora nunca sabría si habría habido un futuro para nosotros juntos.

Abrí la puerta del auto, moví las piernas y las dejé en el pavimento. Saqué un encendedor de mi bolsillo y lo encendí. La llama flotó debajo de la carta por un momento, luego el papel estalló en llamas. Lo sostuve frente a mí hasta que el fuego rozó la punta de mis dedos y dejé que la bola de llamas cayera al suelo y la observé hasta que no fue más que ceniza negra. Lo apagué con un pisotón por si acaso y luego dije —Adiós, Sarah.

El alcohol me ayudó a pasar la noche. Logré dormir siete horas ininterrumpidas. Al día siguiente conduje hasta la sede del SIS. Frank salió de su oficina cuando me vio entrar al vestíbulo.

—¿Jack? — dijo él. —¿Qué diablos estás haciendo aquí? Se supone que debes estar descansando.

—Me aburrí— dije.

—Vamos, sentémonos en mi oficina por un momento.

Lo seguí hasta su oficina. Cerró la puerta y luego rodeó el escritorio y se sentó frente a mí.

—Burnett no sólo estuvo involucrado en esto— dijo.

—¿Oh sí?

—El hijo de puta lo planeó. Tenemos todo. Registros de cada envío. Nombres de los niños. Nombres de proveedores y compradores. Regresé de montar la maldita operación más grande de la que jamás hayas oído hablar. El FBI y las autoridades locales por todas partes de Estados Unidos. La CIA está ayudando a nivel mundial. Incluso conseguimos que se unieran las Fuerzas Especiales de todas las ramas. Los traeremos a casa, Jack. Todos los niños volverán a casa.

—Son muchas llamadas telefónicas felices— dije.

Frank se inclinó hacia delante. Entrecerró los ojos y dijo: —¿Qué está pasando? Pensé que estarías emocionado.

—Lo estoy— dije.

—¿Entonces que pasa?

—No puedo superar el hecho de que Sarah casi muere y que todo fue culpa mía.

Frank negó con la cabeza. —No puedes culparte. Además, ella salió bien. Algunos dirían que, si no hubieras estado allí, ella habría muerto.

—Ella no habría estado allí si no fuera por mí.

Frank se encogió de hombros.

—Ella no quiere hablar conmigo.

Él asintió. —A veces eso sucede.

Asentí en respuesta.

—Oye— dijo Frank. —¿Por qué no diriges esta operación? Hiciste tanto para derribarla que tiene sentido que...

—Ya terminé, Frank.

Su cuerpo se enderezó, como si le hubieran clavado un cuchillo en la espalda baja. —¿Qué?

Saqué mi identificación y mi placa y los coloqué sobre su escritorio. Sus ojos siguieron mis brazos extendidos y se posaron en los objetos que había puesto frente a él. Saqué mi pistola de su funda y la coloqué junto a mi identificación.

—Jack— dijo. —¿Por qué no piensas en esto por un tiempo? No tienes que hacerte cargo de la operación. En lugar de eso, tómate unas vacaciones. Demonios, has estado conmigo durante más de dos años y estos últimos días son el único momento que has descansado.

Negué con la cabeza. —He terminado—. Agarré los brazos de la silla y me levanté, luego abrí la puerta y entré al vestíbulo. Crucé la habitación y me detuve a medio camino. Me volví y miré hacia atrás, primero a mi oficina, vacía y oscura, y luego a Frank, que estaba de pie en la puerta abierta. La expresión de su rostro era de dolor y confusión. Había visto esa mirada varias veces, generalmente cuando salía de algún lugar o de alguien. En este caso, estaba haciendo ambas cosas.

Caminé por el corto pasillo y me detuve frente a la puerta que conducía al garaje. El ventilador del techo se puso en marcha, un ruido feroz que se convirtió en un zumbido después de unos segundos. Agarré la manija de la puerta y comencé a girarla.

—Espera— me llamó Frank.

—¿Qué? — dije sin darme vuelta.

—El presidente quiere reunirse con nosotros la próxima semana.

—No, gracias—. Abrí la puerta y entré al garaje. La puerta se cerró de golpe detrás de mí. Supuse que se abriría de nuevo antes de llegar a mi auto. No fue así.

Pasé unas horas en la avenida que rodeaba Washington, mientras el tráfico era ligero, buscando un momento de claridad. No logré encontrar ninguno.

Más tarde esa noche me senté solo en mi apartamento, bebiendo. Frank llamó varias veces. Respondí una vez y le dije que no viniera. Entonces el teléfono volvió a sonar después de que le dije que me dejara en paz. Respondí, listo para gritarle por acosarme.

—Es Oso.

No dije nada.

—¿Qué diablos pasó, hombre? Los chicos dicen que algo grande pasó con un senador y que tú estuviste en el centro de todo. ¿Cuál fue el problema?

—No creo que se me permita decirlo, al menos no todavía. Definitivamente no por teléfono.

—¿Estás bien?

—Estaré bien.

—Está bien— dijo. —Sólo quería saber cómo estás.

No dije nada.

—¿Supongo que te llamaré en una semana o dos?
—Dejé mi trabajo— dije.
Oso no dijo nada.
—¿Todavía estás interesado en hacer negocios juntos?
—Sí— dijo.
—¿Cuánto falta para que salgas?
—Me faltan tres meses y luego seré un hombre libre. No más Marinos. No más CIA.
—Nos vemos en Key West.
—¿Cuándo?
—Cuando ya no seas el hijastro demasiado grande del gobierno.
Él rio entre dientes. —¿Dónde te encontraré?
—Estaré sentado afuera de un bar.

La historia continúa en Línea Borrosa. Continúe leyendo un extracto del libro.

<https://links.ltryan.com/linea-borrosa>

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, The Recruit. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

<https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all>

LÍNEA BORROSA: CAPÍTULO 1

31 DE DICIEMBRE DE 2006

—El nombre del objetivo es Brett Taylor y esta será su tarea más difícil hasta el momento.

Frank Skinner colocó la carpeta azul frente a mí, abierta por el historial de servicio de Taylor. Un clip sujetaba una pequeña fotografía en la parte superior izquierda de la carpeta. Una foto de un rostro esculpido en piedra, con ojos que dejaban entrever un corazón hecho de hielo. Leí el archivo y luego volví a mirar la imagen. Bien podría haberme estado mirando en un espejo. Había algunas similitudes entre el objetivo y yo. Físicamente éramos idénticos: 1,88 metros, 99 kilos. Ambos nos alistamos en el ejército a la edad de dieciocho años. Él entró en el ejército; yo me convertí en Infante de Marina. Ambos habíamos sido seleccionados para una asignación especial durante el campo de entrenamiento.

Pasé a la página siguiente. Estaba en blanco. Todas y cada uno de las que siguieron también lo estaban. Sólo había unas pocas razones para ello.

—No estoy bromeando, Jack— continuó Frank. Se levantó del escritorio y rodó hacia atrás. Una rueda oxidada chirrió hasta que su silla chocó con la pared con un ruido sordo. —Este tipo te hace parecer un osito de peluche. Mientras tú jugabas con las puertas de vigilancia de la CIA en Bagdad y todo eso, Taylor estaba realizando operaciones encubiertas tan insidiosas que cualquier registro que indicara que alguna vez se había pensado en ellas ha sido incinerado. Cuando estabas jugando al agente antiterrorista conmigo, él estaba derribando a los líderes de las células antes de que supieran que querían hacer estallar algo. Él es el arma definitiva del gobierno. Y tengo entendido que últimamente aquellos hostiles a los intereses de la Nación no eran sus únicos objetivos.

Levanté la vista de los documentos y me encontré con la mirada de Frank. Sus ojos oscuros no vacilaron. Quizás vi miedo. Cada vez que teníamos una de estas reuniones, Frank parecía serio. Los labios, la nariz, la mandíbula, las cejas, todo podía manipularse. Pero su tono y sus gestos transmitían más preocupación de la que jamás había visto en él. Y teníamos una historia que se remontaba a casi cinco años atrás, al verano del 2002, cuando él me había seleccionado personalmente para unírmele como su socio en el SIS. Juntos, nos habíamos enfrentado a hombres que no tenían en cuenta el bienestar de los demás; tantos que la lista de Frank parecía la parte trasera de una caja de cereales.

¿Qué tenía de diferente Brett Taylor?

—¿Puedes dar algún ejemplo?

Frank se reclinó en su silla y colocó ambas manos detrás de su cabeza temblorosa. —Sabes

que no puedo hacer eso.

—¿Una pista, entonces?

Frank no dijo nada. Se mordió el labio inferior, señal de que estaba considerando revelar más de lo que debía. Tuve que presionar.

—Diablos, dame un país, Frank. Puedo tomarlo desde allí.

Para tipos como nosotros, los titulares de las noticias parecen un *Quién Hace Qué* en la comunidad de espionaje y asesinos. Nunca nada estuvo tan ordenado como lo hacían parecer en los periódicos y en la televisión.

Frank negó con la cabeza. —No puedo hacerlo. Al menos no todavía. Si vives para terminar el trabajo, luego hablaremos.

Cerré la carpeta y se la empujé a Frank. —Nada más que un montón de páginas en blanco ahí dentro.

—Eso es para dejar claro un punto.

—¿Cuál?

—No subestimes a este tipo. Cada una de esas páginas en blanco, y hay al menos cincuenta, podrían llenarse con detalles de las tareas que este tipo ha completado.

—Lo entiendo. Es un tipo rudo. Jesús, Frank. ¿Cuánto tiempo llevo haciendo esto?— Me levanté y empujé la silla a un lado con la pierna, luego me recosté contra la pared de cristal y metí las manos en los bolsillos. El vidrio se sentía frío contra el dorso de mis brazos.

Frank permaneció en silencio. Los gruesos músculos de la mandíbula se ondularon en las comisuras de su rostro mientras me miraba fijamente. Había muchas cosas sobre Taylor y su trabajo que no estaba dispuesto a compartir. O se le había prohibido revelarlo. Por momentos las cosas funcionaban así. Todos nos acostumbrábamos. Y fue beneficioso. Cuanto menos sabía sobre un objetivo, más fácil era completar la tarea. Cuanto menos supiera Frank, menos culpa tendría por entregármelo. Operé con el entendimiento general de que, si una agencia gubernamental aprobaba una orden y me enviaba a la puerta de alguien, había una razón bastante buena. La justicia que me enviaron a hacer cumplir fue rápida y, en general, misericordiosa.

Todos deberíamos tener tanta suerte.

Entonces, Brett Taylor, mientras prestó servicios a su país durante más de una década, debe haber hecho algo bastante atroz para que yo estuviera sentado frente a Frank, mirando un registro de servicio en blanco.

Me senté, puse el brazo sobre el escritorio y me incliné hacia adelante. —¿Dónde y cuando?

—Nueva York— dijo. —Brooklyn. Cerca del Parque Prospect. Debe regresar dentro de diez días, el martes nueve.

Tenía un lugar en Nueva York. También algunos amigos. Pero sería mejor que no supieran que vendría a la ciudad. No por algo como esto.

—¿Conoces su itinerario? — pregunté.

—Aún no, pero lo conseguiremos.

—¿Está ahora en Estados Unidos?

—Está llegando del extranjero.

—¿De dónde?

—No estoy seguro todavía.

—Haré que Oso lo siga.

Frank apretó los labios con tanta fuerza que se pusieron blancos. Nunca había sido fanático de mi compañero, Riley "Oso" Logan, cuyo apodo le sentaba bien al chico en más de un sentido. El gran hombre y yo habíamos sido mejores amigos desde el campo de entrenamiento. Después

de que dejé el SIS, empezamos nuestro propio negocio. Le confié mi vida y no me importaba lo que pensarán mis contactos. Oso lo hizo solo y obtuvo resultados. Éramos un gran equipo.

Mejor de lo que Frank y yo fuimos alguna vez.

—Él está dentro— dije. —O me voy.

Frank respiró profundamente unas cuantas veces y luego asintió. —Me aseguraré de que tengas la información del vuelo a tiempo. Estoy esperando detalles adicionales de las oficinas de Taylor, residencias, etc., en caso de que haya alternativas. Los enviaré por fax tan pronto como los reciba. Mientras tanto, limita la cantidad de fuentes a las que contactas. Como puedes imaginar, si se filtra algo de este perfil, todos caeremos.

—Entiendo—. Me levanté, giré, agarré la manija de la puerta y la abrí unos centímetros. El aire de la ventilación superior pasó por mi lado por el camino de menor resistencia.

Dale una oportunidad más, pensé.

Dejé que la puerta se cerrara y me di la vuelta. —¿Qué hizo este tipo?

Frank desvió su atención hacia el monitor de su computadora y sacudió la cabeza.

—Vamos, Frank. Sólo entre tú y yo.

Una risa solitaria se escapó de sus labios fruncidos. Movié el ratón sobre un panel cuadrado gris e hizo clic en los botones izquierdo y derecho. —Sabes que a veces la gente termina en estas listas debido a conversaciones que van demasiado lejos. Si digo algo más, será alguien como Brett Taylor visitándonos a los dos.

—Me parece bien—. Le di la espalda.

—Jack.

No miré atrás. —¿Sí?

—Deja esto quieto y tal vez te cuente todo con una cerveza o tres. Mientras tanto, feliz año nuevo.

LÍNEA BORROSA: CAPÍTULO 2

Ubicada en la Calle 4ta entre la Avenida 6ta y 7ta, la casa de piedra rojiza de cinco pisos se alzaba como ruinas erosionadas en medio de los edificios renovados de los alrededores. El propietario había recibido múltiples ofertas de compra por sumas razonables, pero se había negado a vender. El edificio tenía demasiado valor para él. Presumiblemente a Brett Taylor no le importaba que el edificio estuviera en ruinas, o que nueve de los diez apartamentos del interior coincidieran con el tosco exterior. Supongo que todo lo que necesitaba existía en ese décimo apartamento prístino.

Entre Frank y una de mis fuentes, tenía una historia de cinco años sobre el edificio, así como los matices de la vida cotidiana dentro de sus muros.

Cuando el bloque no mostró actividad humana, crucé la calle y entré a la fuerza dentro de la casa de piedra rojiza. Una combinación de excrementos humanos, sudor, moho y humo de cigarrillo me azotó y casi me atraganté con el abrumador hedor. Después de unos momentos me adapté y luego continué pasando el vestíbulo de la entrada, que se bifurcaba en dos, un pasaje que conducía al este y el otro al oeste.

El primer piso tenía cuatro apartamentos. Por lo que parece, las personas sin hogar ocupaban estas unidades cuando Taylor no estaba allí. Lo mismo con las dos unidades del segundo piso. Los pisos cuarto y quinto contenían una sola residencia cada uno. Por alguna razón, Taylor había decidido renunciar al supuesto prestigio de un ático y vivía en un apartamento en el tercer piso.

Comencé mi búsqueda en el pasillo oeste. Mi principal preocupación era el equipo de seguridad, cualquier cosa que pudiera revelar nuestra posición o registrar nuestras acciones cuando Oso y yo volviéramos a completar el trabajo. No vi cámaras en el exterior ni tampoco en la entrada. Presumiblemente, Taylor tenía algún tipo de sistema de seguimiento. Los hombres en su posición tenían que hacerlo.

Los apartamentos del primer piso habían sido ocupados recientemente, aunque en ese momento estaban vacíos. Había restos de envoltorios de celofán, latas de refresco y botellas de licor esparcidas por todas partes. El olor corporal persistía, un hedor casi tan repugnante como el de la entrada principal.

Al final del pasillo este había una puerta que daba a las escaleras que conducían al sótano. Las seguí hacia abajo, pegándome a los bordes para minimizar los chirridos. La habitación debajo del edificio estaba abierta de par en par, aparte de las columnas de soporte espaciadas uniformemente que parecían las piernas arqueadas de un anciano. Un viejo horno estaba apagado en medio de la pared trasera, los ladrillos que lo rodeaban eran varios tonos más oscuros que el resto. El suelo estaba cubierto por unos centímetros de hollín y polvo. Prístino. Sin huellas. Claramente nadie se aventuró en el sótano de la casa de piedra estos días. Caminé por el perímetro de la habitación y permanecí atento a cables eléctricos y líneas de comunicación. Lo

único que encontré fue ladrillo, argamasa y polvo.

Satisfecho de que el sótano fuera solo eso, subí las escaleras, pasando por alto el primer piso, y atravesé el segundo nivel del edificio.

Nuevamente, encontré que las habitaciones parecían ocupadas hace poco, pero actualmente vacías. Quizás Taylor tenía un sistema para avisar a las personas sin hogar que frecuentaban su edificio cuándo regresaría. *Usa mi lugar, pero no te atrevas a estar ahí cuando regrese.* Quizás su forma de arrepentirse de los pecados que cometió para nuestro gobierno.

Hice el viaje desde el segundo piso al tercero con más temor. Hasta el momento no había señales de seguridad. Eso tenía que cambiar. Aun así, no encontré nada.

De las dos unidades del tercer piso, Taylor utilizó una.

Primero busqué en el apartamento desocupado del tercer piso. A diferencia de las unidades de los dos primeros niveles, nadie había estado dentro de este espacio durante bastante tiempo. Quizás no desde el último inquilino, que incluso podría haber muerto en la habitación. Telarañas colgaban del techo y cubrían las paredes. Las cucarachas se dispersaron cuando la luz penetró en el espacio por primera vez en quizás años. No podía verlas, pero sus delgadas piernas arañaban el suelo de madera con un sonido como si alguien estuviera saliendo de una caja de madera.

El lugar estaba completamente amueblado. Los muebles debían tener sesenta o setenta años, con algunas piezas de principios de siglo. El tipo de cosas que tenía mi madre, pero que nunca nos dejaba sentarnos a mí, a mi hermano o a mi hermana. *¡Y no dejes que tus amigos se acerquen, Jack!* Marcos antiguos contenían fotografías amarillentas. Una mujer joven. Un hombre joven. Una pareja joven, junta. Ella con su vestido de novia, él con su traje. Ella sentada en su regazo. Un bebé. Un niño. Un adolescente. La secuencia se repitió en el otro extremo a la inversa. Un niño, una niña. Una pareja feliz que envejece durante décadas en una serie de fotografías posadas sobre la repisa de la chimenea. Una cruz de ataúd grabada con el nombre "Robert". Él murió primero. Ella permaneció en el apartamento, leal a él, esperando regresar con él, hasta que pasó su último día.

Regresé al pasillo. Examiné el área que rodea la puerta principal del apartamento de Taylor. Nuevamente, no encontré nada. Había ocultado bien sus dispositivos de seguridad y vigilancia. Cuando Oso y yo regresáramos, tendríamos que traer un equipo para ayudar en nuestra búsqueda e interrumpir cualquier equipo de comunicación que tuviera en el lugar.

La búsqueda concluyó con un recorrido rápido por el cuarto y quinto piso. Eran grandes espacios huecos sin muebles. Después de pasar por el cuarto piso, esperaba que el nivel superior estuviera lleno de computadoras o armas o incluso un ejército. Nada de eso. Y no había señales de que alguien hubiera estado allí desde hacía algún tiempo. Una fina capa de polvo cubría los pisos de madera y las telarañas cubrían las paredes, aunque no estaba tan sucio como los pisos inferiores. Quizás mi información estaba equivocada. Quizás estos espacios se utilizaban con regularidad. Eso, o alguien debía limpiar periódicamente el espacio en los niveles superiores.

El estrecho pasillo del último piso tenía acceso al tejado. Había una vieja escalera oxidada montada en la pared trasera. Subí y abrí la escotilla del techo. Pasaron fuertes ráfagas de viento. Una corriente constante cayó sobre mí. El frío se coló en mi ropa. Realicé un rápido reconocimiento del perímetro del tejado y determiné que no había manera de salir a menos que uno estuviera dispuesto a arriesgarse a una caída de unos veinte metros hasta el hormigón al intentar dar un salto de tres metros hasta el siguiente edificio.

Revisé cada habitación dos veces mientras bajaba. Todas excepto la de Taylor. No estaba buscando señales de vida. En cambio, quería eliminar cualquier posible ruta de escape. Las rejas de hierro en las ventanas del nivel superior hacían imposible cualquier intento desde allí. Se

eliminaron las escaleras de incendios del segundo y tercer piso. Pesados pernos sobresalían de la pared como recordatorio de que alguna vez estuvieron unidos. Un callejón a lo largo y ancho de Brownstone, pero no había salida. Formaba una U que se originaba y terminaba en 4th Street.

Eso dejaba una vía de entrada y salida del edificio: la puerta principal. Y una vez que vimos a Brett Taylor entrar, el juego terminó.

La historia de Jack Noble continúa en Línea Borrosa... Haga clic en el siguiente enlace:

<https://links.ltryan.com/linea-borrosa>

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

[The Recruit](#)

[Los Comienzos de Noble](#)

[Distancia Mortal](#)

[Línea Borrosa](#)

[Las intenciones de Nobel](#)

Muerte en Grecia

La Venganza de Noble

La Traición de Noble

Nunca vuelvas a casa

El Juicio de Noble

Nunca Ruegues por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

[The Jack Noble Series](#)

[The Recruit \(free\)](#)

[The First Deception \(Prequel 1\)](#)

[Noble Beginnings](#)

[A Deadly Distance](#)

[Ripple Effect \(Bear Logan\)](#)

[Thin Line](#)

[Noble Intentions](#)

[When Dead in Greece](#)

[Noble Retribution](#)

[Noble Betrayal](#)

[Never Go Home](#)

[Beyond Betrayal \(Clarissa Abbot\)](#)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto)

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de las operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito → <https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1> Únete al grupo privado de lectores → <https://www.facebook.com/groups/1727449564174357>

Instagram → @ltryanauthor Visite el sitio web → <https://ltryan.com> Envía un correo electrónico → contact@ltryan.com